LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

PUENTE DE SOL
PUENTE DE SOMBRA

Fernando Díaz-Plaja

PUENTE DE SOL
PUENTE DE SOMBRA

WITHDRAWN
UCR LIBRARY

LIBRERIA EDITORIAL ARGOS, S. A.
Barcelona

PQ6607
I17P8

Sobrecubierta:
Perceval

Primera edición: octubre de 1976

© FERNANDO DÍAZ-PLAJA, 1976
Librería Editorial Argos, S. A.
Aragón, 390, Barcelona-13 (España)

ISBN: 84-7017-286-7 (Tela)
ISBN: 84-7017-288-3 (Rústica)

Depósito Legal: B. 38.953 - 1976

Impreso en España por Chimenos, S. A., Granollers (Barcelona)
Printed in Spain

La acción de esta novela transcurre en un barco...

Un barco con Puente de Sol en lo más alto para los pasajeros felices.

... y un Puente de Sombra al que se asoman los pasajeros desdichados. Está en el fondo de sí mismos.

Los personajes son todos imaginarios... menos los increíbles. El nombre que llevan es el que se dan cuando empiezan a convivir sin llegar a conocerse.

... Es una novela de viajes dedicada al puerto donde ha recalado el de mi vida. Un refugio dulce, abrigado, seguro.

Puerto Haydée

Siete de la mañana, jueves

El Puente Lido está vacío; la madera, brillante todavía del agua que acaban de arrojar los marineros. Luce un sol suave; en las olas cabalgan cabrillas. Entra por la escalera, en tres envites, el Deportista. Lleva camiseta pegada al cuerpo, pantalón corto, zapatillas de tenis. Contempla el panorama alrededor, expande el pecho y la mente. Es el amo y señor de todo aquello, del barco, del mar, del cielo. Del barco, porque al ser el único en el puente, le pertenece, del cielo y el mar porque es el único en mirarlo a aquella hora matutina. Y ahora — inspiración profunda — también se hace dueño del aire.

Un, dos, un, dos, un, dos, los brazos suben a ambos lados del cuerpo para juntarse encima de la cabeza, en una palmada, un, dos, un, dos, el Deportista siente que le circula la sangre, más rápidamente, ligero, casi alado, un, dos, un, dos... el Deportista se siente por encima de centenares de cuerpos muertos, refugiados en el más repugnante de los sueños, olvidándose de que existen unas nubes, un horizonte, unas olas. Un, dos, un, dos,... Inspiración profunda, expiración. El Deportista piensa que por mucho que ame la naturaleza, le está gastando una broma pesada. Hace penetrar en los pulmones lo mejor de su aire y se lo devuelve luego empobrecido, sucio, contaminado, tras cruzar por sus pulmones y limpiarlos: inspiración, expiración. Buen chiste ecológico, se ríe por dentro. (El Deportista, como todos los deportis-

tas profesionales es un ser simple.) Un, dos, un, dos.

Manos arriba, manos hacia adelante, tocar las puntas de los pies sin doblar la rodilla, un, dos, un, dos,... el Deportista nota con satisfacción la dificultad de la rótula al sentirse obligada. Le gusta el impedimento primero porque así tiene luego más fuerte la sensación de obligar a su cuerpo, de hacerlo más flexible a su dominio; ¡un, dos, un, dos! ya están las piernas en perfecta verticalidad, apenas ha habido una vibración cuando ha tocado con las puntas de los dedos los de los pies. Ni después cuando lo hace con los nudillos, ni después —¡gloria! ¡Aleluya! —, cuando toca el húmedo suelo con las palmas.

El Deportista exulta. Tiene en su poder a su cuerpo, lo trabaja, lo mueve de acuerdo con su voluntad. Los seres humanos en general, los de ese barco en particular, son los esclavos de su cuerpo, le siguen a donde quiere ir él, le obedecen en sus menores deseos. Agua caliente para no herir su sensibilidad, comida sabrosa porque grasienta, el dormir torpe y largo. Él, en cambio, es su dueño, su señor en todos sus músculos con la fidelidad de un esclavo. Lo flexiona, lo hace girar a placer, no lo nutre de lo que le gusta sino de lo que le conviene para que su sangre no se enturbie, su riñón no se obstruya, su hígado no se hinche feamente. Un, dos, un, dos.

Y ahora... el momento más feliz. El Deportista convertirá el menguado espacio del puente en una palestra. Los codos junto al cuerpo, emprende la carrera, la cabeza alta. El lugar es reducido, pero el Deportista está poniendo la vista en el horizonte donde se reúnen mar y cielo; ante él tiene una inmensa superficie levemente agitada por la brisa y finge estar en un espacio que no tiene fin. (Basta con doblar en círculo amplio al llegar al final del puente; delante sigue habiendo otro espacio sin fin.)

Un, dos, tres, cuatro... un, dos, tres, cuatro... la

respiración funciona rítmicamente, el aire entra por la nariz, sale por la boca, hay una inmensa satisfacción al notar el corazón batiendo a compás sin acusar el esfuerzo, acelerar el ritmo, un, dos, tres, cuatro... de vez en cuando el Deportista lanza una ojeada a sus piernas y se goza en la contextura del músculo marcándose bajo la piel tirante... un, dos, tres, cuatro... un, dos, tres, cuatro. El Deportista está devorando a la mañana.

En el Puente Superior número 65 el Pelirrojo se ha movido bruscamente en la cama, ha echado una ojeada indignada al techo y se ha vuelto a cubrir la cabeza con las sábanas.

—¿Qué te pasa?

La cabeza con rulos asoma de la ctra litera. El Pelirrojo habla a través de la tela de la sábana, embarullado y enfurruñado.

—¡Qué me va a pasar! Que ya está ese imbécil de nuevo con sus ejercicios.

* * *

En Puente A-226 hay un grupo agolpado en el espacio mínimo entre las dos literas. Son el capellán de a bordo, el médico, el comandante. Éste tiene la mano derecha apoyada en el hombro de la mujer sentada en su cama; el pelo en desorden, un pañuelo en la boca, los ojos fijos en la forma que se delinea en el lecho frontero, bajo la sábana. El Comandante murmura unas palabras a su oído, el Capellán se sienta a su lado y le coge la mano. Ambos miran hacia el cuerpo. El Comandante y el Médico salen al pasillo, donde esperan el Jefe de Cabinas y la Camarera.

—Lo sacan a las tres, cuando estén los pasajeros en la siesta. Procure que no lo vea nadie.

El Jefe de Cabinas asiente.

—Deje a la camarera aquí todo el día a la disposición de la señora. Que venga otra a sustituirla para el

servicio general del puente. Doctor, ¿quiere venir conmigo? Hay que llenar unos papeles.

Dentro, el Capellán habla en voz baja a la señora. Ésta no escucha su voz. Escucha otra voz callada para siempre, la mirada dirigida al perfil de una cabeza. Escucha su proyecto de viaje, una insistencia ante su resistir. «En la vida nada hay barato.» Yo sé que te hace ilusión... Y ¿por qué no decirlo? a mí también. Hemos trabajado mucho... Los chicos ya están colocados...

«Los chicos». La expresión muda, las pupilas se vuelven hacia el sacerdote. «Dios mío. Hay que mandar un cable.» Pero ese lazo con la realidad se suelta de nuevo y los ojos vuelven a la cabeza yacente, la imaginación a la voz querida.

«Será como una segunda luna de miel. Y la verdad que más cómoda. ¿Te acuerdas del poco dinero que teníamos para hacerla?»

Conformidad... la voluntad de Dios... hay que ser fuerte... las palabras van filtrándose poco a poco en su mente, desplazando la voz del pasado. Se vuelve al sacerdote y le ve por vez primera; es un hombre de media edad, el cabello muy negro y muy peinado, qué raro, tan peinado a esa hora de la mañana. Se lleva instintivamente la mano a su pelo y la retira asustada al notar el desorden. Ahora se ajusta nerviosamente el escote de la bata.

—Gracias, padre, ya estoy más tranquila. Quisiera arreglarme un poco.

El sacerdote se levanta, sale. La puerta queda entreabierta un minuto, el tiempo justo para que entre la Camarera. Es rubia, joven, dulce. Lanza una mirada de respeto y temor y se acerca a la señora. Ésta ha notado su turbación, la hace sentar a su lado, pone su brazo alrededor de su espalda. La muchacha sigue mirando asustada al muerto. Y la viuda sonríe tristemente; es ella la que la está calmando, tranquilizando, sosteniendo.

Ocho de la mañana, jueves

El Oficial Segundo de máquinas no comprende lo que ocurre con el ascensor de servicio. Por mucho que insiste con el dedo apretado en el botón, jamás se abren las puertas; al llegar a su puente se detiene y vuelve hacia el foso. El oficial piensa que el ascensor ha enloquecido; que ha llegado el momento tantas veces profetizado por los escritores de ciencia-ficción de que un día la máquina se rebelará contra su dueño, el hombre, y actuará por su cuenta, libre, feliz. El oficial gusta de estas lecturas y durante unos minutos deja que la fantasía le haga olvidar su rutina diaria a bordo. Hasta que vuelve a la realidad y se esfuerza en que le ocurra lo mismo al ascensor. Mete su llave maestra y, apenas éste llega a su altura, la hace dar vuelta y abre bruscamente la puerta.

Cuatro ojos aterrados le miran. Los primeros, de frente, pertenecen a la carirredonda camarera del Puente Vestíbulo; los otros, a la cara vuelta de un marinero del servicio de ataque. El oficial baja la vista. La muchacha está sentada sobre un ingente montón de toallas en el rincón con la falda arremangada, sus piernas aparecen a ambos lados del marinero que ha dejado caer a medias su pantalón mostrando un blanquecino trasero. La mano izquierda de él está apoyada en el cuadro eléctrico sobre el punto «Lido». La derecha de ella sobre el timbre que dice: Puente C, el más bajo. Ambas presiones impiden que el ascensor

haga otra cosa que subir y bajar alocadamente como su propia pasión erótica.

El Oficial Segundo y la pareja se miran expectantes un momento; los culpables, demasiado desconcertados para componer su ropa y cambiar de actitud. El Oficial Segundo vacilando entre la indignación y la risa. Por fin prorrumpe.

—Pero, ¡muchachos! ¿A estas horas de la mañana?

Extrae la llave y deja que se cierren las puertas. Su principal diversión no está en la escena que acaba de presenciar, sino en imaginar la cara de sus compañeros de oficialidad cuando lo cuente a la hora del almuerzo.

* * *

El Señor Cojo del Puente C lleva despierto desde las siete de la mañana. Toda la vida se ha levantado a esa hora y no ve ninguna razón para cambiar de costumbres por el frívolo pretexto de que no tenga nada que hacer a bordo. Por el contrario, le parece bastante mal que la vida en él no se inicie hasta tan tarde. Vigila afanosamente cualquier ruido en el pasillo, indicando que los camareros han empezado ya el servicio y están dispuestos para su desayuno, se vuelve continuamente hacia la puerta para ver si deslizan por la ranura el diario de a bordo que le traiga noticias de Tierra Firme. En cuanto al programa del día, lo tiene desde la noche anterior y se lo sabe de memoria.

No hay conferencias serias, no hay conciertos, apenas una de las estaciones que se oye en el camarote tiene trozos de música clásica. En cuanto al titulado pomposamente «concierto de la tarde» es de una gran tristeza para él. Se trata de esa media cultura destinada a la gente que se cree superior a la masa porque ha superado ya la musiquilla de los altavoces en las discotecas o la canción popular, para alcanzar lo que

él califica de entresuelo de la música, por ejemplo: «En un mercado persa», aperturas de zarzuelas españolas y como mucho, mucho, mucho, algunos valses de Chopin. Horrible.

El Señor Cojo del Puente C estudia cuidadosamente el programa y se entera con cuidado de todas las actividades de la jornada... para evitarlas. Ve, por ejemplo, que en la sala de fiestas habrá a las seis una gran presentación de modelos de alta costura y apunta a su margen «Piscina», donde piensa encontrarse a esa hora. Por el contrario acudirá a la Sala de Fiestas cuando el público se aglomere en la Piscina para la Fiesta del Ecuador.

Al terminar el Programa del día, el Señor Cojo suspira con desaliento. «Gran Fiesta de Gala», significa para él, no sólo ruido y desorden en el salón, sino que este rumor se extenderá a todo el barco. Que además la fiesta, como si fuera un líquido espumoso, se desbordará por todos los ámbitos en forma de grupos que se agitarán de lado a lado, despertando a los retirados en sus camarotes —inútiles refugios— e incluso en sus últimas espumas, llegará a los puentes nocturnos en forma de parejas rematando la noche con caricias bajo la luna. En esas ocasiones, medita el Señor del Puente C, todos los pasajeros abjuran de su condición humanista para convertirse en puros animales con reflejos primitivos en la comida, en la bebida, en el sexo. Algo repugnante.

El Señor Cojo, además, es feo.

* * *

El camarero primero, la doncella y el ayudante del Puente de Botes están repasando sus esperanzas sobre los pasajeros que les han tocado en suerte. Al del 22 le conocen ya de otros viajes. Da la propina al final del mismo. Sin excesos pero tampoco tacaño. El del

17 considera que la propina corresponde exactamente a los servicios prestados y cada ayuda extraordinaria recibe su recompensa en el mismo momento de realizarse. Es inútil que el camarero al verle buscar en su cartera se intente marchar «no se preocupe, señor. No hay ninguna prisa». El señor del 17 le detiene con una firmeza casi violenta y no le permite salir del lugar hasta recibir lo que considera es justo.

En cuanto a la señora del 12, hay cierta expectación. La señora del 12 es rubia, alta, tiene una impresionante colección de maletas, y la camarera que le ha ayudado a vestirse cuenta y no acaba de las joyas que extrae en las noches de gala de la caja de caudales. Pero todos están de acuerdo en que esto no basta para ser optimistas. La mayoría de esos esplendores, muchas veces, no corresponde a la generosidad con los empleados. Otras señoras de aspecto modesto, en cambio, asombran al final del viaje con su esplendidez.

El ayudante sonríe para sus adentros. Tiene la impresión de que para él sí habrá buena propina en ese viaje. En las varias ocasiones en que le ha tocado entrar el desayuno ha notado que la mirada de la señora del 18 se fijaba intensamente en su entrepierna. Sí, es posible que, después de todo, haya allí una buena propina para él y esa propina no habrá que compartirla con nadie, no puede entrar en el fondo común. Sería hasta inmoral porque se trata de un asunto estric-ta-men-te personal.

—¿De qué te ríes, ahora?

El camarero se ha vuelto.

—De nada, estaba pensando...

—Siempre serás un niñato.

* * *

El Playboy se cepilla el cabello hacia atrás, hacia adelante, hacia atrás otra vez pero no del todo. Tiene que caerle un mechón sobre la frente, un mechón como el desgaire... Qué difícil es que queden cosas al desgaire... Ya parece que está bien. El Playboy abre el armario... «Embarras de Choix» le llaman a eso los franceses, y sonríe como si en vez de un armario tuviese delante una muchedumbre. Sí, esa camisa filipina le irá bien con un pantalón corto y un slip de baño más corto todavía... Había pensado en la «tanga», la nueva moda brasileña con un cordelito en la parte de atrás pero teme que en ese barco no estén preparados para tanta modernidad... Silba tenuemente mientras se viste... Está la Ampulosa, está la distinguida otoñal del perro, está la Entretenida... pero ésta, como su nombre indica, va muy vigilada. Es curioso lo celosos que resultan los hombres de sus amigas, mucho más que de sus esposas legítimas.

* * *

La Campesina, en cambio, no tiene problemas con el vestuario. Puede colocarse encima una o dos cosas todos los días, ni más ni menos. La Campesina no ha sido víctima del robo de las maletas cuando embarcaba. La Campesina ha embarcado apenas sin maletas porque no las posee. La Campesina no ha tenido nunca maletas y a pesar de ello está viajando en primera clase.

La Campesina es la dueña de una tienda, en una pequeña ciudad. La Campesina, pendiente del comercio y de su familia, no había salido jamás de su pueblo. La vida ha sido amable con ella comercialmente, la vida ha sido dura con ella familiarmente. La Primera Guerra Mundial se le llevó al marido; la segunda, al único hijo. La Campesina enriqueció de dinero y empobreció de cariños al correr de los años. Vivía

atada al mostrador de su tienda, apenas ayudada por unas vendedoras que iba cambiando regularmente «cuando se volvían descaradas», lo que ocurría sin excepción a los dos o tres años de tenerlas. Su único paisaje eran las casas de enfrente; su mundo, el grupo de compradoras a las que conocía de toda su vida, de las que veía crecer hijos y aún nietos...

Y de pronto un día cayó en sus manos el folleto de una agencia turística con el anuncio de un viaje por mar. Y tal como aseguraba el redactor del anuncio, se le abrió una ventana al mundo. Una ventana puede servir para asomarse pero también para caerse por ella. La Campesina se embriagó, consultó varias veces febrilmente su cuenta bancaria como buscando inconsciente la manera de evitar una tentación que le invadía por todos los poros, la de vengarse de golpe de mil años chatos, insípidos, la de salir de pronto a un fabuloso exterior. A pesar de sus intentos no encontró en el estudio de sus bienes ningún antídoto para la tentación. Años y años de trabajo sin apenas gastos habían engordado, lustrado, magnificado el caudal de la Caja de Ahorros —la Campesina nunca se fió de los bancos relucientes de mármoles mostrando un despilfarro que la repelía.

«¿Primera o Turista?» le había preguntado el Agente de Viajes por teléfono, y ella cerrando los ojos como quien se arroja al mar: ¡Primera!

La Campesina cerró la tienda diciendo a los clientes que iba a visitar a una tía suya —en los pueblos no hay que presumir nunca de lujos, luego te piden dinero todos—, y se trasladó a la ciudad portuaria transida de emoción. Emoción que se convirtió en angustia en el momento de enfrentarse por vez primera con la población humana del barco. Le aterraron los trajes elegantes de los pasajeros, pero todavía más los correctos uniformes de camareros, valets y camareras porque si a los primeros podía rehuirlos y aún

evitarlos —bastaba con salir poco—, el contacto con los servidores era inevitable. Comprendió de pronto que el gasto que había hecho al comprar el billete no era el sésamo que le abría el horizonte de lujo a que había decidido entregarse durante unos días. Que era sólo el principio de unos gastos cuya cuantía no podía predecir porque no tenía la menor noción de lo que se acostumbraba. Cada vez que el valet entraba con una sonrisa, a ella se le angustiaba el corazón. Esa sonrisa representaba una factura que tendría que pagar en el momento que cada vez se acercaba más: el final del viaje.

«¿No han traído sus maletas, señora?», le había dicho el primer día. Y ella: «No se preocupe». Insistió el hombre al segundo día: «¿Quiere usted que pregunte abajo, en la bodega?» Y ella: «Gracias, no se moleste». El tercer día el valet no insistió. Había comprendido, y así se lo hizo saber al resto del servicio, que la Campesina no tenía más que una maleta, la que había subido personalmente a bordo.

Maleta de la que sacaba un vestido de día y otro de noche, negro, con un broche que había sido de su madre. Y los retratos de dos militares, uno vestido con uniforme de 1914, el otro de 1940, para colocar en el tocador; unos retratos a los que la Campesina miraba todas las noches cuando volvía al camarote todavía impresionada por el vestido elegante, las joyas, el chocar de cristales, el olor de la deliciosa, refinada comida.

Unos retratos a los que dice al acostarse:

—Perdonadme.

Nueve de la mañana, jueves

En la galería de servicios, el office que sale a los dos pasillos, resuenan los platos, los vasos chocan, las voces confirman, ratifican las órdenes...

—Este café, ¿para dónde es?

—Para el 25. Recuerda que la naranjada tiene que ser hecha al momento. Si no, se pone como una fiera.

—Vale. Las tostadas, ¿están listas?

—Aquí las tienes.

La Señora del Perro escucha medio adormilada. Dentro de unos minutos tendrá la fuerza suficiente para abrir los párpados y llamar para que le traigan el desayuno. Su té, su miel, su naranja; la Señora del Perro deja pasar así diez minutos más. De vez en cuando se toca la cara, ¿puede uno sentir la fealdad con el tacto? La Señora del Perro se siente fea. En vano se dice a sí misma que todas las señoras a partir de los treinta años están feas temprano por la mañana... Ella podría decir desde los cincuenta, pero prefiere arrancar desde más lejos, en la ley inexorable del tiempo. Con ello siéntese unida a un ejército mayor, un ejército inmenso en el cual fundir su personalidad.

La Señora del Perro se estira en su estrecha cama y echa de menos a Kiké. Kiké es la única criatura capaz de hacerle olvidar los tristes presentimientos que acosan a la Señora del Perro al despertar. Mucha gente se entristece al llegar al crepúsculo porque ven en la muerte del día un vaticinio de la propia. A la Seño-

ra del Perro le fatiga más la primera hora de la mañana de una jornada en la que tendrá que afrontar el espejo, tan malediciente a esa hora, el sol duro, el viento que no perdona cutis ni cabello. Sí, le falta Kiké; porque en sus mañanas ciudadanas Kiké salta a la cama desde el primer momento del primer movimiento y parece enloquecer —lametazos, correrías, incursiones bajo las sábanas— ante el descubrimiento de que está viva. Para Kiké, la Señora del Perro no es solamente una persona, es una reina, la más bella, la más elegante, la más generosa y dulce de las reinas.

Por eso lo echa de menos y maldice una vez más del reglamento a bordo que exige — ¡qué grosería, exigir! — que los animales domésticos estén recluídos en ese horrible sitio medieval que se llama perrera. La Señora del Perro se quejó al Comisario de ese trato y está muy satisfecha de no haberse callado ninguna de las razones que tenía dentro. Especialmente está contenta de la que le soltó al notar que sus protestas no tenían ningún éxito.

—Pues, ¿sabe qué le digo, Comisario? Que en los camarotes va mucha gente que es más ruidosa y desde luego mucho menos limpia que mi Kiké.

(El Comisario había sonreído humildemente, «sin saber qué contestarle» había pensado ella. Pero el Comisario había sonreído humildemente porque había escuchado esta frase mil veces. Lo único que variaba en ella era el nombre del animal.)

El recuerdo del amor de su vida obliga a despertarse del todo a la Señora del Perro. Dentro de unos minutos tendrá que ir a sacarlo para el paseo diario, ese paseo ridículo limitado en el espacio —la toldilla de popa y uno de los bordes, la de estribor «mirando a proa a su mano derecha, ¿comprende?»—. Y el tiempo, de diez a once y media y de cinco a seis y media de la tarde. La Señora del Perro suspira; toca el timbre en el que aparece un dibujo de mozo garrido lle-

vando en la mano una bandeja, y se levanta. El espejo del baño, al que se asoma con cierta trepidación, le muestra una de las caras que le son familiares, la cara de las nueve de la mañana exactamente. Pasa su lengua por los dientes, hace un puchero. Con el pulpejo de los dedos se oprime levemente las bolsas debajo de los ojos. Dicen que hay un médico en Brasil que hace maravillas... las recoge por los lados y ¡zas! una cara de veinte años. Pero la Señora del Perro no se fía de los cirujanos plásticos. Todas las que han pasado por sus manos tienen el mismo aspecto de muñeconas sorprendidas, algunas incluso, idiotizadas. Llaman a la puerta. La Señora del Perro se vuelve a la cama y dice «adelante», componiéndose levemente el cabello. Entra el camarero con el desayuno.

—Buenos días, señora. ¿Qué tal ha dormido? Tiene usted un aspecto espléndido.

Es bonito oír mentiras tan temprano.

Diez de la mañana, jueves

Los Estudiantes están apoyados en la borda y el Profesor se acerca. El Profesor se cree obligado a acercarse de vez en cuando a los Estudiantes para hablarles. Al fin y al cabo pertenecen todos al mismo mundo académico, ¿no? La universidad es el centro común a él, ¿no? Forman la élite intelectual, él por un lado, los demás por el otro, ¿no?

Pues no. El Profesor no consigue nunca estar a gusto con los Estudiantes ni conseguir que éstos estén a gusto con él. Hablan, comentan, ríen, tienen fácilmente los mismos puntos de referencia, pero sin embargo hay siempre entre ellos una distancia administrativa, casi social. Por mucho que se esfuerce el Profesor, los Estudiantes no le ven como el Sacerdote que les conduce por el camino de la cultura, sino como el Ejecutivo que puede decidir de su carrera con una firma.

Los intentos del Profesor para cruzar esa barrera visible con sus chistes, sus bromas, son recibidos incluso con cierto resentimiento. Contra lo que cree el Profesor, los Estudiantes no gustan de que alguien baje de su posición para colocarse más cerca de ellos. De la misma forma que los hijos adolescentes no agradecen que el padre quiera ser «un compañero más», los Estudiantes prefieren ver al Profesor en su cátedra, encaramado en su tarima, más que mezclándose con ellos en el aula. Porque en el primer caso las si-

tuaciones respectivas son claras. En el segundo, no. Están incómodos.

Lo curioso es que el Profesor está de acuerdo en principio con esa idea. Cuando las corrientes de protesta universitaria llegaron a chocar con su clase, les habló a sus discípulos muy claramente.

Dijo: Comprendo muy bien su postura aunque no sea más que porque no tengo más remedio. Nunca, en la historia de la humanidad, ha dejado alguien de obtener concesiones de la clase dirigente si ha podido asustarla lo bastante para que se las concedieran. Lo único malo de esa revolución de ahora es que es sólo a medias. Ustedes pueden exigir, y ya lo han obtenido, poder fumar, hablar, reír, contestar, faltar a clase cuando les convenga, acabar con todo el ceremonial que rodeaba a la figura del Profesor y que según ustedes, le alejaba de los estudiantes convirtiéndoles en un Buda. Ahora, mientras ustedes no terminen con el principio que informaba todo ese ceremonial, evidentemente ridículo y bizantino a veces, sus conquistas serán puramente aparentes. Mientras haya un curso, un examen o al menos un permiso para pasar al curso superior y ese permiso lo dé yo, el profesor; mientras se siga creyendo que una persona que sabe más por estudios y experiencia tiene que pasar esa información a ustedes los estudiantes, la situación física de la clase tiene muy poca importancia. Aunque ustedes estén tumbados fumando marihuana o haciendo el amor y yo colgado de una lámpara, esa posición será sólo aparente. En el fondo seguirá existiendo un profesor que enseña y unos alumnos que escuchan y aprenden más o menos, de acuerdo con sus ganas y su comprensión.

Sus alumnos le habían escuchado primero ofendidos, después encantados y su curso había sido el único en que los rebeldes no habían tenido que mostrar continuamente con gestos obscenos e interrupciones que había una revolución en las aulas.

El Profesor había quedado muy orgulloso del resultado, pero aquí en el barco, con los Estudiantes del barco, su técnica no le servía.

Dado que no había contacto de enseñanza diaria, el sistema paternalista que empleaba con ellos no estaba refrendado por sus conocimientos, y del intento de aproximación sólo quedaba una apariencia demagógica de hacerse simpático, que los Estudiantes en el fondo despreciaban.

Cada vez que hablaba con ellos, el Profesor veía esa muralla erguirse ante él y forzaba más la situación hasta abandonar la empresa. Luego se sentía muy triste. Cercano ya a la jubilación y soltero, había sentido siempre a las distintas generaciones que habían pasado por su aula como parte de su familia en una impresión, más que sentimental, de comodidad. Más que «enamorado» de su cátedra, se sentía casado, sólidamente enlazado con su trabajo de tantos años. Había quedado muy satisfecho de su manera de resolver el mayor conflicto de su carrera y le hubiera gustado encontrar siempre la misma aceptación entre los jóvenes.

Los Estudiantes del barco le entristecen; pero no puede dejar de tratarlos.

Diez y media de la mañana, jueves

En el Puente Superior las parejas caminan arriba y abajo. No son parejas habituales aunque saluden a otras parejas; incluso se detienen a veces a conversar, pero sólo habla una parte de la pareja.

La pareja está compuesta de Señora y Perro o Señora y Perra. No se da casi nunca la unión de Señor y Perro, aparte de algún chico joven más retozón que el animal que acompaña. Son siempre ellas, envuelta la cabeza en general con un turbante para protegerla contra el aire tumultuoso que llega del mar, después del somero arreglo de la mañana, antes del cuidado arreglo del mediodía.

Son como madres que llevan a sus niños de paseo; miran el aspecto físico de los demás, comparan y acaban decidiendo que su perro es el mejor, el más guapo, el de mejor educación.

Se cruzan dogos conscientes de su poderosa mandíbula y por ello amables y afectuosos, histéricos Dobermans, Pincher enanos que parecen recordar continuamente con sus aullidos que están allí, no vayan a pisarles, elegantes Setters que parecen salidos de un cuadro de Reynolds, Bassets de cómica figura que al correr derrapan al tomar la curva cuando el posterior tarda en vencer la inercia de la afilada cabeza. Y unos galgos rusos melancólicos, con aire de aristócratas a los que un exceso de selección estupidizó para siempre... y pekineses de agudo, insoportable ladrido.

La Señora de los Tres Perros tiene pekineses. La

Señora de los Tres Perros camina lentamente vigilando amorosamente a sus retoños, deteniéndose cuando ellos muestran deseos de dar rienda suelta a madre natura, dando leves pasos de ballet a veces para que las correas no se enreden en sus constantes evoluciones.

—Y el suyo, ¿qué come?

—Un producto que ha salido nuevo en los Estados Unidos... tiene vitaminas A, B y C.

—El mío no come nunca de lata. Yo le preparo personalmente la carne con arroz, y le aseguro que ni siquiera eso lo aceptaría de nadie más.

—Es lo que tienen los perros. Que son muy agradecidos. Yo diría que más que muchas personas.

—Tiene toda la razón, señora.

La Señora de los Tres Perros está convencida de ello, no hace falta que se lo digan. Conoce a mucha gente, pero que a mucha gente, que no podría compararse en educación, bondad y afecto a sus pekineses. Los hijos de su portera, por ejemplo.

La Señora de los Tres Perros tiene un problema del que no le gusta hablar pero que se le plantea en cada paseo matutino. La Señora de los Tres Perros presume de limpia y para contrarrestar la natural inclinación de sus animales a no serlo, lleva siempre en el bolsillo un paquete de Kleenex que usa para recoger las huellas que dejan sobre el puente Kate, Sally, Betty. El problema de la Señora de los Tres Perros es que cada vez que intenta retirarse al final del paseo llevando pudorosamente envuelto en el Kleenex el resultado digestivo de sus bichitos, siempre, siempre, siempre, se encuentra con alguien que acude a saludarle ofreciéndole la mano, mano que ella naturalmente finge no ver mientras se aleja. «It is very embarrassing, indeed», confiesa luego.

A veces surge en la paz del puente una algarabía de ladridos; los cuerpos se retuercen, se alargan las

fauces y las correas se enredan. Casi siempre son los perros menudos los que quieren demostrar que el tamaño no tiene nada que ver con la valentía. Los grandes, los dogos, los San Bernardo, observan de lejos la pelea sin inmutarse. No les hace falta «dar pruebas».

Cuando se desenlazan las correas y los perros quedan a distancia, los ojos en llamas, los cuerpos todavía tensos, cuando callan los animales, empiezan inmediatamente a ladrar las dueñas. Lo que le pasa a ese perro suyo es que es agresivo porque no le han sabido educar... Si el de usted no le hubiera provocado... ¿Quién ha empezado a provocar? Como en el caso de los niños, cada una de las madres termina llevándose al «suyo» calmándole con expresiones cariñosas y dando su opinión de la otra señora.

Ordinaria.

Once de la mañana, jueves

La Recién Casada se ha mirado un momento en el espejillo de mano.

—¡Qué horror!

Se pone las gafas oscuras. El marido se inclina desde su tumbona.

—¿Qué te pasa?

—Mira.

Levanta levemente el cerco de las gafas. Por debajo aparece otro, azulado.

—¿Tú crees que puedo presentarme así?

Él vuelve a reclinarse orgulloso, gigantesco, viril.

—Si quieres, firmo debajo.

—Qué tonto eres...

Las manos se rozan. Es lo único que pueden rozar a esa hora en la piscina.

* * *

La nube de humo indica, en el folklore norteamericano, el poblado de los indios. En la cubierta del barco, su permanencia en el aire límpido sólo puede indicar que allí está la Hermana Mayor. El Profesor se detiene al llegar a su altura.

—Y usted, ¿por qué fuma tanto?

La Hermana Mayor baja las gafas y le estudia. Tiene los ojos grandes, profundos, en los que la edad pone un leve velo, como la neblina del tiempo transcurrido. Mira detenidamente al Profesor. Su problema

no es encontrar la respuesta, sino medir los grados de impertinencia que va a poner en ella. Depende de lo que vea en su interrogador de auténtico interés por la salud o de simple curiosidad. Pero el Profesor tiene una expresión seria y preocupada, y la Hermana Mayor baja las gafas y con ella la guardia.

—Elija. Porque me distrae. Porque me apasiona. Porque así tengo algo que hacer. Porque me gusta el sabor del humo.

Se endereza y le mira fijo.

—Porque me da la gana.

Sonríe para quitarle hierro a la frase y se vuelve a tumbar. El Profesor se sienta en el borde de la silla.

—¿Permite? Usted sabe que el hábito de fumar...

La Hermana Mayor entona su lección como una colegiala.

—Es malo para el estómago... los pulmones... uno de los primeros cancerígenos del mundo... da mal aliento, estropea los dientes... ¿Es usted uno de los cruzados por la causa contra el humo?

—Efectivamente.

—Lamento que no sigan los tiempos medievales. Entonces los tipos como usted se iban a Tierra Santa a matar infieles y nos dejaban en paz a los que nos estropeamos la salud sin molestar a nadie.

—Ahí está su error. Sí molestan, sí perjudican. ¿Usted sabe que quien vive cerca de un fumador sufre las mismas consecuencias que él? Dicho de otra manera ¿qué puede enfermar sin tener siquiera la compensación, el placer que al parecer sienten ustedes?

—Y que, evidentemente, no ha sentido usted nunca. ¿Cómo se atreve entonces a prohibirlo?

—Se engaña. La mayoría de enemigos del tabaco son médicos y casi todos ex-fumadores.

—Efectivamente. Frustrados porque ya no lo disfrutan se empeñan en privar a los demás. Hay algo

más fanático que un fumador, y es un enemigo de los fumadores. He leído que están intentando prohibir que se encienda un cigarrillo, incluso al aire libre. ¿A dónde vamos a llegar?

—Hasta la absoluta libertad individual que ustedes avasallan. Hace poco, en un taxi de Nueva York, vi ese letrero: «Su derecho de fumar termina donde empieza mi olfato».

—Por Dios, ¡qué delicado!

—¡Ah! ¿Porque usted está convencido de que un hombre muy hombre no tiene que preocuparse por sus pulmones? ¿Qué eso es de maricas?

La Hermana Mayor soltó una larga bocanada y el aire del barco la dejó flotando antes de dispersarla: lo que sólo era un desahogo pareció una provocación. Siguió un poco quejumbrosa...

—Es una auténtica caza de brujas. Acabarán ordenando que nos fusilen por enemigos de la sociedad. Y ni siquiera nos permitirán esa bonita escena del último cigarrillo «porque es perjudicial para la salud». ¿Se acuerda de Marlene Dietrich?

El Profesor se levantó.

—Me acuerdo perfectamente. ¿Usted la ha visto en algún Cine Club?

La hermana Mayor levanta las gafas y sonríe.

—Es usted galante, Profesor.

El Profesor se encamina hacia la borda.

La Hermana Mayor es el número catorce entre los fumadores a los que ha intentado convencer para que dejen su vicio. Su fracaso número catorce.

* * *

Dos de las Tricoteuses son viudas; la otra, divorciada. Coincidieron en un viaje hace tiempo y decidieron unir sus libertades y su dinero todos los años en una expedición marítima. Más que unidas por gus-

tos comunes, lo están por compartir los mismos disgustos. A las tres les molesta la gente demasiado bella, demasiado inteligente, demasiado culta, demasiado sofistificada... Hay que advertir que las Tricoteuses llaman «demasiado» a las primeras muestras de la belleza, de la inteligencia, de la cultura y de la sofisticación.

Las Tricoteuses no viajan para ver paisajes ni monumentos. Las Tricoteuses viajan para enmarcar una vida vacía en otros ambientes y sobre todo para comprar. Las reacciones de las Tricoteuses cuando se menciona un país, son pavlovianas. La referencia nunca les trae el recuerdo de un arco de herradura, de una torre gótica, de un cuadro de Rembrandt. La asociación de ideas funciona, más o menos, así:

Islas griegas... tejidos a mano, cerámica...

Florencia... objetos en metal, zapatos...

Río de Janeiro... esmeraldas, amatistas...

Marruecos... alfombras, cobre repujado...

España... objetos de cuero, hierros forjados...

Las Tricoteuses han tenido algunos disgustos con sus compañeros de viaje cuando en las excursiones terrestres han intentado detener el autocar frente a las tiendas largo tiempo, a expensas del que se necesitaba para visitar monumentos. Desde entonces, cada vez que se desembarca, toman un taxi y sólo regresan a bordo después de haber permanecido durante horas en los comercios locales, mirando, palpando, comparando, discutiendo y por fin, comprando. Al día siguiente y al otro viene el especular retrospectivamente sobre la posibilidad de que el mercader hubiera bajado una piastra, una rupia, un franco, diez liras del precio. Y empieza la preparación psicológica de la etapa siguiente:

—Me han dicho que lo mejor que hay en Corfú para comprar...

Las Tricoteuses son el escalón más bajo de la cla-

sificación mental de los viajeros, según el Profesor. Al Profesor no se le ha ocurrido nunca preguntarse a sí mismo con qué derecho juzga el baremo intelectual de los demás pasajeros, como si él estuviera muy por encima de ellos mentalmente. No se le ha ocurrido porque efectivamente se considera muy por encima de ellos mentalmente, con la única excepción del Señor Cojo, de respetable cultura aunque un poco desordenada. El Profesor no se ha atrevido a preguntar pero está seguro de que el Señor Cojo ha empezado tardíamente su afición cultural. Dice esto porque ha notado alguna vez un fallo en sus conocimientos... No recuerda lo que fue... atribuir el cuadro de un pintor a otro, confundir el siglo en que vivieron dos escultores... El Profesor no lo recuerda exactamente, pero sabe que en un momento determinado sintió de pronto, con cierta satisfacción, que el único que podía considerarse a su altura en el pasaje tenía ciertos huecos en su armadura intelectual. El Profesor lo atribuye a la falta de estudios universitarios.

Si las Tricoteuses son lo más bajo del grupo, lo más refinado será seguramente el grupo de viajeros experimentados, los que escuchan con una leve sonrisa compasiva al novato ensalzando la belleza de la mezquita azul de Estambul, por ejemplo y luego...

—Pero, ¿conoce usted Éfeso?

—Éfeso... no, no creo.

—Se comprende entonces que diga usted que la mezquita más bella del mundo es la azul... porque la de Éfeso, amigo mío...

En ese grupo no se menciona jamás lugares como Mallorca, Atenas o Nápoles. Los sofisticados cuando citan a Italia mencionan Positano; en España, Mojácar; en las Islas Británicas, rincones de Gales o de Escocia. Los sofisticados van a los sitios apenas se ha abierto la primera carretera, el primer hotel; el placer

de descubrir se complementa con el de tener la última palabra en una conversación turística.

—¡Oh, Hawai! ¡Cómo es Hawai!

—Se refiere usted a la isla de ese nombre, naturalmente. Es muy bella, efectivamente.

—No sé... yo... he estado una vez... Me acuerdo de Honolulú...

—Eso está en la isla de Ouahu, totalmente estropeada por los turistas. Si quiere conocer de verdad una isla paradisíaca, vaya a la de Mujeres, frente a la costa mexicana.

Los sofisticados van siempre unos centenares de kilómetros más allá que los seres normales. Si alguien menciona Buenos Aires, le preguntan si conoce las Malvinas; si Miami, cómo no ha estado nunca en Pensacola. Esta actitud les hace objeto del resentimiento de viajeros corrientes, a los que una y otra vez dan lecciones de geografía y arte de vivir. A ellos, naturalmente, no les importa. Son el Marqués, el Profesor, el Señor Cojo, el Irritado, la Señora de los Tres Perros, Siempre Encorbatado, los Pelirrojos, la Extraña Pareja... La Señora de la Esmeralda consigue algo tan difícil como pertenecer al grupo sofisticado y ser aceptada a la vez por el viajero medio. Cuando sale del barco lo hace con el grupo intelectual, pero luego lo deja para una visita rápida pero eficaz a las tiendas locales, donde la encuentran siempre las Tricoteuses. Compra poco pero caro. Las Tricoteuses no se atreven a enseñarle nunca lo que han adquirido ellas, pero siempre le piden que les enseñe lo que ha conseguido. Todo «piezas de clase», dicen reverentes más tarde.

Once y media, jueves

La piscina —lugar— está repleta. La piscina —recipiente— está casi vacía. Apenas unos niños que repiten en dos o tres lenguas el mismo, insistente grito.

—¡Mamá, mira cómo me tiro!

Y al emerger buscan con la mirada todavía turbia a la persona a la que han brindado su maravillosa gesta. La Madre sonríe, aprobando. Nunca se ha visto, efectivamente, una zambullida como aquélla. Jamás niño alguno ha descrito un arco más elegante, más limpio para sumergirse en el agua.

—Mamá, mira cómo me tiro yo.

El hermanito menor intenta atraer la atención que parece llevarse sólo el mayor.

—Mírame, mamá, yo también sé tirarme.

Su entrada es más torpe pero no importa. A la salida encontrará la misma expresión complacida ¡Qué niños más guapos! ¡Qué graciosos! No hay nada igual en el mundo.

Junto a la piscina, en la primera fila de tumbonas, están las Tricoteuses. Puente Sol-21 tiene el cabello teñido de rubio pajizo, Botes-12 con mechas, que es como una retirada estratégica en que se mantienen todavía posiciones clave. Pero Botes-19 ha decidido emprender un contraataque total contra el tiempo y su pelo es negro como el ala del cuervo. (El Profesor dice que hay mucha gente en la vida ciudadana de hoy que no ha visto nunca un cuervo y que compara «de oído» los colores.)

La fortuna ayuda a los audaces... menos en el caso de Botes-19. Su perfil ha adquirido una insólita dureza, porque la piel ajada desentona ingratamente con el tono oscuro. Parece una vieja actriz a la que le han dado un papel de jovencita simplemente con la colocación de una peluca.

Las tres hacen punto. Hacer punto permite dar de vagar a la lengua y a los ojos sin la sensación de inutilidad que da tener las manos desocupadas. Esa actividad doble es la que le hizo recordar al Profesor a las Tricoteuses de la Revolución Francesa. Como en ellas, la mirada va de la lana a la vecina; a veces detienen su labor y se inclinan atentamente hacia adelante; vuelven hacia atrás, comentan, prosiguen su trabajo. En 1793 ese minuto de suspenso servía para ver caer la cabeza del guillotinado en la cesta. Ahora son tiempos más amables, no se trata de ver correr la sangre físicamente. La víctima sobrevive, aunque en la fama...

—¿Has visto qué barbaridad?

—No sé cómo se atreve a bañarse en público con esas carnes...

—Y no es mayor, te advierto. No le costaría nada cuidarse un poco más...

Tac, tac, hacen las agujas. Glap, glap hacen las lenguas. Otra interrupción.

—¿No es ésa la que va con...?

—Sí. La vimos anoche en el puente, muy amartelada.

—¿Y el marido?

—Dormía.

—El bañador es bonito. Debe de ser de Saks, en la Quinta Avenida.

—Pero tenía que habérselo comprado un número más grande. Casi le ha salido un pecho al entrar en el agua, ¿te has dado cuenta?

El marinero está dando una capa de pintura, len-

ta y despaciosamente. El blanco deslumbra cuando le da el sol. Playboy se detiene.

—No dejan ustedes de pintar en todo el viaje.

—No se puede, señor. El mar lo estropea todo.

—¿Cómo no se ha encontrado una pintura que resista a la corrosión?

—No se encontrará nunca... Mire, esto se pintó en el viaje anterior y fíjese cómo está...

La superficie aparece desconchada, agrietada, como roída por un cáncer.

—No hay quien pueda con la sal del mar.

Lo ha dicho con cierto orgullo. Al marinero le satisface el triunfo del elemento natural con el que ha convivido desde la infancia, sobre la ciencia moderna.

Pasa un joven de aspecto normal, bañador normal, toalla normal, aire normal. Nadie podría distinguirlo de los demás que están en la piscina. El marinero, sin embargo, deja de trabajar...

—Por favor, señor. No puede estar aquí.

El joven mira alrededor con aire desorientado.

—¿Por qué?... ¿Qué clase es ésta?

—Primera, señor... Hay que respetar los límites de las clases. Lo ha dicho el altavoz varias veces. Y además está en el diario de a bordo.

El joven se firma con iniciales siempre: L. L. L. L. L. L. se retira fingiendo una gran sorpresa. Mira alrededor con mucha atención como queriendo descubrir la razón de una equivocación tan absurda. El marinero vuelve a su trabajo rezongando...

—Lo saben de sobra... pero siempre intentan colarse.

Playboy está de acuerdo con el marinero. Respetar los límites de clase debería ser no sólo la consigna del buque, sino la de toda la humanidad. Playboy cree que el problema de la sociedad actual está precisamente en que muchos no se conforman con el lugar que ocupan y al intentar cambiarlo lo subvierten todo. El

Playboy no cree —honradamente no lo cree— que haya razón para subvertir nada.

—¿Cómo ha adivinado usted que era de clase turista?

—Uy, a los tres días de viaje conocemos ya a todos ustedes. Es difícil que nos engañen.

—Ya —asiente el Playboy, un poco decepcionado. Porque en el fondo, en el fondo, esperaba que el marinero dijera:

«Por Dios, no hay más que mirarle. Menuda diferencia hay entre él y usted, por ejemplo.»

Se queda un poco avergonzado de su idea y se aleja.

* * *

—¿Está usted mejor?

Una sonrisa pálida.

—Sí, gracias.

Todos los asistentes a la piscina consideran su obligación decirle algo. La silla está colocada en situación distinta de las demás, paralela a la borda, en lugar de transversal mirando a la piscina. También es la única que tiene, a pesar de la temperatura reinante, una manta de colores vivos cubriendo al ocupante.

Es la del Mareado. El sobrenombre nació espontáneamente en cuanto se puso el barco en marcha y alguien salió precipitadamente del comedor con la servilleta en la boca. Desapareció durante dos días y volvió a surgir el tercero en la piscina por imposición del médico de a bordo que le veía consumirse en el fondo de su camarote. «El aire de mar le sentará bien», dictaminó.

El Mareado no está tan seguro. El Mareado piensa que ahora, en lugar de adivinar el movimiento del barco, lo está viendo claramente, demasiado claramente, en el espacio que media entre la línea del horizonte

y la de la borda. Es inútil que se coloque de perfil, la mirada va hacia allá como hipnotizada. Las dos líneas se juntan, ahora poco a poco se van separando, se van separando... A mayor distancia, mayor grado de tormento. ¿Hasta qué punto influirá esa oscilación sobre su estado? Como el inquilino que espera con angustia que el vecino de arriba tire el otro zapato, el Mareado espera, segundo a segundo, el momento en que empiece a reflejarse en su interior el balanceo anunciado por la apertura de las dos rayas...

—¿Sabe usted lo que le convendría tomar?

La Señora de los Tres Perros está ante él. Es una mujer de estatura normal, pero al Mareado se le presenta como un Gigante a punto de aplastarle con su peso. Contrae los brazos bajo la manta en un gesto instintivo de protección.

—Diga... señora...

—Dramamina. Dra-ma-mi-na. Hágame caso.

¡Dios mío! El Mareado tomó dramamina antes de embarcar, la está tomando por la mañana, por la tarde, por la noche. Le está saliendo la dramamina por las orejas, ¡y esta señora le recomienda que tome dramamina!

—Sí, señora, tiene usted razón. Es muy buena. Ya la estaba tomando.

—¿Ah, sí? —la Señora de los Tres Perros queda asombrada de que alguien se le haya adelantado en el consejo—. Muy bien. Pues no la deje.

Y se va. El Mareado respira, pero sabe que no seguirá solo mucho tiempo. Entre las razones que el médico le dio para que subiera a la piscina estaba la de «así se distraería». Pero distraerse, piensa el Mareado, significa desviar un problema de la mente; y aquí, en cambio...

—¿Qué tal va eso?

Dominándole con la estatura y la voz está ahora el

Deportista. El Mareado esboza la sonrisa tímida de nuevo...

—Lo que le hace falta es respirar hondo, inspirar, expirar, inspirar, ¿ve? Así... Con eso se limpian los pulmones... Venga conmigo una mañana a las siete a correr por el puente. Verá como se siente mejor...

«A correr por el puente por unas tablas movedizas a las siete de la mañana...» El Mareado se esfuerza en encontrar en su imaginación algo que pueda apetecerle menos; no lo consigue.

Al Deportista sucede el Camarero colocándole bajo las narices un consomé humeante, unas galletas. Respetuosa pero firmemente...

—Tómelo; le conviene.

Supera el principio de náusea, se incorpora, toma la taza y el plato. Alrededor hay ruido de loza, la conversación se anima y extiende con la llegada del caldo de las once. El Mareado les mira con envidia. ¡Con qué gusto comen! Él lo hace con infinita tristeza, despacio, el líquido ayudando difícilmente a la materia pastosa a cruzar la garganta, a bajar por el esófago...

... hasta el estómago. ¡Oh, ese estómago! El Mareado no podía imaginar jamás que una persona pudiera estar tan pendiente de un órgano de su cuerpo durante las veinticuatro horas del día. Toda su inteligencia, toda su sensibilidad están proyectadas únicamente hacia él; igual que los sismólogos colocan al borde de los volcanes su aparatos de extrema precisión, tiene él sus tensores alrededor del estómago, vigilando, con temor y ansia, las más leves vibraciones. Esas vibraciones que le anuncian fatalmente la llegada de la Angustia... cuando las arcadas sacuden el cuerpo y el espíritu queda absolutamente ciego y sordo para todo lo que no sea la obsesión de huir de aquellas maderas, de alcanzar la tierra firme — firme, ¡firme! — nadando, volando, como sea. Un helicóptero, ¿podría pedirse por telégrafo un helicóptero? No importa el

precio, no importa nada de nada. El caso es huir... suspira. Sólo los que han pasado por ese trance pueden comprenderme. Los otros...

Otro en forma de sombra está frente a él. Abre los ojos. Es el Pelirrojo, la taza de caldo en la mano.

—¿Qué tal?

—Pues ya ve usted...

—Lo que le ocurre es puramente psicológico. Tiene que hacer un esfuerzo mental para superar la crisis. Observe el mar. Apenas se mueve.

Señala el horizonte. El Mareado cree que sí se mueve, pero no intenta siquiera la discusión.

—... por lo tanto el mareo existe sólo en su mente. Dado que usted es el único mareado —fíjese en los demás—, evidentemente no existe una causa general del mareo, y usted no va a ser el único estómago débil de todo el barco. Por lo tanto es una sensación que está exclusivamente en su cabeza...

(¿Y por qué voy a ser el único con la cabeza débil en todo el barco? Esto tampoco tiene sentido.)

—... hay que pensar en forma positiva, «positive thinking» dicen los norteamericanos y mire usted a dónde han llegado. Dígase, repítase a sí mismo que no hay ninguna razón para estar mareado. Y no lo estará.

Se aleja satisfecho de sí mismo. El Mareado deja la taza en el suelo, reclina su cabeza. Como desde muy lejos le llega el rumor de las conversaciones...

Alguien le toca suavemente la frente. Abre los ojos. La Viuda Alegre está frente a él sonriendo en silencio. Vuelve a rozarle la frente con la mano muy extendida, la palma y los dedos se mantienen apenas unos segundos en contacto con la piel sudorosa. Luego ella se aleja...

El Mareado se reclina, sosegado, relajado, feliz. La caricia le ha bajado por todo el cuerpo, le ha quitado

aristas al malestar, le ha adormecido los sentidos. Por primera vez su sonrisa no es una mueca.

* * *

Por los altavoces, el Comandante diciendo que se veía una isla a babor. El pasaje dividido en las reacciones. Unos quedan inmóviles, apenas un gesto en los labios; otros se incorporan en su tumbona por si pueden ver el espectáculo sin descomponer su reposo; los más se levantan, se acercan a la borda, señalan...

La actitud exterior varía, pero la mental es la misma para todos; la isla que se ve les devuelve a la isla que vieron hace dos días.

El Canoso siempre dice cosas obvias.

—¿Recuerdan ustedes la última escala?

El cine del recuerdo empezó a proyectarse en los párpados vívidamente. De vez en cuando el sol los hacía traslúcidos pero no importaba. En lugar de quitarle fidelidad a la imagen, le daba más. Era como en una de esas películas en que la cámara, adrede, deja deslumbrarse por los rayos solares.

La Señora de los Tres Perros revive los ojos del mozalbete que le seguía ofreciéndole unas frutas. Ella le decía que no, pero no podía dejar de mirar los ojos húmedos, profundos; parecía que las pupilas flotaban en un líquido, como un pequeño monstruo que no sabía si atraía o repelía.

Él lo intuía; cada vez que ella decía firmemente que no quería saber nada de la fruta que le ofrecía, él no le hacía caso. Así fue detrás de ella hasta la pasarela del barco; la Señora de los Tres Perros la subió despacio... no quiso detenerse en el portón para mirar atrás y fue directamente a su camarote. Levantó levemente la cortina de la ventana. Allí estaba, con los ojos fijos, como si hubiese adivinado instantáneamente el camarote que ella iba a ocupar; en las pupilas la

misma expresión dulce y triste. La Señora de los Tres Perros se echó en la cama. Soñaba con otros tiempos, otras épocas en que la riqueza diera efectivamente un poder de vida y muerte, unos tiempos en que la Alta Señora no tuviese por qué detenerse en sus caprichos por unas conveniencias sociales. Entonces ella, Princesa o Corsaria, se hubiera llevado al muchacho de su ambiente como se transplanta un arbolito; le hubiera colocado allí, junto al rincón de su camarote. Por la mañana hubiera tenido esos ojos en que reflejarse, al acostarse esos ojos de que despedirse. Por la noche al despertarse lo hubiera visto allí, siempre atento —los esclavos en aquellos tiempos no dormían nunca, siempre dispuestos a complacer a su dueña— pero sin atreverse jamás a un gesto sin su orden. Y una noche, no la primera ni la segunda, quizás tres o cuatro días después de zarpar el barco, ella habría levantado la mano de madrugada, él se hubiera acercado suave, lentamente, como un felino, inclinándose sobre su almohada. Y ella hubiera entrado en esos ojos, flotando en ellos, naufragando en ellos...

* * *

El autobús se detiene, los turistas empiezan a bajar y decenas de niños parecen querer subir. No es que quieran subir realmente, lo que ocurre es que se disparan contra los extranjeros que pueden darles de comer hoy, mañana, quizás una semana, en cuanto se equivoquen y calculen que un dólar es menos de lo que vale realmente.

El Gigoló hace gestos enfáticos, protege a la Señora de la Esmeralda; la Señora de la Esmeralda no lleva la Esmeralda, naturalmente, se lo han recomendado todos, especialmente el Gigoló. (El Gigoló cuida la esmeralda más que nadie a bordo.) La sortija está en su caja de caudales individual, junto al despacho

del Comisario. La Señora de la Esmeralda no lleva la Esmeralda, pero no ha podido evitar llevar pendientes, un par de sortijas, un brazalete. A las recomendaciones de los oficiales, incluso en el último momento en la pasarela, había dicho excusándose:

—Si no las llevo me parece que voy desnuda.

El Gigoló se excita al oírlo. La excitación del Gigoló es siempre medida y organizada, pero esta vez se siente embriagado. Imagina a la Señora de la Esmeralda en la cama totalmente desnuda pero cubierta de joyas, de arriba a abajo. Sortijas en todos los dedos, brazaletes, un collar de rubíes —¿tendrá un collar de rubíes?— bailándole entre los pechos, realzando los pechos, embelleciéndole los pechos, y largos pendientes llegándole desde la oreja a los hombros. El beso iría entonces de la frialdad de la piedra y el metal al calor de la piel, una vez y otra. ¡Dios! Al Gigoló le da vueltas al cabeza, ¡qué dos sabores! Vuelve a la realidad y coge a la Señora de la Esmeralda por un brazo.

—Ten cuidado, no tropieces... está lleno de piedras. Niños... ¡fuera!

El Encorbatado se ha sentado en un café y mira al vendedor ambulante que está al otro lado de la calle. El vendedor ambulante le mira a él con la misma atención. El Encorbatado va vestido extrañamente con unos zapatos que le oprimen los pies, (está seguro de ello porque nota que los tuerce al caminar). El pantalón es largo, feo, como dos tubos; por encima aparece una chaqueta llena de bolsillos que se muestran abultados. El blanco viaja con su casa a cuestas, tiene ahí todas las pertenencias, piensa el indígena, en su tierra debe de haber muchos ladrones, no se fían de nadie. Por debajo, la camisa es normal; y luego lo más asombroso, esa cinta que se asoma en un lazo. El indígena ha notado que los blancos van casi siempre vestidos igual pero que el color de la corbata es diferente. El indígena, que es buen observador, pien-

sa que el color de la corbata corresponde a las distintas tribus en que se diferencia el hombre blanco. Por otra parte, piensa el indígena, debe de ser la única manera de diferenciarse entre ellos. Son todos tan iguales... aunque cuando se quitan la corbata hay siempre otra forma de distinguirse, también tribal. Unos se dejan pelo encima del labio, otros debajo, otros a los lados. Alguno, puede ser el jefe, lo lleva todo alrededor de la boca, pero en esos casos, ha notado el indígena, se lo quita a veces de la parte superior de la cabeza dejando una zona blanca de dudoso gusto. Interesante, curioso. El indígena no se cansa de ver extranjeros. Son todos tan interesantes. Lo que se aprende observándolos.

Siempre Encorbatado paga su consumición y se aleja con disgusto. No le divierte nada que le miren como a un animal raro.

El indígena intenta observar si este extranjero que se aleja lleva una cajita negra como otros de su raza. Es una caja negra en la que meten como unas pastillas de tabaco que cuando se aprieta el botón sale una música. Los extranjeros pueden pasarse horas oyendo esa música, basta que den vuelta a la pastilla de vez en cuando. El indio no comprende cómo los extranjeros pueden pasar tanto tiempo oyendo esa música. Toda suena igual...

El Playboy no tiene nada que recordar de la excursión a la isla. El Playboy no ha hecho excursión a la isla porque nunca hace excursiones a las islas. De los viajes en barco con escalas, al Playboy le interesa sólo el barco. El Playboy hace mucho tiempo bajó a una isla y la encontró caliente, incómoda, primitiva y absurda. Playboy no encuentra ninguna gracia en pasear por calles llenas de polvo, en apartar con la mano a niños que se pegan al turista, en visitar iglesias echando hacia atrás la cabeza para contemplar la bóveda,

mientras el guía explica viejas historias con voz gangosa.

Para él la historia se reduce a la historia de las costumbres, pero se inicia justamente cuando él fue por vez primera a una fiesta a los dieciséis años. La historia, para él, no es la de las naciones; la ha contraído hasta reducirla a la historia de las familias. Sabe por ejemplo la genealogía de sus amigos lo suficiente para entender si es de buena cuna o de cuna deficiente o ignorada, de arte para apreciar un Picasso colocado en una pared del salón, de geografía para ubicar la morada de sus amigos de la «jet society» en el mundo. (Conoce mucho mejor Punta del Este que Montevideo, Cannes y Deauville que Lyon o Marsella, Palm Beach que Miami, Marbella que Granada, Marrakech que Rabat, Portofino que Roma, Porto Cervo que Cagliari). En su imaginación, el mundo no está compuesto de catedrales góticas, de palacios renacentistas, de bosques tropicales, de montañas nevadas, de iglesias románticas o de ruinas griegas. En su mapa particular hay unos puntos color rosa que evocan en su imaginación casas confortables, comidas, sonrisas acogedoras, grititos de sorpresa y alegría que suenan igual en todos los idiomas —¡querido! ¡querida!— copas traídas por camareros de facciones distintas pero con el mismo uniforme y el mismo gesto inclinado al servir, piscinas, butacas, sofás, hablar de dónde se viene, hablar de a dónde se va, divorcio, matrimonio; y cuando la conversación se hace más grave, impuestos... «van a por nosotros... quieren arruinarnos... envidia, es todo envidia...» De cada uno de sus viajes el Playboy saca una nota decisiva que no se refiere al arco, a la torre ni al árbol. Los lugares de la tierra se dividen en cómodos o incómodos. Basta. Y la gente no es alta o baja, inteligente o torpe, amarilla o blanca, sensible o ruda. La gente que el Playboy visita en sus viajes se divide en dos clases.

La que recibe bien y...

La que no es de recibo.

Por eso cuando el Profesor le ha preguntado cuál de las excursiones de la isla piensa escoger, el Playboy ha buscado en su mapa interior el nombre de aquel lugar y no ha podido asociarlo con ningún elemento humano con los que habla, con los que se entiende. Sin ellos, el Playboy se encuentra mucho más perdido y solo que Robinson. Contesta amablemente:

—No sé, quizá sólo baje por mi cuenta a dar una vuelta...

Y se ha quedado en el camarote repasando su «album de la vanidad», un álbum que va siempre con él y en el que hay recortes de la «prensa del corazón» de todo el mundo, recortes de poco texto y mucha fotografía, en donde aparece él más o menos cerca de jacquies, de elizabetes, de anas, de burtons, de nivens, de sinatras, de callas, de sachses, de brigittes, de agakanes, de gente bien, en fin. ¿Va a cambiarlos por un grupo de negros desharrapados a la puerta de su choza?

Doce de la mañana, jueves

Los sonidos electrónicos suenan natural en los espacios cerrados. Pertenecen a la civilización, forman parte del infernal ambiente que nos rodea. Pero nadie espera una voz gigante llegando fuertemente a nuestros oídos cuando uno está en medio de un campo de trigo. La primera reacción sería la de tomarla por la voz del Señor riñiéndonos por nuestros pecados.

Algo parecido ocurre en los barcos. El cielo abierto arriba, el mar abierto a los lados hacen olvidar a veces que estamos cabalgando una máquina; que por debajo de la plataforma de madera rugen miles de caballos de vapor y se mueven grasientos engranajes. Los seres echados en unas tumbonas imaginan que están desplazándose por esfuerzos lejanos, muy lejanos de la industria y el comercio humanos.

Y de pronto ruge el altavoz: Señor... Señor... le llaman a la Cabina-Radio, por teléfono, por favor... Señor... Señor...

Las cabezas se levantan, los ojos luchando contra el sol fuerte para distinguir al llamado. El Bebedor cruza el puente, su eterno vaso en la mano saludando cómicamente.

—Soy yo... soy yo... desgraciadamente es para mí, perdón, perdón...

Salta dos colchonetas, evita al Siempre Encorbatado que entra en aquel momento, se precipita por la escalera que va a la Estación-Radio. A su espalda ha dejado un contingente de seres que han dejado de dor-

mir y sobre todo han dejado de soñar... La vida está allí, mucho más cerca de lo que imaginaban.

—La Civilización no nos suelta de su mano mecánica — dice el Pelirrojo.

—¿Qué le pasa a su hermana? ¿Se encuentra mal?...

La Hermana Menor mira con afecto a la Mayor, que se ha levantado inesperadamente y se aleja.

—La ha asustado el teléfono...

—¿Por qué?

—Tiene muy malos recuerdos. Donde vivíamos había un tipo que se dedicaba a llamarla a todas horas del día...

—¿Qué clase de llamadas? — Siempre Encorbatado se ha acercado, curioso. No se sienta en la tumbona porque lo que los demás llaman cómodo asiento, a él le resulta un potro de tormento. Prefiere quedarse de pie, apoyado en la columna que mantiene la balaustrada del puente superior.

—Puede imaginarlas... horribles...

—¿Obsce...nas? — La Señora de la Esmeralda está excitada.

La Hermana Menor asiente.

—Obscenas — repite. Había oído hablar mucho de esos tipos, pero nunca con nadie que de verdad...

—¿Usted habló con él? Con el hombre, quiero decir.

—Algunas veces, pero él quería siempre hacerlo con mi hermana.

—¿Y qué decía? ¿Qué le decía?... — Siempre Encorbatado hace un esfuerzo para quitarle a la pregunta demasiado entusiasmo, de convertirla en científica —. Tengo entendido que toda esa gente hace las mismas observaciones, tienen como ideas fijas, ¿no?

—¿Y no hay manera de meterles en la cárcel? — La Señora de la Esmeralda entra de nuevo en la conversación.

—No, no hay manera. La policía nos dijo que le entretuviéramos lo bastante para que pudiera localizar la llamada, pero son muy listos y nunca permanecen bastante al teléfono.

—Entonces, ¿esas cosas que se ven en las películas «Localíceme esa llamada, Jeff», ¡y ya! hecho...?

—Pues eso, son películas. — El Profesor se ha acercado también; todos los situados cerca parecen captar que se está diciendo algo interesante en el grupo.

—Lo que no comprendo es qué ilusión pueda tener un hombre en impresionar a una mujer sin poder ver su reacción con sus propios ojos.

Algunos miran severamente al Playboy; piensan que en cierto modo comprenden el ansia erótica del llamador.

—Pero todavía no nos ha explicado cuáles son exactamente las frases que dice — insiste el Pelirrojo, al que parece que todos están divagando.

La Hermana Menor duda...

—Puede imaginárselo. — Mira alrededor —. ¿No? Pues alusiones al cuerpo de mi hermana, a lo que haría con ella si tuviese ocasión... Al parecer, la seguía de lejos. Le impresionaba mucho cuando ella llevaba tacones altos.

—Típico — murmura el Profesor. Todos le miran.

—Y una vez, fue algo horrible...

—¿Qué? ¿Qué fue? ¿Qué le dijo?

—Pues... bueno, ustedes son todos adultos. Es ridículo que lo calle...

«Claro»... «no faltaría más»... «estamos de vuelta»... «lo que nos impresione a nosotros... en estos tiempos»...

—Pues... — mira a la puerta por donde ha desaparecido su hermana — una vez le dijo que mientras hablaba se estaba... se estaba...

—Masturbando.

Todas las caras se vuelven al Profesor.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Es una de las características de esa clase de enfermos.

—¿Enfermos? ¡Asquerosos, repugnantes! —La Señora Pelirroja casi se ahoga en su indignación.

En contraste, la voz del Profesor resulta más suave que de ordinario.

—No lo estoy juzgando moralmente, sino clínicamente, señora. Y supongo que su hermana reaccionaría indignada, le insultaría...

—Le dijo de todo.

—Error.

«—¡No! ¡Bueno! Pero, ¿qué dice? ¿Qué haría usted en ese caso?»

La Señora de la Esmeralda afina más la puntería:

—¿Qué haría usted si su hija o su hermana...?

—Digo que es un error porque esos asquerosos —brinda el epílogo a la Pelirroja para hacerse perdonar— obtienen su placer morboso precisamente ante la reacción indignada de la víctima. A mayor furia y gritos escandalizados de la persona aludida, mayor placer físico obtiene. Para ellos el mejor sistema es el contrario.

—Es decir...

—Es decir, al oír esa barbaridad, contestar con voz serena y amable: no sabe cuánto le agradezco esa muestra de interés por mí. Lo considero un homenaje. Los desconcierta.

La Hermana Menor piensa un poco.

—Es posible que tenga usted razón. Efectivamente, me decía mi hermana que cuando más gritaba, más satisfecho parecía el otro.

—¿Ve usted?

Ella ve, pero los demás del grupo, no. Sin embargo no se atreven a pronunciarse. Al fin y al cabo, si la hermana de la víctima acepta ese monstruoso conse-

jo... ¡Mantener la calma, la serenidad en esos momentos!

El Playboy mira al Profesor con una nueva actitud... Nunca hubiera pensado que el tipo conociera tanto esos temas... La misma certeza produce un efecto distinto en la Señora Pelirroja. Se inclina hacia la Señora de la Esmeralda: «Yo no me fiaría de un hombre que sabe tanto de esas cosas». La Señora de la Esmeralda asiente con la mirada fija en el Profesor. Esa cara hasta ahora considerada digna, ha adquirido de pronto una expresión demoníaca. Se le alarga la nariz, se le agudizan los dientes. El Profesor Jekyll se está convirtiendo en plena luz del día en Míster Hyde.

Doce y treinta, jueves

La sonrisa ha desaparecido de la cara de la señora. El grito sube y sube de tono.

—¡Niño! ¡Fuera del agua, he dicho!

El niño corre por el borde de la piscina.

—Sólo una vez más, mamá, de aquí a allí, ¿eh?

¡Plaf!

—¡He dicho que fuera! ¿No me has oído?

—Lo ha oído toda la piscina, de forma que es bastante fácil que lo haya oído el niño — susurra el Calvo Bajito al oído de su compañero de sol y «bridge» —. ¿No cree?

—Sólo una vez más, mamá.

—¡Te he dicho que no!

Todo el orgullo anterior de verle nadar ha dejado paso a una gran irritación. Las cabriolas tan celebradas son ahora motivo de furia.

—¡Fuera!

El niño sale rezongando... y es arrastrado violentamente por un brazo hacia los vestuarios. Las Tricoteuses levantan la cabeza para desaprobar.

—No deberían dejar a los niños con los mayores.

—Eso, que les dieran otras horas para bañarse...

—A las seis de la mañana o de la tarde...

—En algunos barcos lo hacen.

—Sí.

El calor se hace más torpe, más pesado, más húmedo. Un señor ha abierto la boca en un bostezo que se

fija al quedarse dormido, luego, poco a poco el maxilar se refleja y los labios vuelven a juntarse.

* * *

El Moreno está extendiendo crema sobre la espalda del Rubio. Lo hace suave, lentamente... está consciente de que todos le miran, que todos comentan —con el labio, con el ojo, con el codo—. No le importa. Hace ya mucho que ha dejado de importarle lo que piensen los demás.

* * *

El Hombre Orquesta ha tomado el micrófono. El Profesor le llama el Hombre Orquesta porque toca todos los instrumentos que a bordo puedan servir para distraer a los pasajeros. A las nueve y media es profesor de gimnasia, a las diez y media de la noche, maestro de ceremonias a cargo de los juegos de sociedad que se realizan en la pista de baile. En el entretanto prepara las comparsas, cuida los disfraces de carnaval, las fiestas de a bordo...

Como la que está anunciando ahora. El Paso del Ecuador, con la Reina y Neptuno, que darán el solemne permiso para que crucen la Línea los novatos, después de pagar el tributo de ser embadurnados, pintarrajeados y arrojados al agua. El Discurso corre a cargo del cirujano y barbero, papel «desempeñado» dice el programa, «por el distinguido señor»...

Es el Canoso de la Mesa del Rincón. El Canoso es un ingeniero de caminos, viudo desde hace años que no viaja para olvidar porque su vida de matrimonio se deslizó sin sobresaltos y excesivas alegrías, nada tan importante que tuviera que olvidarse después. El Canoso llegó simultáneamente a su viudez y a su retiro, es decir al abandono del Matrimonio y del Traba-

jo, los dos únicos ambientes en que había desarrollado su vida y entonces se dio cuenta, tanto del Vacío en que caía como del Vacío de que salía. Entonces se dedicó a viajar en todos los cruceros que se le ofrecieron. Traba relación fácilmente con todo el mundo desde los primeros días, se presenta en el ascensor, junto a la borda, a los ocupantes de la mesa de al lado. Si hay una vieja dama que nadie sacaba a bailar, el Canoso acude diligente. Esto le hace muy popular. «Mirad al Canoso —dicen todas las señoras— qué caballero es, se preocupa siempre de las que no bailan.» No saben que así consigue él bailar a su vez, va formando su red de amistades a bordo, lo que le hace feliz.

Su momento cumbre es el de las fiestas a bordo, en las que apresura a desempeñar los papeles más ingratos. Este de Cirujano Mayor, por ejemplo, le atrae mucho. En cuanto empezó a hablarse de la ceremonia del Paso del Ecuador y el Hombre Orquesta insinuaba que lo importante era colaborar en lo que fuera, no faltaba quien se lo recordara: «Quien estaría bien en aquel papel, es ese señor del pelo blanco, el de la mesa del rincón...» Le designaban casi siempre y alcanzaba su momento de gloria. Por vez primera podía hablar a varias decenas de personas reunidas.

El Canoso lee en una larga tira de papel. Engola la voz, hace visajes. Cuando en su vida matrimonial intentaba mostrar la calidad teatral de sus imitaciones, no encontraba eco ninguno. Su mujer le imponía silencio con el simple gesto de aburrimiento. Sus sobrinas —no tenían hijos— le hacían notar a veces que un ingeniero de caminos no hace el payaso en público. Y así había tenido que esperar durante años. Ahora, ante un público lejano de su vida y de su ambiente, se refocilaba. Hacía alusiones atrevidas a los días a bordo y sobre todo a las noches...

«Y esos que se confunden de camarote...»

Grandes carcajadas, incluso entre los que jamás

habían querido ni podido equivocarse de camarote nocturno.

Playboy se ha aproximado a la Ampulosa. La Ampulosa había entrado en el barco pidiendo guerra, desbordante el seno, las caderas y la sonrisa gachona. Viajaba sola y evidentemente no pedía más que compañía. Playboy la había marcado desde el primer momento como posible botín, pero le molesta que se trate de algo demasiado obvio. Es como tirar a perdiz parada.

El Playboy ha empezado a hablar con la Ampulosa, a la que guardaba en reserva. Desde las primeras palabras se confirman sus esperanzas y también su desilusión. La Ampulosa habla, se contonea, abre y cierra los ojos en un coqueteo de otros tiempos.

«¡Dios mío! —piensa Playboy—, es antigua en todo. Es capaz incluso de decirme después: ¿Cómo ocurrió esto? ¡Te juro que es la primera vez que me pasa!» No, no está a la altura de su fama de cazador. Le parece que todos le miran sonriendo, más que de su suerte de don Juan, de su inseguridad de neófito.

Pero la Ampulosa está muy cerca de él. La mirada del Playboy resbala sobre la curva amplia del amplio seno saliéndosele del bañador. No sería desagradable tenerlo en la cuenca de su mano... Suspira. Si al menos se callara en el momento crucial... Porque clase, lo que es clase, la pobre...

El Canoso ha terminado su discurso y acoge con satisfacción los aplausos de los concurrentes. No sabe que esos aplausos serían exactamente de la misma duración e intensidad si lo hubiera pronunciado otro cualquiera. Mientras se inclina piensa que, modestamente, no ha estado mal. Que ha sabido conjugar ironía y erudición marítima con la intención erótica matizada siempre por el buen gusto y el respeto. Sí. Ha estado bien.

El Rey Neptuno da orden ahora a los «sirenos» de

aportar a los viajeros que no hayan pasado el bautismo. Hay quien se esconde de verdad, hay quien se esconde para que le vean y ser arrastrado entre burlas al embadurnamiento y luego al agua. La Ampulosa es, naturalmente, la primera elegida. Como temía el Playboy, se retuerce cuando la empujan en una que cree que resulta graciosa resistencia mientras intentan llevarla a la presencia del Barbero Mayor. Cuando la pintan, empieza a dar grititos.

«¡Dios mío! —piensa el Playboy—. Creía que ya no quedaban.»

Nota que la mayoría de la gente observa la escena, pero alguien en primera fila —esta vez sin labor de punto, ha quedado en el bolso— las Tricoteuses, en lugar de mirar hacia la piscina, le miran a él. Al Playboy, que gusta ser objeto de atención ajena, le entra ahora una gran vergüenza y al mismo tiempo una gran irritación por esa vergüenza. ¿Qué tiene que ver él con...? ¿Qué le cuentan a él? ¿Es acaso su marido... el novio, el amante...?

Una de la tarde, jueves

La Viuda Alegre adquirió el sobrenombre el primer día en que apareció a bordo vestida muy de negro, peinada muy de rubio y una sonrisa permanente en la cara redonda y aniñada. Luego no ha habido razón para cambiárselo. Es efectivamente viuda —de pocos meses—, es efectivamente alegre —desde sus primeros pasos—. Todo le produce grandes risas, jamás se disgusta con nadie. Elogia los platos, el sol de la piscina, cualquier atención, por mínima que sea, de los demás pasajeros. Parece gustar de la vida como si se tratara de una gran tajada de sandía gozándose en la frescura, en el sabor, en el alimento. El Señor Cojo la vigila a menudo esperando encontrar en ella algún gesto de desagrado que la haga «más natural». El Señor Cojo no puede comprender que haya alguien en la vida que pueda estar siempre tan feliz.

Como no consigue verla desdichada a bordo, el Señor Cojo procura imaginarla en el momento en que tuvo que serlo. El Señor Cojo procura ver en su interior la escena que *tuvo* que existir. El marido agonizando, ella con los ojos arrasados en lágrimas. A veces ha intentado devolverla a ese momento. Cuando alguien del grupo recuerda tiempos pasados...

—¿Y cómo fue, cómo fue... lo de su desgracia...?

Ella no intenta desviar la conversación, lo que sería ya muestra de tristeza natural. Acepta el envite normal, sencillamente. Él era diplomático, estaban de misión en país extranjero... Se había quejado varias

veces de dolor en el pecho, pero no le había dado importancia. «Un hombre alto, fuerte, famoso jinete.» Y una noche, de pronto, tuvo el ataque... corto y definitivo.

El Señor Cojo la observa atentamente mientras lo cuenta. Lo máximo que ha conseguido es que la sonrisa de siempre, al llegar al difícil pasaje, se haga rictus. Pero es sólo un segundo. Después vuelve la dulzura, reaparecen los hoyuelos, se anima hablando de su vida futura.

El señor Cojo está francamente decepcionado.

* * *

El Bebedor va de lado a lado enarbolando su whisky como una bandera. Nadie ha visto jamás al Bebedor sin un vaso en la mano, y su mote fue el más rápido y unánime. El Bebedor es un hombre magro, nervioso, ya mayor... tiene los dientes feos y pequeños, y los muestra siempre en una expresión afable que a algunos les repele. Su primer contacto social es siempre ofrecer una copa. Y para eso la lleva siempre... Empieza por la mañana temprano con cerveza, pasa después al whisky y termina a altas horas de la madrugada con coñac. Siempre Encorbatado le aborrece porque «no está en su sitio»; el Profesor, por su frivolidad. Jamás habla de nada importante o serio, con la excusa de que está de vacaciones. «¿Cómo se puede dar vacaciones al cerebro?», se pregunta el Profesor enfáticamente. La Ampulosa gusta de él, pero es que la Ampulosa gusta de todos.

... El Padre le preguntó una vez cómo había conseguido llegar a su edad sin caer víctima de la cirrosis. El Bebedor se cercioró de que estaban solos y contó su secreto.

—No crea que es tanto... Es verdad que siempre tengo un vaso en la mano pero, si se fija, verá que

siempre es el mismo líquido con pequeños refuerzos. Muevo mucho más que trasiego... pero, por favor —vuelve a mirar a ambos lados—, no se lo diga a nadie.

El Bebedor cuida su fama de ebrio como otros cuidan la de sobrios. El Padre piensa que la vida de ese hombre en la ciudad debe de ser muy tensa y le perdona. El Padre es comprensivo con los pecados ajenos. Y también con los propios.

* * *

Los bañistas miran, desde la piscina, el bar convertido en restaurante improvisado y dudan entre obedecer al estómago que les acucia o el resto del cuerpo que los retiene en la cómoda postura.

Algunos, especialmente algunas, sacan partido de esa pereza para conseguir hacer régimen. Lo que es francamente difícil ante el prometedor menú, ante la insinuación amable del Maître primero, del camarero después, resulta mucho más sencillo cuando el manjar, en lugar de ofrecerse apetitoso ante la vista, hay que ir a elegirlo, servirlo, transportarlo y sólo luego, engullirlo. A veces se comunican sus vacilaciones para encontrar en el compañero la fuerza que a ellos les falta...

—Habrá que ir a almorzar.

Lo malo es cuando el otro contesta con la misma falta de energía:

—Sí, habrá que ir...

Así les ocurre a las dos hermanas, distintas en muchas cosas, igualadas en la pereza. La Hermana Menor contempla entre sus párpados semicerrados a la Mayor. Al menos ella, piensa, distrae su apetito con el cigarrillo; pero yo, que no fumo... Mira de nuevo hacia el bar y la gente que lleva un plato de un lado para otro...

En otros casos la insinuación tiene efectos más precisos. Si se trata de matrimonios latinos u orientales, por ejemplo, puede ocurrir que la esposa se levante sola y traiga dos platos con comida para el marido, que permanece en la tumbona y se incorpora al verlos con un resto de gratitud mínima. En el caso de los norteamericanos, es fácil que sea el hombre quien traiga la preferencia de su mujer. Y en el de la Extraña Pareja es siempre el Moreno quien sirve al Rubio; éste reacciona siempre con un: «¿Por qué te has molestado? Iba a ir yo ahora...»

Dentro, la cola se extiende ya alrededor de la mesa. Los pasajeros se van asomando a los platos intentando adivinar por la contextura y el aspecto la calidad... Los pocos camareros situados al otro lado de la mesa ayudan a elegir y sirven los platos calientes. Los Estudiantes se mezclan sin guardar turno, tropiezan con la gente; uno recuerda de pronto:

—Ay, me he olvidado el pan... ustedes perdonen...

Y vuelve a cruzar la fila para estirarse por entre la hilera de gente para alcanzar el pedazo. El origen nacional, muy difícil de precisar en el restaurante cuando todos están sentados, se nota más en el «self-service». Los anglosajones actúan con habilidad, los latinos con torpeza. También se nota en la colocación. Los primeros deciden desde el principio una ordenación de paso y se colocan en fila; los mediterráneos, los sudamericanos empiezan por donde les parece.

El Gigoló mira con disgusto a los bañistas transformados en comensales. El Gigoló cree que la libertad de ropa de la piscina no tiene nada que ver con la falta de buen gusto. Por ejemplo, le irrita la mujer con rulos en la cabeza y no sabe si odia más su aspecto descarado o cuando la que los lleva se pone encima un pañuelo vergonzante que deja ver por las cuatro esquinas los círculos de metal. Al Gigoló le irrita sobremanera que una mujer no dé siempre lo mejor de

sí misma, mientras que él procura ir siempre perfectamente arreglado y en su mejor estética. Que está seguro que si fuera millonario y no necesitara de nadie haría lo mismo.

Y todavía le enfada más al Gigoló la razón que le ha dado alguna vez aquella «desgraciada» para exhibirse así en público. «Es que tengo que prepararme para la fiesta de esta noche.» Para él, esta frase significa exactamente esto: «Esta noche hay una fiesta a la que irá la gente que a mí me interesa me vean bella y arreglada. Para ella me preparo; la que me vea ahora me da igual, es de menos categoría y su juicio me es indiferente.»

—¡Pero si somos los mismos! —dice el Gigoló en voz alta.

Los vecinos de mesa le miran asombrados. El Gigoló, avergonzado, sonríe.

—Perdonen, estaba pensando en voz alta.

* * *

Para no ver escenas parecidas a las que molestan al Gigoló, Siempre Encorbatado está comiendo en el Restaurante medio vacío. A Siempre Encorbatado no le importa. Va vestido correctamente como corresponde a un almuerzo y se sirve con la misma ceremonia que por la noche. No comprende que el hecho de que haga calor fuera obligue a uno a cargar con platos, a mancharse de grasa y a sentarse en sillas incómodas.

Un poco más allá del salón, está la Campesina; la Campesina tampoco come nunca en la piscina porque no va nunca a la piscina. Como buena mujer de campo ha tenido toda su vida un saludable temor a los rayos del sol, heredado de su santa madre. «Hija, el sol hace daño y llena la cara de arrugas.» Cuando era joven jamás fue al huerto sin un sombrero de paja. Jamás.

Pero la razón más importante de que no se desnude en público es, asombrosamente, la escasez de su guardarropa. La primera vez que se asomó a la piscina pensó por unos minutos que aquella orgía de carne era el único sitio en que su pobreza tendría cómodo refugio. Luego su mirada empezó a investigar alrededor de los cuerpos yacentes y se quedó aterrada. Toalla, bolsas, gafas oscuras, cremas, lociones, zapatillas, trabajo o libro para no tener que hablar con nadie... Hizo un rápido cálculo de comerciante y encontró que resultaba más caro desnudarse que vestirse. ¡Toda una maleta: sólo para cosas de playa! Resultaba barato comer en el restaurante.

Dos y media de la tarde, jueves

El Señor Cojo está en el saloncillo de lectura consultando papeles de aspecto oficial, largos informes a máquina. El Profesor se asombra que, a su entrada, el Señor Cojo encierre rápidamente todos los folios en su cartera marrón, y se detiene en el umbral, vacilante...

—Si le molesto...

—No, por favor, siéntese —haciéndose perdonar el brusco gesto—. Ya sabe que me encanta hablar con usted. Diría mejor, diría que en este barco sólo se puede hablar con usted.

Sonríe disgraciosamente. El Profesor se siente un poco incómodo y se sienta en el borde de la silla. Le ha desconcertado la celeridad con que el Señor Cojo ha ocultado —porque los ha ocultado— los papeles que consultaba.

—De verdad, si le molesto, podemos charlar más tarde.

—Por favor, no. Quédese, se lo ruego.

Ambos se quedan frente a frente sin saber qué decirse.

Mirada de auxilio a los estantes encristalados.

—¿Ha visto usted ya los libros que tenemos aquí?

(¿Por qué no habrá querido que los viera? ¿Y por qué no habrá dado una explicación, por formalista que fuera, de lo que estaba leyendo?)

—Lo hice el primer día, como usted, probablemente.

(He estado incorrecto. Tendría que haberle dicho algo, que se trataba de asuntos de negocio, guardarlos sin tanta prisa.)

—Claro... Realmente no hay nada que valga la pena. Algunos clásicos de la novela, y pare usted de contar...

(Le encuentro nervioso. Quiere hacerse perdonar y no sabe cómo... Tampoco yo consigo estar natural.)

—Sí; Tolstoi, Stendhal, Dostoievski no faltan pero la inmensa mayoría son noveluchas... ya sabe, *best sellers*, esas obras de hoy que parecen pensadas sólo para el cine. La Susan, Hailey, Michener...

—Los cuentos de Michener no son malos.

—Pasa como en Somerset Maugham. Es lo mejor que tiene.

(El Señor Cojo está contento porque cree haber encontrado un fallo en el buen gusto del Profesor. Decir que los cuentos de Maugham es lo único que vale en sus obras, es el recurso de los «mediocultos» que quieren salvar su reputación de refinados eligiendo con dengues unos capítulos del autor de masas.)

—Para mí basta que un libro sea *best seller* para no leerlo.

El Profesor se sobresalta a su vez. Creía que su interlocutor tenía más personalidad. Evitar leer todos los *best seller* por el mero hecho de serlo, le parece una muestra de snobismo al revés. Le resulta igual de falso y de artificial que adquirir sólo los libros que lee la gente para no quedarse callados en los cocktails. Se reclina mejor; ya está más cómodo, física y moralmente.

—Bueno, bueno —una sonrisa para aliviar la dureza de la contradicción— hay algunos *best sellers* que ¿cómo le diría con sus mismas palabras? «no merecen serlo». El caso de «Cien años de soledad», por ejemplo.

—Ah, ha dado usted quizá con la única excepción

a la regla. Pero, ¿cómo sabemos si en ese caso no han intervenido en el éxito elementos extraliterarios, el folklore sudamericano, incluso la política que hoy pone de moda aquel continente?

El *best seller* como prueba de aborregamiento, el *best seller* como prueba de la fuerza de la masa ignorante sobre la minoría culta, el cine como creador de *best sellers*... como confirmación, como destrucción como reconstrucción de la obra literaria... el cine divulgador de la literatura... ¿Hasta qué punto es válida? ¿Hasta qué punto puede aceptar la literatura ser divulgada, vendida así?... Por otro lado, ¿no es absurdo mantener a las buenas letras en una minoría constante? ¿No estaremos negando el carácter taumatúrgico de los grandes escritores, que lo fueron para millones? ¿Dónde dejamos entonces a Shakespeare, a Tolstoi, a Cervantes? Por otro lado, si existe una relación constante entre ser bueno y ser conocido, ¿dónde queda Proust, dónde Joyce?

El hielo se había roto. Se agitaban, se interrumpían, cortaban el aire con las manos para marcar un punto, unas veces se adelantaban en el asiento para asestar su golpe intelectual y otras se retiraban al fondo esperando la reacción del contrario. Los dos estaban encantados en el cálido baño de la discusión, forzando el cerebro en busca del argumento, convencidos cada vez que habían dicho lo más tajante, lo más definitivo sobre el tema, proposición ante la que no cabía una réplica convincente y sí una retirada estratégica basada en un sofisma. (Sofisma era siempre lo que decía el contrario cuando resultaba difícil de responder.)

Cuatro de la tarde, jueves

El programa advertía —se notaba la mano del Hombre Orquesta— que, «para combinar lo útil con lo agradable», habría una conferencia. Considerando que el pasajero, en general, no estaba inclinado excesivamente a la ciencia, se había escogido un tema que, al mismo tiempo que informara al cerebro, despertara cierta curiosidad malsana. Era «La mantis religiosa; amante y asesina».

La sala está llena. El conferenciante la observa con satisfacción antes de iniciar su charla. Era un hombre gordito y rubio, con lentes de armadura dorada. Intuyendo lo que el público ha ido a escuchar, pasa rápidamente por la descripción de la especie y la familia del insecto para llegar al punto realmente importante de la charla:

«Dado que la mantis religiosa hembra ataca todo lo que se mueve a su alrededor para devorarlo, el macho se acerca cautelosamente por detrás y aprovechando un momento en que ella no mira, salta sobre ella abrazándola, por así decirlo, con sus patas delanteras.»

Las del Playboy empezaron a moverse al mismo ritmo. Se había sentado al lado de la Viuda Alegre cruzado con ella unas palabras que habían sido acogidas, creía, con simpatía. Ahora, tras unos minutos de oscuridad cómplice, su rodilla avanza lentamente hasta rozar la femenina. Ésta no se mueve...

«Ella no se mueve en absoluto. El macho la abra-

za completamente inclinándose ligeramente sobre la derecha a fin de que sus órganos genitales vayan coincidiendo lentamente sobre los de ella dándole cierta vuelta al cuerpo. Ella sigue inmóvil.»

Ella seguía inmóvil. Playboy intensifica la presión en forma casi insultante. En un momento determinado separa unos milímetros su rodilla y nota con satisfacción que la de ella, se volvía a juntar con la suya, movida por la inercia de quien encontraba inesperadamente un vacío.

«Vean en esta diapositiva la búsqueda del órgano femenino por el masculino.»

Lo que la fotografía mostraba, aún en ampliación, no era más que un enjambre de miembros rosados —parece un langostino, pensó el Playboy— mezclados en forma embarullada y confusa. Era mejor escuchar que ver, imaginar que observar. Intensifica su presión y desliza su mano a lo largo de su pierna hasta colocarla a la altura de la de ella.

«Resulta evidente que en el momento del coito ha habido cierta participación por parte de ella. La unión puede durar varias horas.»

Risitas sofocadas en la sala. El Playboy toca con sus dedos los de ella. Las miradas se cruzan. Ella sonríe levemente y vuelve la vista a la pantalla.

«La leyenda afirma que la mantis religiosa se come a su amante después de haber consumado el acto sexual. Pero la realidad es todavía más curiosa. La acción asesina ocurre a veces durante el coito. Vean en esta diapositiva.»

Las manos estaban ya juntas, los dedos entrelazados y el Playboy tenso. La rapidez con que se había consumado el primer intento de aproximación le sube a la cabeza como un vino.

«Mientras se mantiene el abrazo y la cópula, ella se vuelve y le ataca empezando por devorarle la cabeza.»

Un ¡oh! reprimido, de miedo y repugnancia. El conferenciante sonrió orgulloso del efecto causado y a la manera del actor, espera unos segundos para el golpe de efecto subsiguiente.

«Pero lo asombroso es que, aún después de que hayan devorado la cabeza, el macho sigue haciendo el amor. No se rían. Efectivamente, se ha demostrado tras observación profunda y repetida, que la parte inferior del macho, el abdomen, prosigue —aún después de perder la parte superior— en sus movimientos de vaivén sexual. Al parecer, los nervios que dominan el órgano sexual masculino no dependen del centro nervioso de la cabeza, o el contacto con el cuerpo de la hembra produce un efecto compensatorio en la acción masculina.»

El Playboy se inclina al oído de su compañera. «Lo primero que pierde un hombre por una mujer es siempre la cabeza. Afortunadamente queda lo demás...»

Ella ríe apoyando la mano en la boca y la presión de sus dedos se incrementa. La cabeza del Playboy deja de concentrarse en el prometedor presente para preparar el excitante futuro. ¿La invitaba a ir al camarote ahora mismo? Es una buena idea forjar el hierro mientras está caliente, pero la Viuda era anglosajona y los anglosajones no comprenden el amor por la tarde «a la francesa», su puritanismo ancestral les obliga a asociar la oscuridad de la noche con el acto sexual. Por otra parte, ella querría seguramente prepararse y tomar sus precauciones... Sí, se citarían para el aperitivo, cenarían juntos, bailarían juntos y después...

«Lo más curioso de todo el proceso es que el macho jamás hace ningún intento de escaparse aún cuando la agresión de la hembra sobrevenga después del acto sexual; al revés, tras desmontar, queda inmóvil a unos centímetros de ella, como si esperase su

destino, sin intentar evadirlo. Muchas gracias, señoras y señores.»

Se encendieron las luces. El Playboy echó una larga mirada al escote de la Viuda y le ayudó a ponerse una estola que había dejado sobre la silla, pues «con el aire acondicionado nunca se sabe cómo vestirse».

El Profesor sale diciendo, en voz baja, al Señor Cojo:

—Poco científico.

—Muy poco.

Cinco de la tarde, jueves

El Camarote del Comisario es amplio, bien alhajado. Lo que asombra es su aspecto de ser vívido, contrastando con el aire aséptico, de lugar para gente de paso de los demás. Los libros, muchos, bien colocados, los papeles sobre la mesita, las fotos de los familiares... (¡Qué tonta, claro! ¿Cómo iba a ser como los nuestros? Él vive aquí...)

—Siéntese, señora... Vuelvo a expresarle mi sentimiento.

La señora se sienta. Parece más pequeña en la butaca. El Comisario carraspea.

—Hay que tocar un asunto desagradable, señora, pero no hay más remedio. Ya sé que no tiene usted ahora la cabeza para detalles, pero habrá que tomar una decisión. Me refiero al destino que quiera usted dar a su difunto esposo...

¿Destino? La señora duda... Hasta ahora no había visto en el muerto nada material. Él se había ido, la había dejado sola. Ahora de pronto descubre que ha dejado una envoltura carnal, una forma física... algo que habrá que decidir.

—Las posibilidades, como usted sabe, son dos. El difunto va a la Morgue del barco y permanece allí hasta el puerto de llegada, donde puede desembarcarse.

«Puede desembarcarse»; el impersonal choca dolorosamente en la imaginación de la señora. Habían soñado, casi ensayado, el momento de bajar por la

pasarela, los dos juntos del brazo como recién casados... «Desembarcarse.» Ahora le bajarían entre cuatro marinos, quizá de noche, cuando hubieran salido ya todos los demás...

—... no le oculto que esto representará unas gestiones oficiales molestas y, naturalmente, unos gastos bastante elevados, en caso de que quiera usted enterrarle allí. También puede volver con nosotros; a los cuatro días reemprendemos el viaje...

En la imaginación de la mujer que escucha empieza a crecer increíblemente la figura yacente del marido. Una vez vió una obra teatral de la que apenas comprendió nada, en la que un muerto iba aumentando monstruosamente de tamaño a lo largo de los tres actos. Así imagina de pronto al perdido... creciendo, creciendo, creciendo... irá y volverá, irá y volverá, tal como había quedado... «Estamos de vuelta en un mes, verás qué maravilla de descanso.» Descanso, descanso... descanso... La voz del Comisario le llega como entre sueños.

—Mi deber es no ocultarle los inconvenientes económicos de esa solución. —Carraspea—. Vea usted las condiciones que figuran en el billete que ustedes tomaron...

Extiende un pasaje encima de la mesa, lo abre. La viuda intenta leer una diminuta letra, esa letra diminuta que hay al final de todos los contratos, «ésa es la que hay que leer siempre», decía él, ¡pobre!; él tampoco la había leído en aquella ocasión. Ni siquiera el párrafo que más tenía que haberle interesado.

«En caso de fallecimiento del pasajero, la Compañía se ocupará de proveerle de espacio en la sección reservada para ello a bordo de la nave, cobrando por ese cuidado y asistencia. Los familiares del difunto no tendrán en ese caso derecho a devolución ninguna. Por el contrario...»

Ridículo, piensa, ridículo. Paga lo mismo el pasa-

jero muerto que el vivo, que el que come, que el que bebe, el que puede hacer el amor...

El Comisario escribe unas cifras y se las enseña. Ella se echa atrás como si la golpearan.

—Reconozco que es un poco absurdo, pero son las tarifas internacionales en casos como éste, señora. Le queda, naturalmente, otra posibilidad... (traga saliva): que se deposite el cadáver en el mar...

En el mar, en el mar, en el mar... la frase va perforando la imaginación hasta convertirse en un soniquete, bordeado de temor, de remordimiento... Surgen del fondo del recuerdo escenas leídas en novelas, vistas en películas... todo absolutamente alejado de una posible realidad suya. Y atrás, los «flashes» de una larga serie de caras, las caras de su familia, las cuñadas, las primas, los hijos, las nueras... Los ve juntos, arremolinándose. «Le *echó* al mar.» «Le *dejó* en el mar.» «No fue capaz de devolverlo a la casa de donde salió...» El Comisario le ofrece un vaso de agua. Mientras la bebe, sus ojos se fijan en la cifra que destaca en el papel encima de la mesa; por encima de ella ve otra cifra, la de la cuenta corriente conjunta —«así es más cómodo para los dos»—, las cifras están dramáticamente muy cerca una de la otra... Vuelven a aparecer en el espejo del fondo los rostros encontrándose... «abandonarle en medio del mar; no podré jamás llevarle flores a su tumba». La cifra vuelve a asomarse agresivamente. Suspira hondo.

—De acuerdo, Comisario.

—Ha decidido usted entonces...

«Dios, ¿cómo se puede decir algo así? ¿Por qué no lo adivina ese hombre?»

—Eso... el mar.

Ha sido apenas un hilo de voz. El Comisario se levanta, le ayuda a levantarse de la silla, le acompaña hasta la puerta.

—Muy bien, señora. Vuelva ahora a su camarote y procure descansar. —Ella se queda rígida—. Yo le llevaré luego los papeles para firmar.

Le besa la mano y se la retiene mientras abre la puerta. Luego la deja suavemente en las de la camarera rubia que permanecía en el pasillo.

—Acompáñela...

* * *

Las mesas de un barco se desnudan y visten con velocidad de cabareteras. Salen los ceniceros entre los manteles, las tazas, las servilletas menudas, los platos, los tenedores, los cuchillos de postre, vuelven los ceniceros.

Diez camareros dan la vuelta a diez mesas, vistiendo, arreglando, desarrugando, puliendo, ordenando. Suenan los clics de loza, el sonido metálico de los cubiertos; en cada una de las mesas aparece la corona cromática, las flores en un pequeño jarrón. Es la hora del té.

La orquesta de cámara está tocando «El Danubio Azul». La orquesta de cámara se diferencia de la orquesta de baile en que los ejecutantes son menos, sólo en eso. La orquesta de cámara son los mismos perros con distintos instrumentos... pero en menor cantidad. Un piano, dos violines, una viola, un contrabajo.

«Danubio azul, plom, plom... plom, plom...»

Revolotea la noticia de mantel en mantel, de plato en plato. La ha traído el Canoso por un lado, Playboy por el otro. El primero se ha enterado porque circula todo el día por el barco y en una de sus incursiones por los pasillos ha visto pasar el cadáver —al jefe de Cabinas no le ha hecho ninguna gracia, pero no ha tenido más remedio que explicarle—; el Playboy porque da buenas propinas a los camareros para que le informen de todo. En realidad la información que

paga el Playboy se refiere a las mujeres de a bordo en general y al estado de sus relaciones maritales en particular. Pero el camarero ha creído honrado mencionar, además de las mujeres vivas, a ese hombre muerto.

El Playboy no lo ha agradecido nada. El Playboy no tiene ningún interés en saber que existe la muerte y mucho menos que existe tan cerca de donde está él. El Playboy odia la idea de morirse. El Playboy es un hedonista, aunque él no lo sabe.

Para Canoso, en cambio, ha sido una suerte enterarse. Con esa información transmitida a los pasajeros, el Canoso consigue comprar unos minutos más de la atención que necesita para vivir.

* * *

Va de mesa en mesa, pide permiso, se inclina. Los retazos de charla, llegan a las otras mesas, los comentarios de lo extraordinario se enhebran con la conversación diaria de la hora del té.

—No es posible. ¿A qué hora ha sido?

(La hora resulta siempre muy importante en las desgracias, ¿a qué hora?, ¿a qué hora? Todos parecen querer imaginar lo que estaban haciendo los vivos cuando uno de ellos deja nuestra compañía.)

—Pero ¿cuál era? No lo recuerdo.

—Sí, mujer, aquella pareja tranquila, de media edad...

¿... una mal vestida, que estaba en el cocktail de presentación en esa esquina...? ah, sí, claro... pobre, él no tenía cara de buena salud... lo dices ahora porque sabes que ha muerto; no, lo pensé desde el primer día... gracias, unas pastas más de ésas, hija; hija, acuérdate de que... ya sé, ya sé, no me des la lata... lo digo por ti, hija... a mí me da igual. Y, ¿qué harán con el muerto?, ¿lo echarán al mar? No creo, lo lle-

varán a puerto... ¿y vamos a viajar con él?... ¿a ti te importa? No, a mí no, pero puede haber gente a quien sí le importe...

(Casi nunca se muestra uno copartícipe de supersticiones, de temores al más allá; todos aseguran pensar sólo en la sensibilidad ajena, esa sensibilidad que nunca respetaron antes.)

... fíjate, a la pobre, qué viaje le queda... tendrá que estar siempre en el camarote, ¿no? ¿Por qué? Digo yo, ¿cómo se guarda luto a bordo? Más mermelada, por favor, ¿me pasa la mermelada?

* * *

«Danubio Azul... Plom, plom... plom, plom...»

Dice el Playboy viendo la sala llena:

—Es maravilloso. Aquí hay gente de todas o casi todas las nacionalidades conviviendo, comprendiéndose, conociéndose.

El Profesor baja un poco el periódico y le mira por encima de sus gafas. «No irá a decir ahora que...»

... la gente así se acostumbra a verse unos a otros, a saber cómo son, a amarse.

(Casi palabra por palabra. El Profesor musita para sí: ahora viene «si todos los hombres pudieran viajar y conocerse más, no habría guerra».)

... si todos los hombres pudieran viajar y conocerse, sería todo más fácil, no se verían como enemigos, la guerra sería más difícil.

«Con algunas variantes», piensa el Profesor. Le mira, y Playboy resplandece al verse escuchado por una autoridad académica.

—Me alegro que coincida conmigo, estimado Profesor —dije—. Representa un honor para mí.

El Profesor vuelve su periódico con un gruñido que puede significar «Naturalmente que estoy de acuerdo con usted», o al menos así lo interpreta el

Playboy, que vuelve a mirar la escena de distintos grupos nacionales conviviendo en el mismo espacio, entendiéndose, amándose.

Efectivamente la convivencia de unos días ha producido en el pasaje una mayor comprensión de las distintas peculiaridades nacionales; ahora todos están más conscientes de lo que significa un ser de otro país. Las observaciones a este respecto son continuas:

—Y zapatos blancos... es horrible cómo van vestidos siempre esos americanos. No se civilizarán nunca.

—Mucho «perdón, madame y monsieur», pero a la hora de bajar a la lancha los franceses empujan a todos. Y no son capaces de dar una propina.

—Esos italianos ruidosos, ¡cómo manotean, cómo chillan!

—¡Qué petulancia, qué rigidez la de esos británicos! Se creen todavía en tiempos del Imperio.

—Mucho cuadrarse y mucho besamanos, pero en la guerra los alemanes serán siempre alemanes...

—Los japoneses, con sus cámaras fotográficas... Ya que no pudieron conquistar al mundo con sus armas, se lo llevan en los films.

—No son japoneses, son chinos.

—Bueno, ¡qué más da!, todos parecen iguales, todos comen arroz con palitos, ¿no?

(Decía el oriental en el mismo momento a su compañero: ¿Tú consigues distinguir a un alemán de un francés? Para mí, todos tienen la misma cara y la misma inmensa nariz.)

—Los judíos, ya se sabe...

Volaban las miradas por encima de las mesas, bisbiseaban las conversaciones con movimientos de cabeza. El Playboy observaba todo y se decía: Ahora empiezan a comprenderse. Pronto empezarán a amarse.

Hay nacionalidades fáciles para el comentario. La historia, la leyenda, la caricatura ha marcado de for-

ma permanente rasgos característicos. Lo malo es cuando alguien procede de países anodinos, asépticos...

—¿De dónde es ése?

—Danés.

¡Dios mío! ¿Qué se dice de los daneses? ¿Qué hacen los daneses, en mal o bien? Todavía los suecos, con la libertad sexual, su socialismo... pero los daneses... la sirena, Andersen no da demasiado motivo.

—Luxemburgo... Liechenstein... Holanda —canales... — Suiza —la puntualidad, la neutralidad... poca cosa... — griegos —oh, la belleza del Partenón— y luego los procedentes de los países del Este, búlgaros, checos, polacos... Si viajan en primera como particulares se les puede preguntar siempre: ¿cuándo escaparon de su país?; pero si viajan en primera en forma oficial no hay que preguntarles nada. El pasaje les mira con cierto recelo. Por su camarote y el puesto que ocupan es uno de ellos, pero la historia reciente les ha marcado con signo indeleble. Son como una cuña marxista introducida en el cuerpo social. Curiosamente también la cuña se siente incómoda. Sabe que representa una idea que está dispuesta a acabar con esa primera, con ese mundo decadente de la burguesía, pero mientras tanto están ocupando un sitio entre ellos, viven en la casa ajena. Saben que les observan todo el tiempo y no se sienten a gusto. Por un lado está el prestigio del país que representan y su propio deseo personal de mostrarse civilizados occidentales, conscientes de la imagen difundida por la prensa reaccionaria sobre los «bárbaros del Este». Por el otro temen el informe de blandos, de entregados, de vendidos a los encantos de la burguesía occidental.

Cuando el somelier se acerca a la mesa de los diplomáticos del Este, en las mesas vecinas se para la conversación, los ojos están fijos, las orejas vueltas

para captar la «comanda». Si logran enterarse —a veces incluso deteniendo al somelier en su camino con un pretexto— pasan ávidamente la información a los simpatizantes. «Han pedido un Saint-Emilion de 1962.»

Y entonces dice el Marqués lo que esperaban todos: «Así es muy fácil ser comunista». El Marqués fue designado así desde el primer momento sin vacilación por los pasajeros, y no ha habido, como en otros casos, que rectificar. El Marqués aparenta ser un marqués, va vestido de marqués, lleva camisas con la corona bordada, sortija con el escudo de la casa y aún a veces, ¡Dios Santo!, le han visto ponerse un monóculo para leer el menú. El Marqués se parece tanto a un marqués de película, que hubo al principio un temor de que fuera el disfraz de otro Gigoló.

Pero no. El Servicio de Información del barco funciona con evidente eficacia; utiliza casas de gente «conocida» en las principales capitales europeas y americanas; cruzando y contrastando datos a través de recuerdos personales y relaciones familiares, más la lectura de páginas sociales de los periódicos, puede precisar en un par de días la autenticidad de títulos y de cuentas bancarias, propiedad de particulares y de empresas, etc.

Y así este Marqués resulta que es un auténtico marqués, «por mucho que lo parezca». Posee en herencia familiar tierras que ya no le dan tanto como daban a sus antepasados, y ha tenido que emplear su otra fortuna —la del título— para conseguir seguir viviendo como lo hacía antes de la segunda guerra mundial. Es Vicepresidente —en función de Relaciones Públicas— de una empresa de productos químicos; por ello viaja continuamente.

El Profesor le encuentra hombre modesto y agradable. El Profesor imagina que el monograma, la exhibición, el monóculo son imposiciones de la empresa

norteamericana para la que trabaja y que sabe lo importante de esos signos externos cuando hay que hablar con un nuevo cliente; piensa eso porque la actitud personal del Marqués no coincide en nada con esa apariencia. El Marqués habla en tono suave, con un elegante cansancio casi melancólico. Da la impresión de que se considera a él y a los suyos como representantes de una raza paleolítica destinada a desaparecer. Al Profesor le gustó la reacción del Marqués cuando el Señor Pelirrojo supo que era viudo.

—Imagino que en los Estados Unidos podrá casarse cuando quiera con una rica heredera. Ya se sabe la obsesión que tienen por los títulos.

El Marqués sonrió tristemente.

—Los europeos nos hemos reído siempre mucho de esa obsesión, siempre nos ha parecido ridículo el querer comprar un título, pero eso está dentro de la naturaleza humana. ¿Qué queda cuando ya se ha alcanzado la fortuna, si no el título nobiliario o la política, que es también un título de diputado o de ministro? Pero a mí lo que más me desconcierta y me deja muy pesimista respecto a la moralidad del Viejo Continente, es que al mencionar los periódicos un enlace de rica americana con el pobre noble europeo, todos se burlan de quien quiere comprar y nadie se indigna con quien se quiere vender, que para mí resulta bastante más despreciable.

El Pelirrojo había callado, un poco molesto. Llegó a la conclusión de que el Marqués era uno de esos hombres a los que les gusta hacer frases. Para el Pelirrojo, hombre de negocios seguro y preciso, cuyo interés por la literatura se reducía a la que podía emplearse en la redacción de un contrato, todo individuo que empleara las palabras en un orden distinto del que esperaba, le parecía un intento de llevarle a la confusión, algo que él odiaba. Decidió no dirigirle más la palabra durante el viaje. Y viendo la sonrisa com-

placiente con que el Profesor había acogido las palabras del Marqués, decretó «in-mente» que también éste quedaría al margen de su amistad. En el caso del Profesor fue más fácil su decisión; desde el principio había desconfiado de un hombre que iba siempre con un libro en la mano.

* * *

—¿Lo haría usted? ¿Y usted?

—¡Bah! —Éste era uno de los Estudiantes que había pasado a apoderarse de un sandwich (los Estudiantes no «tomaban» un bocadillo. Se apoderaban de ellos como si fuera un botín de guerra).

—¿Qué más dará a uno que le coma un pez que un gusano?

«Pez» es una palabra aséptica, pero «gusano» es *shocking*. Gusano no se dice en sociedad; la referencia a la actividad del gusano con los cuerpos humanos no es tema que se discuta normalmente en una conversación en primera clase de un barco de lujo. El Estudiante recibió por su imprudencia un gélido silencio, del cual apenas se enteró.

—La única ventaja del mar, como de la incineración —habla la Señora del Perro—, es que evita la horrible posibilidad de que le entierren a uno con vida. Si se despierta uno en la tumba y empieza a asfixiarse... debe de ser horrible.

—Tampoco debe de ser agradable ahogarse en el agua. Bueno, quizá sea —ríe— más limpio...

Esta vez el silencio es marmóreo. Por unos instantes a Siempre Encorbatado le dan ganas de decir a ese «jovenzuelo» cuáles son las normas de educación que hay que mantener en público cuando se está entre gente civilizada. Su mujer se da cuenta y coloca una mano en su brazo; lo que acababa de detenerle es que imagina que el Estudiante se irá en cuanto termine

su bocadillo. Y sólo se equivoca en el número. El Estudiante coge dos del plato, dice «con permiso» (al menos) y se marcha a reunirse con sus compañeros. La discusión puede seguir más sedante y respetuosa de los sentimientos ajenos. De la muerte natural se pasa a la violenta, la incineración como medio sospechoso porque acaba con las pruebas de envenenamiento... No es raro que se tomen precauciones por parte de la policía con exigencias de examen forense... Y de allí a la muerte compasiva: la eutanasia.

—Yo estoy totalmente a favor —dice la Hermana Mayor.

—¿Se refiere a mi hermana? —los ojos miran por derecho, orgullosamente—. Pues sí, naturalmente. Si la viera en la cama sin salvación, sufriendo, la mataría...

—Bueno, quiere usted decir que la dejaría morir...

—No intente usted ayudarme, Luis. —La Hermana Mayor es la única que llama al Marqués por el nombre de pila—. Decir que se deja morir a alguien, es una fórmula de evasión. Quien desliga unos tubos en un momento determinado hace algo más que dejar morir. Mata.

—Y usted lo haría...

—Sin vacilar. Si eso ahorra sufrimientos sin límites, sin vacilar...

Siempre Encorbatado levanta el dedo índice.

—Nadie es dueño de la vida de otra persona. Nadie más que Dios.

La Hermana Mayor resiente la intervención. Le parece que una discusión entre humanos tiene que llevarse a nivel humano, empleando testigos humanos, autoridades humanas. Apelar a elementos divinos le parece de mala fe porque le obliga, para defenderse, a atacar algo para ella muy sagrado. Las creencias ajenas.

Él aprovecha el silencio.

—Lo malo es que todavía no sabemos ninguno de nosotros cuáles son las enfermedades incurables. Muchas que lo eran hace años tienen ahora remedio.

—Ésta es una posibilidad remota. Cuando varios médicos están de acuerdo en que no hay esperanzas, cuando el enfermo pide a gritos que le dejen morir, mantenerlo en vida artificialmente es un crimen peor.

—Supongo que no tomará usted en serio el grito de un enfermo...

El Marqués mira a la Hermana Mayor de hito en hito.

—¿Por qué no lo voy a tomar? ¿Quién es más dueño de la vida que uno mismo?

—Pero es que un hombre al que acosa el dolor, y la mayoría de enfermos desahuciados tienen unos dolores alucinantes, no son ellos, son unos seres distintos a los que el sufrimiento hace desvariar. Usted no puede tomar en serio lo que dice porque en ese momento cree que todo, incluso la muerte, es mejor que aquello. Fíjense; en pequeño tenemos aquí un ejemplo de cómo el estar uno enfermo puede distorsionar la forma en que se mira la vida alrededor. Nuestro amigo el Mareado...

—Por favor. — Siempre encorbatado ha soltado la taza de té con dureza —. Por favor, estamos hablando de cosas importantes y usted empieza con frivolidades.

—Le aseguro a usted — el Marqués se pone la mano en el corazón lo bastante dignamente para que Siempre Encorbatado lo tome en serio, lo bastante ligeramente para que el Profesor y la Hermana Mayor se rían por dentro —, le aseguro a usted que mi comparación no era tan absurda como puede parecer. Cuando nuestro amigo siente esas angustias decía quisiera morirse, o al menos así le parece. Multiplique ese malestar por mil y tendrá usted un ser que al decir esa verdad, su verdad, «quiero morirme», está min-

tiendo porque basa su actitud suicida en un accidente momentáneo, incómodo pero momentáneo.

—Estábamos hablando de dolores violentos, insoportables, dolores que duran semanas, meses, casos límite donde, insisto, la eutanasia cumple una misión lógica y natural al hacer que ese hombre o esa mujer pasen de mil muertes diarias a una sola muerte total, única y posadora.

—¿A qué hombre, a qué mujer se refiere?

—Al enfermo, naturalmente.

—Ah; es que, ven ustedes, yo he pensado mucho sobre ese tema e incluso he tenido en mi familia un caso en que se discutió largamente sobre esa posibilidad... No, no me miren así, afortunada o desgraciadamente murió solo... Pues bien, en esos momentos yo me preguntaba: ¿Hasta qué punto quien deja morir a un enfermo incurable está pensando en él? ¿Y hasta qué punto está pensando en sí mismo? ¿Dónde terminan, de verdad, las ganas de aliviar el sufrimiento ajeno y dónde empieza el de librarse de la angustia propia? Cuando se dice ante el juez: Yo no podía resistir al verle sufrir tanto, la gente, empezando por el tribunal, simpatiza con ese sufrimiento porque ven sólo que el dolor del otro era insoportable, pero no se dan cuenta de que para él también era difícil soportar ese dolor del familiar. ¡Qué acto de bondad, acabar con el suplicio ajeno! ¿Verdad? Y nadie se para a pensar que en el momento de echar dos gotas más de la medicina, de desligar uno de los tubos con que la ciencia se empeña en mantener en vida el cuerpo prácticamente muerto, se libera al enfermo pero también se libera uno a sí mismo. Ya no tendrá que oír el continuo lamento del ser querido, ya no tendrá que pasar la noche en vela pendiente del pulso o de la respiración. Estará libre de la angustia del familiar que sentía como dogal en el cuello. Entonces ese tremendo sacrificio, esa violencia que se hace uno acabando con

la vida del ser querido, queda compensada por un sentimiento de liberación, de poder volver a ver la luz del día, de amar, de correr por el campo, tres, cuatro días después, tres meses, un año. Compensado, ¿se dan cuenta? ¿Y qué clase de sacrificio es el que acepta compensación o premio?

La Hermana Mayor tiene los ojos fijos en la taza. Todos están mudos, inmóviles. El Marqués sonríe un poco avergonzado.

—Bueno, eso es al menos lo que yo creo.

Siempre Encorbatado levanta el dedo índice.

—Y además, nadie es dueño de la vida de otra persona. Nadie más que Dios.

El Señor Cojo siente la necesidad de descargar su tensión. Le apunta en voz baja, rencorosamente:

—Esto ya lo ha dicho usted antes. Y con el mismo gesto.

Cinco y media de la tarde, jueves

La pelota tiene un sonido casi metálico al chocar contra la mesa, otro más sordo al llegar al suelo. La mesa de ping-pong es ahora centro de la actividad de los Estudiantes; aquí se cuentran en su ambiente, más que en el salón, donde tocan siempre músicas solemnes, lentas y aburridas, incluso más que en la piscina, con señores mayores que nadan a la antigua.

—Os lo juro —había dicho uno de los estudiantes—; hay uno que nada de costado.

No se lo habían creído hasta que lo vieron con sus propios ojos. El señor digno procedía —no avanzaba, procedía— extendido sobre su flanco, la cabeza de perfil. Su aspecto era lo más alejado posible de un esfuerzo deportivo; no se mojaba la cara, el pelo estaba inmaculadamente peinado, adelantaba el brazo derecho —ssssss— y seguía el izquierdo como ayudándole —sssss—, un largo ssssss y otro corto sssss. Mientras, miraba tranquilamente a la gente que iba desfilando a la altura de sus ojos.

Cualquier intento de arrojarse al agua de golpe, de empujarse los unos a los otros, está mal visto. Los Estudiantes se han dado cuenta del malestar y prefieren volver por la tarde cuando la gente seria está en la boutique o en el té. (A los estudiantes lo único que les gusta del té son las pastas, y ésas las cogerán más tarde.) Ahora se persiguen por el borde de la piscina, se empujan y dan saltos mortales desde el mínimo trampolín.

Y juegan al ping-pong. Juegan ávida, avaramente empleando toda su energía, su entusiasmo, su juventud. Comentan las jugadas en voz alta, se ríen de los fallos del contrario e incluso de los propios, celebran el golpe bueno con risotadas...

... pero son endiabladamente buenos. El Deportista que les vio aparecer en el puente el primer día con la alegría de quien encuentra un hermano de aficiones, no está ahora tan seguro. Le parece que no se toman en serio esa cosa importante que se llama deporte. En el ping-pong, por ejemplo, él ha aprendido de forma ortodoxa, segura, con un profesor. Juega «en el fondo de la pista», lanza sus golpes metódicamente a lado y lado. Los Estudiantes saltan, cortan la pelota, hacen dejadas que serán todo lo legales que se quiera, pero no dejan de ser de mal gusto, picardías que no permite el juego continuado.

El Deportista cree que son —no le importa decirlo— un poco payasos. Igual que los Harlem Globe Trotters; son buenos jugadores, conocen el baloncesto pero no tienen elegancia, no tienen clase... ¡esos gritos!

Acaban de lanzar uno que parece indio al rematar un golpe por la izquierda del Deportista. Éste recela que el jugador se ha apoyado en la mesa, cosa que anularía la jugada, pero no quiere aparecer como mal perdedor. Porque el golpe era el tanto definitivo, veintiuno a catorce.

No hay manera de ganarles en nada. En los campeonatos de a bordo se han apuntado a todos los deportes y se han llevado —primero, segundo y tercero— todos los premios. A los pocos mozalbetes que hay, les ganan por técnica; a los mayores, por pulmones y velocidad. El aro que vuela por encima de la red sale siempre de sus manos fuera del alcance del contrario; en el «shuffle board» su disco queda siempre en el número 10 desplazando al del rival al Menos

Diez; incluso en el tiro al plato —«Popa, cinco de la tarde si el tiempo lo permite»— acaban con la paciencia y los humos de viejos cazadores de perdices, más rápidas en su salida que esos platos que van a hundirse en las aguas azuladas partidos en dos pedazos...

Lo que molesta más al Deportista es que esos resultados los consiguen unos seres que no adoptan ninguno de los sistemas aconsejables a los sacerdotes del culto del Deporte. A unos tipos que beben (¡beben!), se acuestan tarde (¡tarde!) y, por lo que se cuenta a bordo, hacen el amor lo más continuamente que pueden...

No es justo, no debería ser así, piensa el Deportista al repasar en la pared los cuadros de clasificación en los diversos torneos. Los Estudiantes encabezan todos ellos.

* * *

El Gigoló se confiesa en el puente de Sol. Está cayendo la tarde. El Playboy le escucha fascinado.

—La nuestra es la única profesión sin garantías legales. Incluso a la prostituta le escucha con simpatía el juez, cuando ha sido víctima de las malas artes de un hombre. En cambio, a nosotros... Te pondré un ejemplo... ¿Podemos tutearnos?

(Playboy asiente antes de que el otro le explique por qué pueden tutearse. Le considera una especie de colega. Lo cual le divierte y le irrita al mismo tiempo.)

—Hace un par de años una señora me quiso llevar a París a pasar unas semanas. Yo no podía ir para entonces; tenía otro asuntillo que no me permitía viajar, pero insistió mucho... De creerla, su felicidad dependía de mi compañía. Bueno, le puse una condición que, para su dinero, era fácil. Que me comprase un coche descapotable, un «Fiat» que había visto en una

revista. Me lo prometió. Pues a los diez días de estar en París, tras mucho insistir... Lo cual resulta humillante... A mí no me gusta pedir...

—¿No?

—No, no me gusta. Me parece que esas cosas tienen que ocurrírseles a ellas si de verdad te quieren como dicen. Pues bien, a los diez días, como te decía, se plantó y me aseguró que no pensaba comprarme el coche. Eso, en negocios, se llama estafa, ¿no crees? Se trata de un dolo, de una oferta hecha contra unos servicios realizados. Se habla mucho de la igualdad de sexos ahora con el Movimiento de Liberación de la Mujer, pero la verdad es que estamos todavía muy atrasados... En mis mismas circunstancias, una mujer podía haber ido a quejarse a la policía. En mi caso, no.

Se irrita contra la mala reputación.

—Yo les doy una ilusión de juventud, de alegría de vivir, de sentirse otra vez deseadas, queridas, acompañadas por un hombre atractivo. ¿Que eso les cuesta dinero? ¡Naturalmente! Todos los placeres cuestan dinero, a los hombres y a las mujeres. Del viejo que va con la jovencita se burlan, pero de la niña se compadecen, y sin embargo lo que la niña quiere es lo mismo que yo, es decir, una vida por encima de lo que el destino nos ha señalado, en forma de asignación mensual. En la vida cada uno cotiza sus méritos; unos la inteligencia, otros la fuerza física, otros la astucia mercantil. Yo pongo en el mercado mis cualidades físicas. Soy guapo, tengo buen tipo, me presento bien... Sí, vivo de ello; cada uno vive de lo que puede vender. Y, puestos a censurar, tanto se prostituye un empleado haciendo un trabajo que no le gusta, sólo porque representa un dinero que necesita, como yo haciendo el amor con una señora que me desagrada físicamente para poder pagar luego a mi sastre.

Pero, las mujeres, ¿creían en ese amor? El Gigoló medita un poco antes de contestar.

—Francamente, creo que no. Hacen esfuerzos para creerlo, pero en el fondo no lo creen. Por mucha vanidad que tengan, el espejo de un salón no les miente cuando pasamos juntos; y por si faltara algo, están las amigas, que se apresuran a recordarles la diferencia de edad; por envidia, claro. En el fondo saben que se trata de un intercambio en términos comerciales precisos. Compañía agradable a cambio de un cheque. No es caro.

—Compañía y sexo...

—Contra lo que puedas creer, la compañía es más importante para ellas que el sexo. Quizá porque están conscientes de que su aspecto exterior — vestidos, joyas — es mucho mejor que el que muestran cuando se desnudan, valoran mucho más mi compañía de día que la nocturna, aunque tampoco desprecian la última. Les encanta más exhibirme que usarme. Mira, tuve una amiga — se parecía mucho a la Señora de los Tres Perros, por cierto — a la que iba a buscar todos los días a las ocho. Salía siempre elegantísima — conmigo tenía que ir así; además, no puedo permitirme que me vean con mal vestidas —, íbamos a tomar el aperitivo, a cenar después; al cine o a bailar más tarde. A las dos o las tres de la madrugada la dejaba en la puerta de su casa. A cambio de eso, un cheque mensual bastante importante. De ese tipo, aunque no tan generosas, he tenido a varias. Y sin embargo, nunca se me ha dado el caso contrario, el de la señora que me pague para visitarla sólo nocturnamente y de forma clandestina. Como algunas medicinas — se rió sacando el pecho —, soy de uso exterior.

El Playboy se atreve a una pregunta que se ha hecho a sí mismo muchas veces.

—¿Y cuando envejezcas...?

Sonrió un poco tristemente el Gigoló.

—Sé muy bien que tengo una carrera limitada; igual que los atletas; dura pocos años, y procuro cuidarme en lo físico... y ahorrarme en lo material. Quizá un día me retire —mira el horizonte—, quizá un día sea yo quien pueda encontrar la pareja.

* * *

Hay un silencio.

—Yo pensaba conocer bien a las mujeres, pero imagino que tu experiencia es más amplia que la mía...

El Gigoló medita.

—Es posible. Es posible que conmigo las mujeres sean más sinceras que contigo, porque al pagar sienten que tienen más derechos para expresar su auténtica forma de ser. Las dueñas de los prostíbulos conocen detalles íntimos, caprichos de algunos clientes que asombrarían, además de escandalizar, a la familia y a los asociados profesionales de aquel señor impecable. Algo parecido ocurre conmigo...

—Por ejemplo...

El Gigoló mira los ansiosos ojos del Playboy; duda y se ríe.

—Por ejemplo, la violencia física... A muchas mujeres les encanta ser golpeadas antes o durante el coito. No excesivamente, un mordisco que deja una huella no demasiado profunda, unas palmadas que enrojecen las nalgas... ¿Te lo han pedido a ti?

—Muy pocas veces. Casi nunca...

—Naturalmente. Les da vergüenza porque en sus lecturas han aprendido a asociar la idea del masoquismo con mujeres viciosas, incapaces de ser felices solo con el acto normal. Les preocupa que digan que gustan de aberraciones... pero conmigo sus inhibiciones son menores. Pagar, mi querido amigo, da a la gente un gran sentido de superioridad...

—¿Y tú...?

—Yo lo hago como el comerciante sirve la mercancía; de la manera más agradable para su cliente, pero sin convicción alguna, te lo juro. No me divierte ni sexual ni humanamente. Golpear al más débil que yo siempre me ha causado repugnancia, trátese de un niño o de una mujer. No creas... lo han notado; «pegas sin ganas», me han dicho varias veces.

—Y tú...

—Qué gracioso, estás repitiendo «y tú». ¿Tanto te interesa?

—Pues sí...

—Nada. Les digo que es verdad, que de mí pueden exigir un servicio, pero no el entusiasmo por ese servicio.

—¿Así habláis de claro en la cama?

—Así.

—¿Y no destruís el ambiente, la atmósfera?

—¿Qué atmósfera?

Seis de la tarde, jueves

Los jugadores de bridge están reunidos en la salita de babor. Los jugadores de bridge son una raza aparte... Los jugadores de bridge son los únicos que han conseguido distraer sus ocios echando cartas sobre una mesa, y que a eso se le llame ejercicio intelectual. Los demás jugadores de cartas se arrepienten de su vicio y de su pérdida de tiempo. Los jugadores de bridge están orgullosos de serlo. Nada irrita más a los jugadores de bridge que alguien entre en su «sancta sanctorum» diciendo...

—¿Qué? ¿Matando un par de horas?

Para los jugadores de bridge, reunirse no es matar el tiempo, sino vivirlo, embellecerlo, sublimarlo. Los jugadores de bridge desprecian profundamente a los que echan cartas de forma diferente. A los del póker por ordinarios, a los de la canasta por frívolos.

En el bridge no se consumen fortunas como en la ruleta ni pulmones como en el «chemin de fer» humeante de cigarros. En el bridge se consumen amistades y, muchas veces, matrimonios. Las parejas más unidas se encuentran de pronto insultándose en la más feroz de las diatribas. Nunca podía imaginar el marido que su mujer fuera tan increíblemente torpe como para no adivinar la mano que él tenía, nunca podía imaginar la mujer que su marido fuera tan grosero como para hacérselo notar en público.

El Profesor es un buen jugador de bridge. En su caso no tiene esposa con la que discutir, pero puede

quebrar fácilmente amistades. El Profesor es buen jugador, analítico, preciso y se niega a aceptar fallos que destruyan una paciente y cuidada estrategia. Ya ha dicho que no volverá a tener como pareja a la Señora de los Tres Perros por muchas veces que ésta le haya pedido perdón por sus errores.

—Es que a veces me distraigo — suspira.

—Justamente lo que no hay que hacer en este juego — truena el Profesor.

Los jugadores de bridge pueden pelearse entre ellos pero siguen considerándose como la crema intelectual del barco, miembros de una élite refinada. Son los únicos pasajeros que se sienten unidos por algo más que por coincidir en una travesía. Forman parte de una sociedad internacional con un lenguaje común. Entre ellos mencionan con nostalgia épocas en que vivían todavía más acunados, más mimados por la sociedad.

—Antes se viajaba más despacio, pero también más cómodamente. Me acuerdo de los barcos de la Cunars, aquel *Queen Mary,* por ejemplo. En la lista de pasajeros figuraban cosas como ésta: Lady Fulana y su camarera. Lord Zutano y su criado. Los pobres no merecían siquiera ver su nombre impreso; bastaba con su oficio. ¡Qué tiempos!

—¡Qué camareros había! ¡Qué respeto! ¿Se acuerdan?

—Los de aquí no son malos — insinúa el Profesor.

—No son malos porque personalmente no quieren serlo, no porque el mundo en que vivimos hoy se lo prohíba. — El Bebedor abre y cierra los ojos pequeños y vivos contrastando con la cara llena de arrugas —. Pero es que entonces lo eran por vocación, por profesión. Porque no podían dejar de ser respetuosos, complacientes, siempre dispuestos. Y eso unido a un orgullo profesional, que hoy se ha perdido.

—Los criados eran también así. Se incorporaban

a la familia, vivían sus vicisitudes, la apoyaban en sus problemas y al mismo tiempo se sentían protegidos por ella — dice la Hermana Mayor.

—Yo tenía una doncella en casa — recuerda sonriente la Señora del Perro— a la que mandé con mi hijo mayor cuando fue a estudiar a la Universidad. Tomaron para ellos dos un apartamento pequeño. ¿Querrán ustedes creer que a los pocos meses ella se volvió diciendo que no se acostumbraba a vivir pobremente?

—Cuando el servicio es snob — dogmatiza el Bebedor mirando su whisky al trasluz—, lo es mucho más que los señores.

¡Qué criados los de aquellos tiempos! Todos se embriagaban con el recuerdo feliz, incluso los que no habían tenido jamás un criado en su casa.

—Recuerdo una película — empieza el Marqués, y todos le escuchan atentos—, una película de hace muchos años... Era en la época del gran cine austríaco. ¿Ustedes recuerdan la gran época del cine austríaco?

(Siempre lo mismo, se irrita el Profesor. No hay forma de que llegue directamente al final de la historia; se va siempre por las ramas.)

—Pues bien, en aquella película había un personaje que interpretaba Wolbruk o Woolbruck, algo así. Figúrense ustedes la escena. Un baile de gala en el Teatro de la Ópera de Viena. Ellas, maravillosamente vestidas con trajes de media cola, arrastrando; ellos, de frac, con condecoraciones... Pues bien, por la escalera principal baja el personaje que les decía, interpretado por... ahora me acuerdo: se llamaba Adolf Walbruck, era judío. Se escapó de Hitler y se fue a Inglaterra cambiando su nombre de pila por Anton. Claro — ríe—, no iba a hacerle propaganda al otro... Eso fue hacia 1933 o 1934...

(El Profesor se agita nervioso en su asiento.)

—... Pues, como decía, bajaba él por las escaleras fumando. De pronto se detiene, levanta el cigarrillo medio consumido sin volver la cabeza, fíjense ustedes, sin hacer el menor gesto... y entonces llega corriendo un criado, naturalmente vestido de calzón corto, le retira delicadamente el cigarrillo de la mano y se lo lleva. ¿Eh?, ¿eh? Y él sigue bajando tranquila, elegantemente. ¿Eh?, ¿eh? ¿Qué les parece?

Se volvía a los asistentes uno por uno, la cabeza levantada, apuntándoles con la barbilla para ponerles por testigos. Todos asentían cuando les llegaba el turno.

—¿Se imaginan esa escena en el día de hoy? En primer lugar, el frac ha desaparecido prácticamente de nuestros salones...

—Y es una pena —suspira el Rubio de la Extraña Pareja—; sienta de maravilla.

—... pero más difícil que encontrar un frac sería hallar un criado tan diligente, tan convencido de sus obligaciones. ¿Se imaginan ese cuadro hoy? ¿Eh? Usted levantando el cigarrillo, y...

—... y quemándose los dedos antes de que nadie se acordara de quitárselo.

Dijo el Playboy; todos se ríen. Hay un silencio meditativo, y el Marqués resume con voz grave:

—Eran otros tiempos.

Y todos susurran reverentes «otros tiempos» como miembros de una orden religiosa tras las sabias palabras del Abad.

La Señora de la Esmeralda está como siempre. Perfecta. Perfecta de peinado, perfecta de vestido, perfecta de joyas. Sólo la Esmeralda es demasiado grande. Habla también suave, cuidadosa... perfecta.

—En aquella época viajaba otra clase de gente. Dios mío, yo no digo que no tenga derecho a viajar todo el mundo, pero no sé, antes...

—«Todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros» —murmura el Profesor.

—¿Decía, Profesor?

La Hermana Mayor ha intuido que era algo desagradable para la Señora de la Esmeralda y quiere oírlo en voz alta.

—Nada, nada, estaba recordando un libro que leí sobre el tema. No tiene importancia. Decía usted...

(El Profesor no es ningún héroe. El Profesor puede evocar en su interior a Orwell cuando le plazca, pero no tiene ningún interés en ser calificado como un peligroso izquierdista y quedar al margen del grupo para el resto del viaje. Qué pena que la Reacción y la Civilización vayan a menudo de la mano, suspira. Por otro lado la Señora de la Esmeralda le atrae tanto como a los demás.)

—No, decía que en la vida es tan difícil saber descansar como saber trabajar, y mucha gente sólo sabe hacer lo segundo. Esa prisa, esa absurda prisa para todo... La gente se va de vacaciones con la misma urgencia y ansia que va a la oficina. Sale hacia el fin de semana con la misma prisa suicida que si tuviera que cerrar un negocio importante.

—Los antiguos —dice el Moreno de la Extraña Pareja— conocían el divino arte de no hacer nada mejor que nosotros.

(Con tus aficiones no me extraña que eches de menos a los griegos, piensa brutalmente el Profesor. El exabrupto le hiere a él mismo. ¿Qué le pasa? Ya. Está incómodo, fuera de lugar. Aquella minoría no es la suya. Siente ganas de arrojar una piedra al lago de la serenidad en que parece bañarse aquella gente tan segura de su status social, de su gusto exquisito, de su superioridad...)

—El mundo ha cambiado —dice bruscamente— y cuanto antes nos demos cuenta, mejor. Es verdad que hay ahora gente que vive peor, pero la mayoría lo hace

como no podía soñarlo hace unos años. Creo que ha merecido la pena distribuir un poco más equitativamente los placeres posibles. ¿No están de acuerdo?

La Hermana Mayor sonríe por dentro. Estaba esperando la explosión desde hacía un rato. Los demás se agolpan en un coro de seguridades. «Claro, claro... ahora hay más justicia social... es más lógico... aquello era un poco absurdo... aunque tuviera su gracia... aunque la elegancia...»

Las frases van muriendo y sobreviene un silencio incómodo. El Bebedor levanta el vaso.

—¿Otra partida?

La reacción es positiva, quizá excesivamente positiva. Se forman las parejas, se acercan las sillas a las mesas de tapete verde. Ya no hay peligro de que se vuelva a discutir la estabilidad social. Las únicas diferencias jerárquicas que van a mandar de ahora en adelante son las del Rey, Dama y Valet.

Seis y media de la tarde, jueves

El tiempo más difícil para muchos, las llamadas «horas muertas» entre la siesta y el aperitivo, tras el té de las cinco y el «cokctail» de las siete y media. Algunos, como el Deportista, las llenan volviendo a la piscina por fin libre; otros, como el Profesor, intentan refugiarse en la Biblioteca, idea que se ha ocurrido también a los que vagan por los salones sin objetivo. Entran, ojean los títulos, sacan unos volúmenes, los hojean...

«Con cariño, señor, con cariño —le dan ganas de gritar al Profesor—. Son objetos sensibles, fruto de muchas horas de vela y de sabiduría, no los agarren como un ladrillo, por favor...»

Comentan por aproximación. El título les suena sólo en el caso de que se haya hecho alguna versión...

—Ah, sí, ¿te acuerdas? La película que sacaron de esto la hizo Burt Lancaster...

(El «esto» le cae al Profesor como un insulto personal.)

—Me lo llevaría pero es muy gordo. ¿No crees? No me dará tiempo de terminarla antes de que termine el viaje.

(Ni antes de que termine tu vida, desgraciado.)

Hojean las revistas, se sientan, vuelven a levantarse, se van por fin. «Vamos a ver quién hay en la sala de juego.» Respira el Profesor por poco tiempo. Entran otros igualmente ruidosos, igualmente frívolos,

igualmente ajenos a aquella sala merecedora de atención y respeto.

Afortunadamente para ellos, está la Boutique. Una Boutique diminuta aprovechando un rincón del Hall de Puente Vestíbulos, desbordante de mercancías de los mínimos escaparates, de las estanterías, hecha más pequeña por el aspecto físico del Vendedor Gordo que se multiplica —perdón, señora; perdón, caballero— para sacar cajas de los sitios más inverosímiles.

En un extremo del mostrador, las corbatas, francesas, italianas. Playboy está frente a ellas como un niño en la tienda de juguetes, pasmado, excitado, anticipando el placer que van a proporcionarle. Hace girar despaciosamente la percha circular y las va viendo lenta, morosamente, sujetando la tela por el forro para no mancharlas...

(Los hombres manejan las telas con temor, como si las fueran a romper. Las mujeres familiarmente, como si ya fueran suyas. Las soban, las retuercen, las colocan sobre sus cuerpos, sobre sus cabezas.)

...¿Qué saben las mujeres de *estas* telas? Playboy no ha aceptado nunca una corbata de una mujer; y si se la han regalado de sorpresa, no se la ha puesto jamás, ni siquiera saliendo con la donante; la cortesía de Playboy termina donde empieza su elegancia, la única que decide cuál será su próxima corbata. Curioso que las mujeres fracasen en su elección por timidez y no por audacia. Se acercan a ellas con temor de dejarse llevar por su amor a los colores brillantes y ahogan su natural tendencia para elegir unas corbatas sórdidas de color, lineales de plástica, corbatas serias y tristes.

Playboy las va estudiando lentamente. De vez en cuando separa la vista y la vuelve a fijar de improviso en el conjunto cromático; lo hace para ver una por sorpresa, aislándola de las demás. El paso siguiente es

cogerla, levantarla, doblarle la parte superior imitando el lazo, entornar los ojos... irá bien con el traje gris claro, con el marrón oscuro... Quizá tenga ya demasiadas de ese tono.

No. Se corrige a sí mismo. Nunca se tienen demasiadas corbatas. Las corbatas no se cuentan. Las corbatas se aman como a las mujeres; y como las mujeres, su número no importa. Como las mujeres, pueden llegar como un flechazo que hiere en plena calle, exactamente igual que en el caso femenino. Al Playboy le ha pasado ir por la Rue de la Paix y de improviso ¡zas! le ha guiñado el ojo una combinación de azul y blanco... Se ha detenido de pronto —perdone, caballero, ha sido sin querer— y se ha precipitado en el interior de la tienda. Ha cogido al vendedor por un brazo casi bruscamente, le ha llevado hasta el escaparate.

—Ésa de la izquierda.

En vano el vendedor se ha empeñado en enseñarle otras igualmente bonitas, otras igualmente elegantes. El Playboy se ha negado rotundamente porque sabe que en el momento que coloque juntas diversas muestras, la belleza que le impresionó a través del cristal se irá difuminando, mezclando colores y formas con sus compañeras. Y aunque acabe llevándose sólo aquélla, la primera, no será ya la joya única y le quedará el remordimiento de haber dejado «abandonada» alguna de sus compañeras. Tampoco era de despreciar la amarilla de lunares, ni la negra con manchas escarlatas, ni...

También como en el caso femenino, existen las que inspiran más que pasión arrebatadora y súbita, el cariño lento aumentando día a día. Ha habido corbata que se compró sin entusiasmo, sólo porque le hacía falta una de ese color y que, con el tiempo, fue ganándole el afecto como una compañera que sólo con los años va revelando lo que tenía de atractivo oculto. Lo

malo es que esa intensidad va aumentando al compás de la decadencia física de la arruga, de la deformación...

... igual que las mujeres, también.

En el barco, sin embargo, Playboy no puede permitirse lujos selectivos. No hay muchos días ni demasiadas corbatas. Tiene que verlas juntas y elegir dos o tres tras muchas dudas. En el camarote abre el alargado sobre casi siempre de papel brillante y las extiende sobre la cama gozándose en la compra y empezando a echar de menos la que se dejó en la percha, la azul clara. Durante la noche la recordará con nostalgia temiendo que alguien «se la quite», y al día siguiente, en cuanto abran la boutique, estará el primero para arrebatarla de su árbol y transplantarla victoriosamente a su armario.

Si Playboy tiene un complejo cuando se trata de retrasar sus compras, las Tricoteuses lo adquirirían si las adelantaran. Las Tricoteuses viven prácticamente en la tienda desde el primer día de navegación. La invaden entre las tres, husmean por los rincones, palpan, incluso huelen pañuelos, bolsas, cinturones... Desde que se abre hasta que se cierra pueden presentarse como un alud a veces por separado pero casi siempre juntas, ávidas de comprar, pero al mismo tiempo ansiosas de obtener gangas, de triunfar en la difícil empresa en la lucha eterna entre la oferta y la demanda, en la elección entre engañar y ser engañado.

El Vendedor Gordo las teme y las odia. Ocupan demasiado espacio y llenan demasiado tiempo para lo que acabarán llevándose, se quejan de todo, discuten de todo, desconfían de todo. De las etiquetas, de las procedencias, de los materiales, solicitan descuentos increíbles, aseguran falsamente que en otros barcos costaba todo mucho más barato. El Vendedor Gordo las aprecia y necesita... Cuando los días van pasando y con ellos, para muchos, el gusto de la pequeña aven-

tura que representa comprar a precios bajos, «tax free», cuando la mayoría de las mercancías buenas han salido ya de sus cajas y sólo quedan las que pueden encontrarse casi al mismo precio en las tiendas del puerto, las Tricoteuses siguen allí, dándole al establecimiento calor y vida. Además hay un matiz profesional. El trato con aficionados produce beneficios, pero a la larga el Vendedor Gordo prefiere la lucha mucho más difícil con técnicos como las Tricoteuses. Venderles a ellas tiene mucho más mérito aunque la ganancia sea menor. Par el Vendedor Gordo el comercio es también una forma de vivir intensamente, un campo de batalla en el que se desarrolla ingenio y dialéctica; como en el juego de cartas, hay que saber cuándo se puede mantener la postura ,cuándo se puede marcarse el «farol» y cuándo no. Igualmente hay que conocer lo bastante del comprador adversario para adivinar cuándo es sincero al asegurar que aquél es el último precio que está dispuesto a pagar por la mercancía. Hay que jugar también contando con el paso del tiempo para apostar si el pasajero se decidirá en los días que faltan para llegar a puerto... y aun prever la posibilidad de que la tormenta encierre al posible comprador en su camarote olvidándose de las chucherías de la boutique y con una sola idea en la cabeza: salir del barco.

Sí, es una vida interesante. El Vendedor Gordo observa a las Tricoteuses que bajan la voz como conspiradoras mientras examinan unos chales lanzándole de vez en cuando miradas furtivas. El Vendedor Gordo sabe que están preparando su ofensiva: una fingirá admirar la tela y las otras fingirán disuadirla poniéndole defectos. El Vendedor Gordo prepara ya sus propias razones...

... mientras tanto, atiende a la Muchacha Joven. Ésta, en cambio, es una cliente tan fácil que casi da

vergüenza venderle algo. Un cuerpo deportivo que vestir, una imaginación niña que deslumbrar...

—Señorita, tengo unos bañadores preciosos. A usted le irán...

Se agacha tras del mostrador y reaparece con las manos cerradas, unos chorretes de color vivo asomándose entre los dedos. Finge un acto de magia, abre las manos.

—¡Voilá!

Le está ofreciendo dos piezas mínimas, suaves, brillantes...

—Pase al probador, señorita. Sin ningún compromiso...

La muchacha entra como fascinada. En un minuto se ha desvestido, se ha puesto las dos piezas, lanza una mirada de admiración al seno erguido, realzado por la gracia del tejido. Vuelve a vestirse precipitadamente, sale.

—Yo... Me gusta, pero no traía dinero.

—¡No faltaría más! ¿Quiere firmar aquí y anotar el número del camarote? Mil gracias. Un momento, que se la envuelvo. Se lleva usted lo mejor de la tienda, señorita. El último que me quedaba.

Al salir la Muchacha Joven, entra el Señor Irritado. Ha permanecido unos instantes explorando el escaparate y ha tomado su decisión drásticamente. Al Señor Irritado no le gusta perder el tiempo en fórmulas de cortesía inútiles.

—Quiero ese reloj de la izquierda siempre que sea a) de buena marca suiza, b) de material duro, mejor que de oro o plata, c) que tenga garantía. En caso contrario, no me haga perder el tiempo.

Cuando la boutique va quedándose vacía —a las siete, la gente empieza a prepararse para el aperitivo—, el Vendedor Gordo ve entrar a la Campesina, que ha esperado ese instante dando vueltas por el hall. El Vendedor Gordo no se levanta siquiera al ver-

la. Al contrario, le ofrece una silla junto a él, tras el mostrador. Y charlan.

Para la Campesina el descubrimiento de la boutique fue un hallazgo maravilloso porque, por vez primera en el barco, se sintió en terreno familiar. No importa que la mercancía sea mucho más elegante y distinguida que la que ella vendía, no importa que estas clientes gasten en diez minutos lo que ella ingresa en una semana o en un mes; queda siempre el mismo ambiente, el juego de oferta y demanda tan conocido. Las cifras pueden variar, pero el sistema de valorar del Vendedor Gordo es el mismo que ella ha empleado durante tantos años. Por ello se apresura a entrar cuando ve que no estorba al negocio. Y a quedarse un buen rato.

El Vendedor Gordo se siente igualmente cómodo. Sabe que no obtendrá ninguna ganancia material de su presencia, pero puede relajar su máscara, hablarle como a una colega. Del margen comercial, de la calidad de los productos, de la informalidad de algunos proveedores, de la impertinencia de tantos clientes. La Campesina se ríe a carcajadas ante las imitaciones que el Vendedor Gordo hace de algunos que fingen conocer géneros que no han visto en su vida y estar de vuelta de todo cuando no han ido a ninguna parte. Esas risas y la asiduidad con que vuelve le han dado al Vendedor algunas ideas sobre la amable disposición de la Campesina para con él, y aprovechando la estrechez del espacio, ha insinuado varias veces un contacto que quiere ser un mensaje. La Campesina, en esos casos, deja de reír y se angustia un poco. No siente por el Vendedor Gordo ninguna atracción —en realidad ha dejado de sentir atracción por los hombres desde hace años—, pero teme ofenderle con un gesto de repulsa demasiado claro. Si el Vendedor no la admitiese de nuevo en su tienda, la Campesina se sentiría muy desdichada.

Siete de la tarde, jueves

Puente Sol. La Hermana Menor está apoyada en la borda. El horizonte se ha puesto una corona de nubes, es un círculo que se mantiene a una altura igual, perfecta, todo alrededor de lo que la mirada abarca. Por encima de esa corona, hacia el oeste, surgen unos rayos puntiagudos, audaces, violentos; nacarados en el final, cuando chocan con las nubes las forran de luz; la nube queda como preñada de luminosidad y su forma compacta de antes va transparentándose; en vez de algodón parece hecha ahora de mil estrías de seda. Poco a poco el sol va cambiando de posición, los rayos van a herir más arriba y las nubes adquieren de nuevo su gordura, fofa, redondeada, sin personalidad. Unos minutos más y la blancura se va haciendo gris.

El sol asoma ahora por debajo de las nubes y por unos momentos parece que se lo disputan entre éstas y el mar. Tiran, de arriba; tiran —sorben— de abajo. Unos segundos de duda como si lucharan para mantenerse en el aire, y de golpe — ha sido de golpe— entra en el mar. La Hermana Menor ve, siente y casi oye la escena. Le parece que el mar ha hecho ¡glup! al tragarse la inmensa hostia del sol.

—Bonito, ¿verdad?

El Bebedor le sonríe con sus dientes amarillos. A la Hermana Menor le causa el Bebedor una cierta repugnancia siempre, pero en el momento de verle allí, en plena naturaleza, más. El Bebedor es hombre de salón, de interior de bar, de restaurante; el espacio

abierto no le va nada. Para que su figura esté más fuera de lugar, va vestido ya de etiqueta; y a la luz del crepúsculo destacan absurdamente la corbata negra y la camisa blanca. El Bebedor no lleva cosméticos, pero el resplandor que proviene del día es demasiado fuerte para su cara de hombre «civilizado». La Hermana Menor sonríe de forma correcta, una sonrisa que quiere decir que agradece el intento de iniciar una conversación pero que le releva la obligación de hacerlo.

El Bebedor tararea levemente, se apoya en la borda y poco a poco, no demasiado de prisa para que nadie —ni ella— crea que lo han rechazado, ni demasiado despacio, para no prolongar una situación embarazosa, se va alejando. De vez en cuando levanta el eterno vaso y trasiega.

La Hermana Menor vuelve los ojos a la profundidad virgen del mar como si quisiera lavar la mirada del contacto y la corrupción del hombre.

* * *

El Señor Irritado sale del cuarto de baño con el tubo de dentífrico en la mano.

—¿Me quieres decir si es posible que alguna vez puedas usar esto como la gente normal?

Ella sigue ante el espejo.

—¿Qué ocurre ahora?

—¡Pero mira, al menos!

Ella se vuelve.

—No veo nada raro.

—Pero a ti, ¿qué te cuesta apretar el tubo por el extremo?

—¿Qué más dará por un lado que por el otro? La pasta tiene que salir, ¿no?

El Irritado mira el techo como buscando un testigo ante tanta incomprensión.

—¡Pero es que no se hace así! ¡Se empieza por el extremo y se va poco a poco acercándose a la boca!

Ella mete los dedos en el bote de crema.

—Si no te enfadas por esto, te enfadarás por otra cosa. Tienes que agradecerme que te dé motivo... ¡Si no, revientas!

El rostro del Señor Irritado se enrojece. Duda otro momento y se mete en el cuarto de baño.

¡Pam!, hace la puerta.

Ella estira los labios y se quita con cuidado una mancha que el carmín ha dejado sobre los dientes.

* * *

—¿Quieres ayudarme?

El Recién Casado salta rápidamente de su sillón y se coloca a la espalda de ella.

—Ajajá... Oye, dime una cosa que siempre me he preguntado: ¿qué hacéis las mujeres cuando estáis solas, con la cremallera de la espalda?

Ella le sonríe a través del espejo.

—Si ha llegado a preocuparte, es señal de que te lo han pedido muchas veces.

—Qué bobada —dice él débilmente. Le encanta que ella le crea con experiencia—. Pero, en serio, ¿qué hacéis cuando no hay nadie...?

—Nos arreglamos con mayor dificultad. ¿Tanto te ha molestado subirme la cremallera?

—Prefiero bajarla.

—Tontín...

Se vuelve a mirarle. Está ya maquillada, arreglada, el amor hecho a menudo a esa edad sienta bien a las mujeres, y la mezcla de juventud y sofisticación resulta espléndida. Al Recién Casado le entran ganas de abrazarla y hacerla caer suavemente sobre el lecho que la camarera ya ha abierto. Luego piensa en el arreglo de su mujer, en su propio arreglo, en lo que van a tar-

dar para reparar los destrozos que cause la pasión de ambos y se limita a besarle la mano.

Ella le sonríe maliciosa guiñándole un ojo. Al Recién Casado le encanta la trasmisión de pensamiento y por otro lado siente una oscura sensación de desconfianza; ¿cómo sabe tanto una chica tan joven?

* * *

Las Tricoteuses viajan en camarotes distintos, pero prácticamente están juntas todo el día. Las camareras saben que tienen permiso para abrir las puertas respectivas a cualquier hora del día y de la noche. Especialmente en la preparación de una fiesta de gala las ideas y venidas son constantes. Sube un chal, baja un broche, se desplaza la crema de día y regresa la crema de noche. Al mismo tiempo que los productos y vestidos, los bolsos y los cosméticos, se desplazan los comentarios.

—He visto al Gigoló por el pasillo, ya vestido para la cena. La verdad es que es guapo...

—No tiene más remedio que serlo... forma parte de su oficio.

—¡Qué va! Yo conozco a otros de ese oficio y no valen nada...

—Tendrán virtudes secretas...

Risas sofocadas.

—¿Sabéis lo que os digo? Que si yo pudiera permitirme ese lujo, me lo permitía.

—Y yo, hija, y yo.

—Firmo.

Más risas.

* * *

La Ampulosa se está mirando al espejo. Baja un poco el escote, respira hondo. Quiere ver hasta qué punto el borde del vestido retiene el pecho cuando el

aire llena sus pulmones o cuando hace un gesto forzado. Comprueba que en esos casos el pezón queda muy cerca del límite, pero sin llegar a asomar. Vale. Eso les gusta a los hombres.

La Ampulosa no ha estudiado ningún tratado de psicología masculina. Su conocimiento está basado en el intervalo que observa entre las miradas a la cara y las miradas al escote. Cuando más breves sean esos intervalos, más logrado el efecto que esperaba. Dado que hay que ocupar las reglas de la sociedad, la Ampulosa calcula de forma vaga que hay que lograr esa mirada voraz de los hombres sin llegar —ya le ha pasado muchas veces— a la protesta en voz alta de algunas mujeres: ¡qué escándalo!

Ahora se echa perfume con el pulverizador. Se echa mucho perfume.

* * *

La Señora de la Esmeralda está absorta; con el dedo apoyado en la comisura del labio mira atentamente la hilera de vestidos en el armario. Cada vez que elige mentalmente uno sus ojos van al estante de zapatos, tres hileras, a los cinturones, colgando como serpientes multicolores, a los bolsos en el cajón grande. La Señora de la Esmeralda va visualizando uno a uno los conjuntos que puede ponerse. Piensa en su entrada en el bar, en el comedor después, gustando... especialmente al Vikingo.

(La Señora de la Esmeralda es la única de a bordo que no ha cambiado el primer sobrenombre del Gigoló.)

* * *

La Campesina alisa suavemente la ropa interior que dejó secándose en la ducha y se la pone con esfuerzo. Ha engordado, estos días a bordo. Tanta comi-

da... y como no hace ejercicio... En el pueblo estaba de pie horas y horas tras el mostrador; aquí, en cambio... Algunos paseos por el puente cuando no hay nadie antes de cenar (cuando están tomando el aperitivo los demás) o después, a última hora de la noche (cuando están bailando en el salón).

Siempre que no haya espectáculo. Porque la Campesina gusta del espectáculo, y estando incluido en el precio del viaje no se lo va a perder. Lo que hace en esos casos es ocupar una mesa del rincón aunque tenga que esforzarse en ver por entre las cabezas de los de las mesas de pista. Los camareros, en general, la conocen y no la atosigan, pero si hay poco trabajo y pasan varias veces muy cerca de ella, pide una cocacola. La cocacola a bordo es barata y así no siente su mesa tan desnuda en comparación con las otras que exhiben grandes vasos de amarillento whisky e incluso ¡qué despilfarro, Dios mío! champán. (Hay gente que bebe champán todas las noches.)

La Campesina mira, analiza con cuidado las costuras de su vestido de noche para comprobar que no hay ningún descosido que traicione su continuo uso. Se lo pone y se peina el largo pelo entreverado de gris hasta recogerlo en un moño. Ahora, el broche; y ya está dispuesta a salir.

La Campesina tiene sobre la Señora de la Esmeralda la ventaja de que nunca se arrepentirá, en el comedor, de no haberse puesto otro vestido.

Siete y media de la tarde, jueves

El bar se va llenando poco a poco. La gente tarda hoy más porque las señoras han necesitado otra atención al arreglarse para la noche de gala. También les gusta entrar después de lo acostumbrado porque esperan que haya más gente dispuesta a admirar un aspecto distinto y más brillante.

El Playboy revolotea de mesa en mesa. Esta frase se le ha ocurrido al Profesor, que encuentra en el Canoso un oído atento; lo que no es difícil porque el Canoso tiene un oído atento para todo el mundo. Ahora escucha hablar mal del Playboy, pero escucharía igual de sonriente si hablasen bien; el objeto de la confidencia le interesa poco. Lo que le gusta es que le consideren digno de oírla.

—Fíjese, fíjese. — El Profesor va siguiendo con la barbilla las evoluciones del Playboy —. Observe a ese hombre, el símbolo de la inutilidad social. ¿Cuál es su misión en la vida? Vestirse, charlar, comer, beber... ni siquiera ama por gusto, sino por mostrarse con alguien... Cuando ese hombre se acueste, ¿qué pensará de su jornada? ¿Qué habrá hecho para la humanidad, para sus semejantes? Nada.

El Canoso asentía correctamente, sin entusiasmo excesivo. No quería disgustar a quien le hablaba hoy ni tampoco a quien podía hablarle mañana.

—Ahora va a otra mesa... se vuelve a inclinar, a besar la mano de una señora... le dirá tres o cuatro tonterías... Lo malo es que a ellas parece gustarles y

entonces, claro, se considera un hombre perfecto, como le ríen las gracias...

El Profesor sorbe un poco de vermouth. El Profesor es hombre anticuado en todo. Siendo estudiante se acostumbró al vermouth y siendo socialmente de gustos simples, al llenar la casilla mental «aperitivo» con el nombre vermouth, no sintió ya ninguna necesidad de cambiarlo. Sus contemporáneos pasaron a la combinación, al cuba-libre, al whisky, a la ginebra, al vodka. Él sigue tomando vermouth.

—No lo entiendo, le juro que no lo entiendo. ¡Qué vida más vacía! ¿Le ha visto usted alguna vez con un libro en las manos?

Interrogado directamente, el Canoso no tiene más remedio que responder. No, efectivamente, no le ha visto nunca con un libro en las manos. Intenta poner en la contestación algo del escándalo que reflejaban las palabras del Profesor, pero le cuesta un poco. Tampoco él es precisamente un lector empedernido...

—... ¿O escuchar la poca música clásica que se oye aquí por la tarde? Nunca. Eso sí, cuando empiezan esas melodías llamadas modernas, no le importa lanzarse a hacer viajes al centro de la pista, gestos impropios de su edad. Porque no es ningún niño...

El Profesor sorbe un poco más de vermouth. El Profesor empieza a verse a sí mismo en el baile haciendo los mismos gestos del Playboy; la caricatura se convierte en retrato y éste a su vez de nuevo en caricatura, una caricatura sangrienta.

El Profesor no ha podido nunca aprender a bailar.

* * *

—¿Has visto lo que ha comprado tu hija?

Si el tono no fuera lo bastante revelador, bastaría oír el «tu» en lugar de «nuestra» para saber que se trata de condenar algo. El Padre levanta la cabeza del

libro que está leyendo. Estaba «haciendo tiempo» —pantalón, camisa, lazo ya hecho— para que ellas terminaran de arreglarse. Pero la esposa ha surgido del cuarto de baño como un anuncio de problema.

—Mira.

En su mano derecha un trozo de tela, en la izquierda, otro.

—¿Qué es?

—Comprendo que no lo adivines. Un traje de baño.

Muestra en alto el sujetador por una parte, el pantalón por la otra; agarrándolo apenas con dos dedos quiere marcar más lo mínimo de las piezas.

—¡Madre! ¡Dame esto!

La Chica Joven está en el umbral, humillada, avergonzada. Como si el gesto de su madre la hubiera desnudado de golpe.

—Tiene razón tu madre. —El libro queda a un lado, la lectura ha terminado evidentemente—. ¿Cómo te atreves a ir a la piscina con esto? ¿A tu edad?

—¡A mi edad! —La muchacha estalla en un grito—. ¡A mi edad! ¡Estoy harta! ¡Siempre hablando de mi edad! ¡Soy una mujer, a ver si os enteráis! ¡Y ese bañador lo llevan todas las chicas de hoy!

—Ninguna que sea decente.

—¡Decente! ¡Decente! ¡Parece que no conozcais otra palabra! ¡Estoy cansada de vuestra decencia! Para vosotros, la decencia es sólo llevar un pedazo más o menos grande de tela. ¡La decencia se lleva dentro, y si no es así da igual lo que te pongas!

Los tres están ahora de pie. La madre lanza una mirada temerosa a la pared como si viera a su través al vecino, la oreja pegada al tabique.

—Por favor, no escandalices.

El Padre, que empezaba a su vez a gritar, recoge el aliento. Ahora la intensidad no está en la voz sino en el tono. La advertencia es «mascada» en lugar de chillada.

—Seremos anticuados, como tú quieras. Ya sabemos que los padres nunca comprenden a los hijos hoy en día. Que somos unos tiranos, que nos hemos quedado en los tiempos de Maricastaña. Pero mientras estés en mi casa y comas mi pan, vas a cumplir con las costumbres que nosotros te hemos enseñado. ¿Está claro? ¡Y ese bañador no lo llevarás mientras vivas en esta familia!

Las palabras se agolpan a los labios de la muchacha, la sangre le enrojece las mejillas. Vacila, duda...

—¡Estoy harta! ¡Harta!

La puerta del cuarto de baño se cierra duramente. Los padres se quedan mirándose. Luego él se acerca a la cama, recoge el libro, lo abre de nuevo, se sienta. Ella se acerca al tocador, empieza a arreglarse maquinalmente.

La Muchacha Joven, dentro, llora. Está en el mínimo pero el más seguro refugio que existe para una adolescente. Su cueva, su guarida, el único lugar en el que puede esconderse sin que la madre llame preguntando cuándo termina de estudiar, cuándo va a salir... el único sitio en que puede dar rienda suelta a su frustración, a su dolor, a su ira, a sus deseos de venganza. Está cansada de que la riñan, de que la vigilen, de que controlen sus amistades, sus lecturas, sus juegos, sus bailes... ¡y ahora sus vestidos!

Quiere ser libre, ¡libre! Trabajará, se hará independiente, se irá a vivir a un apartamento, sola o con una amiga.

(¿a los diecisiete años?)

Terminará sus estudios, ejercerá una carrera... ganará dinero... (¿a los diecisiete años?)

Se casará... con el primero que pase, sea quién sea...

(¿a los diecisiete años?)

La Muchacha está llorando, primero fuertemente,

luego cada vez más suave, más lentamente. Se siente muy cansada.

Fuera, los padres han terminado de arreglarse. Tras cambiar una mirada, la Madre llama suavemente a la puerta.

—Vamos, nena, se hace tarde.

La voz llega calma, tranquila.

—Ahora salgo...

Ocho de la tarde, jueves

En el bote salvavidas número cuatro, un leve movimiento agita la lona protectora. No lo provoca el viento sino unos tímidos dedos que se ocultan cuando su dueño cree oír unos pasos. Después vuelven a aparecer; detrás, unos ojos escudriñan el puente lanchas a ambos lados, de proa a popa, desierto. Miran luego arriba, al puente Sol. Nadie asomado a la borda. La cabeza sale del todo; ahora la mirada inquisitiva es para el Puente Restaurante, debajo. Nadie tampoco. La lona se abre del todo. Un hombre salta al puente y reemplaza la lona tras de su paso. Ya es solo una lancha más, entre los otros botes salvavidas.

En realidad es su casa, una casa prevista desde hace meses, cuando decidió hacer ese viaje sin el molesto y desagradable paso por las oficinas de la Compañía Naviera. Este Polizón no es un Polizón frívolo y, desde luego, no es un Polizón aficionado; tampoco pued llamársele profesional, dado que es la primera vez que emprende la aventura, pero lo ha hecho tomando todas las precauciones posibles, estudiando a fondo los problemas que podía plantear la existencia de un ser a bordo que no tiene domicilio «oficial». En muchos bares del puerto ha oído a marineros contar el descubrimiento del intruso, y de las mil anécdotas ha deducido cuáles son los principales errores cometidos por los capturados: uno, hacerse notar por hablar demasiado; otro, hacerse notar por rehuir la charla. «La mayoría — escribió en su cuaderno — fue-

ron descubiertos por su aspecto descuidado, incompatible con la clase primera en la que se había refugiado, debido al lugar en que dormían(las tumbonas de la piscina) o al olvido de algo tan fundamental como los útiles de afeitarse.»

El Polizón hizo así su composición de lugar. Capítulo de apariencia: Su aspecto sería igual de distinguido al de los demás pasajeros. Para ello llevaría lo imprescindible para el aseo en su pequeña bolsa y tres camisas limpias que no usaría más que por las noches, a la hora de salir. Capítulo de comida: aprovechar la hora de buffet de medianoche para devorar todo lo que pudiera. Atención —se dijo el primer día—, una voracidad excesiva puede denunciarte. Pero se tranquilizó pronto. Los pasajeros normales, los que habían pagado su plaza y comido, cómodamente sentados, un par de horas antes, comían exactamente igual que él; eso lo tranquilizó por un lado y le irritó por el otro. «Todo, lo quieren todo.»

Bebida. Ahí no tenía más remedio que usar el agua del grifo, aparte de permitirse de vez en cuando una cerveza que pagaba al contado. Una de las experiencias en cabeza ajena que le habían contado, se refería a un viajero sin fondos que, envalentonado por la facilidad con que había iniciado el viaje, se dedicó a firmar las facturas que le presentaban en el bar al igual que sus compañeros de mesa. Hasta que un día la señora que se había sentado junto a él, tras su despedida, llamó al camarero que se alejaba ya con la nota:

—Perdone, ese señor que estaba aquí, ¿ha puesto camarote A-65 o he leído mal?

—No, señora; ha puesto efectivamente, A-65. Está muy claro.

—¡Pero si es el camarote de mi prima!

Él no cometería error parecido. Él tenía un camarote con cuyo número no podía firmar, pero que, realmente, era suyo sin compartirlo con nadie. Allí pasaba

arrebujado en la lona extra cuando hacía frío, casi desnudo cuando el sol pegaba de firme. Si le atormentaba la sed, hacía exactamente lo mismo que haría el náufrago a quien estaba destinado aquel lugar en circunstancias parecidas. Bebía el agua allí almacenada.

Podía, si tenía hambre, comer también la galleta reservada para el mismo propósito, pero apenas la probó un par de veces. Mientras la Compañía fuera tan generosa con sus canapés de medianoche, con su jamón, con su huevos cocidos, sus quesitos, no le hacía ninguna falta apoderarse de lo que un día alguien podría necesitar, alguien arrojado allí por la tempestad o el fuego a bordo.

Y ahora, en la noche, se paseaba tranquilo, seguro de sí mismo. Se asomaba a los salones, cruzaba los puentes, sonreía a las personas con quienes había hablado una vez, siempre amablemente, pero sin permitir que la conversación llegase al estado de conocimiento. Esa táctica le llevaba por un lado a ser una cara familiar, y por el otro no llegar a ser demasiado conocida. Además, la forzada inmovilidad de toda la jornada le obligaba a un continuo deambular en la hora de su libertad.

Hizo una leve inclinación de cabeza a una señora de la que no sabía el nombre ni quería saberlo, porque implicaba dar el suyo. Dentro de unos días ya no tendría que dar explicaciones de ninguna clase a nadie. Bajaría confundido entre los pasajeros, presentaría su pasaporte — que eso sí estaba en regla — y habría conseguido su propósito de cruzar el Océano gratuitamente para empezar una nueva vida en otro continente.

* * *

—La mejor película que he visto en mi vida es «Romeo y Julieta». — Ésta es la Señora del Perro.

«Y para mí»... «y para mí»... Las señoras están to-

das de acuerdo. Los hombres creen su deber superar el nivel sentimental utilizando al mismo autor.

En la mesa vecina los Recién Casados, al oír el título, se miran a los ojos con una señal de inteligencia. Para los Recién Casados la literatura mundial sólo existe en función de sus propios sentimientos.

—«Aquel «Ricardo II»! ¡Aquel «Enrique V» de Laurence Olivier!

—Sir Laurence Olivier es un actor fuera de serie.

— El Marqués no olvida nunca un título, porque le gusta que tampoco lo hagan con el suyo.

—Ésa es la palabra — dice el Canoso, como si acabara de escuchar la frase del siglo —. Es «fuera de serie».

Se entabla una discusión sobre el trato que sufren las obras maestras llevadas al cine, ganan, pierden, mantienen sus valores... Y de pronto dice el Señor Cojo:

—La mejor obra de Shakespeare, para mí, no es «Romeo y Julieta» ni «Hamlet»...

—¿«El Rey Lear»? — sugiere la Hermana Mayor —. No he visto hijas más estereotipadas. La existencia de dos hermanas malas me irrita; y el pobre rey me parece un poco memo.

—No. La obra máxima de Shakespeare, para mí, es de las menos representadas: «Coriolano».

Hay un momento de silencio acusador en la reunión. A la mayoría de los presentes les parece que el Señor Cojo está jugando con cartas marcadas. No se puede «sabotear» una conversación que se mantenía al nivel de todos, con obras fáciles de recordar, para hablar de una que la mayoría no conoce. Como siempre ocurre en esos casos, los ignorantes concluyen que el Señor Cojo aspira a llamar la atención. Pero el Señor Cojo está tan embargado en su pensamiento que interpreta ese silencio como de respetuosa espera para que él explique su tesis.

—Coriolano es el anti-héroe, pero es el único héroe humano de la historia. Los héroes verdaderos son como él, imprescindibles en la guerra e inaguantables en la paz. Coriolano es el único protagonista antipático de la humanidad.

El Profesor piensa que la defensa del antipático es la lógica en el Señor Cojo. Al Profesor le interesa la teoría del Señor Cojo, pero le irrita que la haya inventado. Tendría que ser él, el Sumo Sacerdote de la cultura a bordo, el especialista académico, quien sacase a relucir un punto original sobre lo que se discute.

—¿Qué le ocurre a Coriolano? —El Señor Cojo mira alrededor expectante. Nadie parece dispuesto a contestarle, que es lo que él esperaba. —Le ocurre que su violencia, la misma violencia que tanto es apreciada en el momento del ataque, es repudiada cuando se realiza en la paz...

El público de una conferencia o el que se agregue alrededor de la mesa de un café, es siempre un elemento homogéneo, algo así como una sola persona con diez o doscientos oídos. Esa unidad de atención tiene que mantenerse así a lo largo de todo el discurso; si se abre una grieta de distracción, es el principio de la disgregación de un edificio que nunca vuelve a reconstruirse.

—Coriolano es un hombre de verdad, no un personaje convencional. Por eso tiene reacciones que tendrían todos los hombres pero que no admitimos en los personajes que se mueven sobre unas tablas escénicas...

La primera fisura en el bloque está a cargo de quien se aburre antes; la Señora del Perro hace un cumplido sobre su vestido a la Señora de la Esmeralda. Ésta, en el trance de mostrar falta de atención hacia el orador que está al otro lado de la mesa o cumplir con quien se sienta a su lado, se decide a contes-

tar aunque sea en voz baja. El ejemplo es seguido por el Mareado, que pregunta al Marqués si tiene la misma impresión que él; es decir, que el barco empieza a moverse un poco más. El Marqués le asegura que no.

—Coriolano es un hombre, insisto, no un personaje. Y como hombre, movido por una lógica que no tiene nada que ver con la teatral. Cuando por su madre sacrifica su ataque a Roma y por tanto sacrifica su reputación...

Una de las Tricoteuses da un codazo a la otra señalándole con la barbilla el salón. A lo lejos, alto, bien vestido, sonriente, el Gigoló está describiendo una elipse cuyo eje pasa por la Señora de la Esmeralda.

—El ave de rapiña preparándose para caer sobre la presa — susurra.

—¿El águila o el buitre?

—Mujer, no; muerta, no le sirve de nada.

Ocultan las risas con toses poco convincentes.

Ahora es el turno de Siempre Encorbatado, quien comenta con la Señora de los Tres Perros el aspecto de la sala. «Todos vestidos muy correctos», señala contento.

La deserción más importante, la que no tendría que haber ocurrido nunca por ser el más intelectual del grupo, ocurre en estos momentos. El Profesor acerca su cabeza a la de la Hermana Mayor.

—Cada uno de nosotros tiene un Shakespeare dentro que nos sirve de espejo para las diversas épocas de la vida. Todos hemos sido alguna vez Hamlet, Macbeth, Romeo. ¿No cree? Ahora lo que no me he sentido jamás, en ningún momento, francamente, es Coriolano.

La Hermana Mayor se ríe llevándose la mano a la boca. Ese gesto de estudiante ocultándose del maestro es notado por el Señor Cojo, que sólo entonces se da cuenta de que el público se le ha ido de la mano. Delante de él, en lugar de diez caras atentas hay ahora

cinco parejas que cuchichean. Los únicos ojos que permanecen fijos en los suyos son los del Canoso, que con el torso adelantado, apenas apoyado en el borde de la silla, parece ansioso de beber cultura. Al Señor Cojo le parece este resto de público mínimo, tanto en el número como en la calidad.

Pero ya no tiene más remedio que terminar su disertación y se la dedica al Canoso mirándole fijamente; lo que empezó como conferencia acaba en diálogo. Como el tono alto anterior resulta ridículo ante una sola persona, el Señor Cojo lo reduce así a una confidencia.

—La autenticidad de Coriolano radica en que siempre está unido a la propia independiente personalidad. No hace concesiones al qué dirán, a la patria, al estado, a la diplomacia. Por eso resulta antipático.

—Muy bien. Muy interesante — aplaude el Canoso.

«No se ha enterado de nada», piensa tristemente el Señor Cojo, y mira con rencor a los que sí podían haberse enterado y no han querido. Por envidia intelectual, supone.

(El Señor Cojo se siente siempre víctima de la envidia intelectual de los demás, porque sabe que no puede ser la física.)

Ocho y veinte de la noche, jueves

La tradición de a bordo exige que los oficiales se detengan a la puerta del comedor a la espera de su Comandante para la cena. No se da nunca el caso de que entren antes, ni mucho menos que se atrevan a sentarse sin él en la mesa principal. La costumbre, además, permite a los pasajeros verlos como a un grupo impecable en sus uniformes — hoy más elegantes, comida de de gala—, bien afeitados, bien peinados, pelo corto... (a la Marina Mercante no ha llegado todavía la melena). El conjunto da una muestra tranquilizadora de limpieza, señorío, sentido del deber.

Los oficiales a su vez estudian a los que van llegando con un saludo entre riguroso y cordial, una leve inclinación de cabeza animada por una sonrisa. Apenas ha cruzado el umbral el pasajero, hablan, comentan, describen.

—Y a ésa, ¿le has enseñado el camarote?

Es la frase consigna, la que no deja de producir guiños intencionados. La táctica del oficial es bien simple. Primero, baile; segundo, invitación a visitar el Puente de Mando. Es difícil que falle. Las pasajeras tienen siempre interés en conocer el lugar desde donde se gobierna ese monstruo de miles de toneladas. Suben, y el oficial de guardia recibe a la pareja con toda clase de atenciones; aunque sea superior en grado al cicerone, le permitirá exhibirse, dar órdenes al timonel y en fin actuar como si fuera, aunque sea por

unos instantes, el jefe supremo del buque ante la admiración de su pareja.

Algunas piden después ver la sala de máquinas. Visita desaconsejada. La sala de máquinas no es «sexy», es ruidosa y además atrozmente sucia. Generalmente este último detalle es el que las hace desistir.

Y ya estamos en la tercera etapa. En lugar de bajar por la escalerilla desde el Puente de Mando al de Sol, se la hace circular a lo largo del primero; y al pasar por delante de una de las puertas se dice como al desgaire...

—Y aquí es donde vivo yo.

... retrasando levemente el paso. Basta que ella corresponda con un gesto de curiosidad, deteniéndose, para que se abra rápidamente la puerta —nunca está la llave echada— y se la hace entrar. Generalmente ella dice: ¡qué confortable!, y no hay más que hacer lo posible para que se encuentre todavía más a gusto.

El Playboy les mira, al pasar, con cierta envidia. Playboy piensa que los oficiales de un barco tienen demasiadas ventajas sobre el resto de hombres que viajan con ellos. A su favor está el uniforme, el estar en su casa y, lo que es más importante, la absoluta seguridad para las pasajeras que la aventura de a bordo será efectivamente sólo eso, una aventura; que el afortunado de unos días o unas horas no intentará continuar la relación ya en tierra, evitando el compromiso con el marido o el amigo permanente. El oficial tiene el mismo interés que ella en considerar ese abrazo apasionado como un paréntesis en sus vidas porque también a él le espera en el puerto alguien que tiene una cierta autoridad para exigirle. «Demasiadas ventajas —repite el Playboy—; yo diría que es una competencia ilícita...»

En el mismo momento el Ayudante de Máquinas está sosteniendo la tesis contraria con un compañero. Sus posibilidades —recuerda— son mínimas porque,

al contrario de los pasajeros, ellos no pueden insistir, continuar el cerco hasta vencer la resistencia de una mujer. Si la pasajera no dice «sí» el primer día, hay que abandonar inmediatamente la empresa. La queja de una viajera sobre la persecución de que la hace objeto un oficial iría indefectiblemente a figurar en su expediente personal con todos los inconvenientes posibles.

Alguien habla animadamente y todos se acercan. Es el Oficial Segundo relatando la escena de la pareja sorprendida en el ascensor de servicio y teniendo el éxito que anticipó por la mañana. Todos quieren saber más detalles, intentan recordar a los culpables.

—¿Pero quién es él? ¿Quién es?

—Uno con bigote, bajito, delgado... el que tuvo aquellas palabras con el Oficial de Maniobras.

—¡Ah, sí!, ya sé. ¿Y ella, la camarera?

—La del Puente C, babor, una regordeta, muy simpática...

Al llegar el Comandante cesa la conversación, se abre un pasillo de uniformes.

—Buenas noches, señores.

Al Comandante le gusta ese momento de reunirse con sus hombres bien portados, elegantes, pero sin que la disciplina enturbie el buen humor. Todas las noches a esa hora se ve a sí mismo como uno de ellos hace años procurando causar buena impresión al jefe para que el informe al final del viaje fuera lo bastante positivo para ayudarle en su carrera.

—¿Vamos?

Y cruza el umbral. Detrás de él no hay vacilación alguna porque el orden es rigurosamente jerárquico. Comandante Jefe de Máquinas, Médico Jefe, Capellán... El Tercer Oficial queda rezagado preguntando a su colega:

—¿Le contamos lo del ascensor?

El otro duda unos momentos.

—Quizá mejor que no. Ya se han llevado un buen castigo con el susto que les he dado. El recuerdo del *shock* igual le deja inútil para todo el viaje.

Entran los dos riéndose, cogidos del brazo. El Irritado, en la mesa cercana, levanta los ojos asombrado. Siempre ha pensado que la gente se ríe demasiado en la vida.

Ocho y media de la noche, jueves

Los de las suites de lujo —Alpha, Beta, Gamma— tienen prioridad a la hora de elegir la localización de sus mesas. Los demás tienen que ponerse en cola y esperar que esté libre el rincón o el centro que deseen.

—Quisiéramos estar con gente bien, simpática, ya me comprende...

El Maître ha sonreído afectuosamente a la Señora de Botes 234; el Maître ha oído esta expresión muchas veces. Nadie, en su larga experiencia, ha pedido que le sentasen con gente mal y antipática. Ahora bien, dado que la humanidad está compuesta de gente simpática, mitad y mitad, el Maître no tiene más remedio que mezclar las amables y las menos amables. Cuando el Maître mira el plano de las mesas parece que está viendo sólo siluetas de muebles, en los que colocar al recién llegado. En realidad está comparando en su imaginación los aspectos de quienes están ya instalados en los sitios respectivos para ver si «casan» con los nuevos.

—Aquí estarán ustedes bien. Gente muy agradable.

Todo cuidado es poco en la elección.

El restaurante de un barco resulta como uno de esos juegos de cuadritos en los que hay que hacer pasar una ficha de arriba a abajo desplazando las otras fichas para buscar un hueco. En el momento en que está el barco lleno, la dificultad de encontrar un nuevo espacio es muy grande, a no ser que se usen las

mesas que se consideran condenadas, demasiado cerca de la cocina o de la puerta de entrada.

La pareja de Botes 234 no está muy satisfecha de sus compañeros de mesa, aunque tampoco disgustada. Son simpáticos, sí, pero «no tienen ninguna clase». Debe de ser la primera vez que viajan en un barco de lujo —ha insinuado la señora al marido—; no porque no sean correctos a la hora de comer, sino porque lo son demasiado. Se nota que no están acostumbrados a tantos cubiertos y se esfuerzan en no equivocarse. El marido se ha quedado maravillado porque su mujer no hace generosamente observaciones tan sutiles. En general se limita a calificar de fina u ordinaria a la gente, sin precisar el porqué. El marido piensa que, con la edad, su esposa está desarrollando el intelecto. Además del seno, claro.

—¿De qué te ríes ahora?

—De nada, querida, una tontería que se me ha ocurrido.

La Extraña Pareja ha sido colocada inmediatamente en la mesa para dos. Las mesas para dos son muy difíciles de obtener en los barcos porque todos los matrimonios jóvenes las quieren. Pero el Maître le ha bastado echar una ojeada a la pareja para darles una. El Maître sabe que está en un barco de lujo con clientela sofisticada que, con muy pocas excepciones, no se escandaliza ante la existencia de la Extraña Pareja. Pero el Maître no quiere tener problemas con las contadas excepciones, y por ello ha colocado a la Extraña Pareja en una mesa junto a la pared. No están escondidos —eso sería una grosería—, pero tampoco comparten los manteles de la gente «normal». En el lugar donde están situados ven y son vistos lo suficiente para divertir sin ofender por su proximidad.

—Mira cómo le ofrece el rubio un pedazo de su carne para que la pruebe el otro.

—Y en su propio tenedor, ¿te das cuenta?

—¡Qué gracioso el gesto de limpiarse los labios!

Cualquier acto que en otra mesa resulta normal, resulta en aquélla chocante para unos, gracioso para otros, curioso para la mayoría.

La gente se ha vestido; de largo, las señoras; de smoking, ellos. Y con el traje parece que se cubren con mayor cortesía; los hombres abren igualmente la puerta a las señoras, pero cuando van vestidos de etiqueta lo hacen con mayor énfasis. Las mujeres entran siempre con la cabeza alta y viendo, sin mirar, a ambos lados; pero ahora, sabiéndose más bellas, lo hacen más erguidas y dignas. La sonrisa al camarero que se acerca con el menú es también afectuosa, más teatral. Todos están mucho más profusos en el gesto, en el diálogo. Todos se sienten interpretando un papel, aunque lo hayan repetido miles de veces.

El menú de hoy está adornado con caligrafía especial porque es la fiesta del Comandante, y especial también es su composición.

Aparece la buena nueva del caviar y los platos se ocultan bajo retumbantes nombres nombres galos que hacen producir un movimiento de imaginación en casi todas las mesas.

Y entristecerse al Calvo de Vestíbulos-19. El Calvo de Vestíbulos-19 ha rechazado con un gesto desabrido el menú que le presentaban y luego ha pedido perdón al sorprendido camarero con una sonrisa humilde y sumisa.

La esposa del Calvo de Vestíbulos-19 aprovecha la marcha del camarero para hablarle desde detrás de su propio menú.

—Te dije que era mejor que nos quedáramos en el camarote y pedir allí cualquier cosa.

El Calvo de Vestíbulos-19 niega con el gesto y le indica que pida, mientras él pasea la mirada por otras mesas donde han empezado ya a atacar los manjares. Oye el crujir de los «Grisinis» en las bocas de los im-

pacientes y suspira. Él tomará una sopa y un helado.

El Calvo de Vestíbulos-19 ha roto su dentadura postiza el primer día a bordo. Tiene otra de repuesto. Pero se la olvidó en Columbus, Ohio.

El Playboy observa la sala desde su rincón. El Playboy tiene siempre en los barcos una mesa solitaria; para conseguirla escribe a la Compañía al encargar el billete. El Playboy sabe por experiencia que sentarse a una mesa con varias personas equivale a atarse totalmente para el resto del viaje. Precisamente porque está solo, el Maître le colocaría con señoras que también están solas. La ventaja inicial que esto representa para el Playboy queda desvalorizada porque significa plantearse una obligación total desde el inicio del viaje. Resulta lógico acompañar a las compañeras de mesa a tomar café, y éstas pueden insinuarle el baile posterior. El Playboy estudió matemáticas en la universidad y planea sus viajes con mentalidad científica. Si el número de posibilidades que hay en el barco es muy grande, las posibilidades de que la más atractiva y libre de las mujeres esté en su mesa son en cambio mínimas. Pero admitamos la hipótesis de que fuera así; aún suponiendo que la más hermosa y fácil de las señoras cayera a su lado por amabilidad del Maître, ello significaría el encadenamiento durante todo el viaje a tal fémina, peligro al que el Playboy ha rehuido durante todos sus años de carrera de Playboy. En su programa viajero, el Playboy intentar escapar siempre de dos peligros: Uno, el fracaso por no encontrar a la Mujer. Otro, casi tan grave: encontrarla el primer día de viaje, cerrándose así el acceso a las otras; algo muy triste para el Playboy que, en principio, considera a todas las hembras del barco como presa posible.

Por eso prefiere su mesa aislada desde donde pueda observar, flirtear, señalar, citarse con diez mesas alrededor. Otra ventaja de la mesa aislada estriba en

que, siendo un óptimo punto de observación también lo es para ser observado, algo importantísimo para el Playboy. Todas las miradas convergen en el solitario —mira, pobre, no tiene quien le acompañe—; y cuando no lo hacen, el Playboy procura atraerlas con gestos y palabras. El Playboy no grita —está demasiado bien educado para ello— pero habla al camarero en un tono un punto más alto del necesario. Y así las señoras que están cerca saben que el vino blanco lo quiere ¡muy frío! y que por favor no le sirvan pescado, no puede sufrir lo congelado, y ¿sería tan amable el Maître de darle más caviar? Estas observaciones acostumbran a despertar la curiosidad de ellas y de ellos. La de ellas suele transmutarse en admiración por su «savoir faire»; la de ellos, en irritación por su snobismo. Al Playboy eso último no le importa. En su agenda no figura el propósito de impresionar a los hombres.

Siempre Encorbatado llama al Maître con un gesto nervioso y le susurra al oído mientras señala con la barbilla a un señor de la mesa del rincón.

—Tiene usted razón, señor, toda la razón, pero no podemos hacer nada...

Siempre Encorbatado se agita.

—...efectivamente, señor, estoy totalmente de acuerdo con usted. En cierto modo, es una falta de respecto a los demás. Pero como le digo no podemos obligar al pasaje. Advertimos, eso sí... aconsejamos la etiqueta, pero es imposible cerrarles la puerta del restaurante. Efectivamente, señor, sería mucho más bonito... A veces ocurre que se han olvidado el smoking o se han manchado el único que tenían. Es cierto, señor, tiene usted toda la razón, señor. Con permiso, señor.

Siempre Encorbatado está satisfecho de haber hecho constar su protesta a la autoridad responsable y vuelve a su carne con interés redoblado. Siempre En-

corbatado cree en la jerarquía y en el orden, tanto en el vestir como en el comer. De la misma manera que no podría jamás tomar un coñac como aperitivo, le sentaría mal la comida si no compareciera en ella con su traje completo. Tiene por la ropa un extraño fetichismo, como si ella le sirviera de protección, de barrera, de muralla ante la sociedad. Quitarse una prenda en público le parece casi tan grave como desnudarse.

Siempre Encorbatado es inteligente y a veces se da cuenta de la incongruencia de su atavío con la temperatura y el ambiente. Una sola vez apareció en la piscina vestido enteramente de oscuro y se dio cuenta de que su manía había provocado exactamente lo contrario de lo que había ambicionado siempre. Había llamado la atención precisamente porque iba correctamente vestido. Desde entonces no repitió la suerte... A la hora del baño se instala en la Biblioteca, donde sólo encuentra al Profesor con su libro en las manos. Esa coincidencia le animaría a hablarle como un hermano de gustos, enemigos de la promiscuidad, de la desnudez, de la falta de respeto humano representado por carnes repugnantemente exhibidas. Pero hay algo que le detiene. El Profesor no se desnuda nunca, pero tampoco mantiene la dignidad que convendría a su alcurnia intelectual. Por la mañana el Profesor lleva un jersey de cuello vuelto.

Siempre Encorbatado ha descubierto la razón. El Profesor lo es en una universidad norteamericana. Así se explica...

«Saumon de Rhin fumé», «Jambon cru de Langhirano», «Celery garci au Roquefort», «Artichauts à l'huile», «Oeufs de pluvier».

—Para mí, un consomé, gracias —dice el Deportista.

En la mesa 35 los entremeses sirven para detener la discusión. En la mesa 35 se sientan los Padres de la

Chica Joven; no es corriente ver muchachas de esa edad en la primera clase de un barco cuando no hay vacaciones de verano; por eso su mote es fácil. La muchacha tiene diecisiete años, sus padres cuarenta y siete y cuarenta y tres respectivamente. Cuando el camarero se aleja, vuelve alterada la conversación.

—Ni tu madre ni yo somos anticuados. Pero en la vida hay normas que hay que cumplir.

—Lo que pasa es que no comprendéis nada.

—Comprendo mucho. Por ejemplo, que una chica de tu edad no debe salir con ese escote.

La Madre pone la mano en el antebrazo del padre. Éste calla mientras el camarero pasa de nuevo con la bandeja de entremeses.

—¿Qué tiene de malo ese escote? Aquí mismo hay muchas señoras que lo llevan más exagerado. Mira la del rincón...

—Tú acabas de decírmelo; es una señora, una mujer mayor y hace lo que quieres. Tú eres...

—¡Una niña! ¡Sigo siendo una niña, toda la vida seré una niña para vosotros!

La Madre mira alrededor, musita con la boca semicerrada. La mueca impide que la voz suba demasiado pero el gesto es todavía más revelador. Al otro lado del comedor la del Moño se inclina al oído de su marido.

—Otra vez bronca en la familia de la Chica Joven. La Madre está nerviosísima.

«Langouste en bellevue, sauce mayonnaise, légumes à la russe.»

La señora de Botes 234 observa críticamente a los Recién Casados que comparten su mesa. La pareja se siente observada y por ello su preocupación es mayor; el crustáceo aparece ante ella como un monstruo apocalíptico, las antenas en alto, el ojo pareciendo desafiarla. «Cómeme si te atreves.» La joven esposa la mira angustiada.

«Tienes que serenarte, no hacer el ridículo. Tranquila. Este bicho estará suelto sobre el plato, no hay más que sujetarlo entre la cuchada y el tenedor...»

Poco a poco introduce los cubiertos bajo la cabeza y la cola del animal, que de pronto parece tener mucho más peso del corriente. (Lo han cargado de plomo para que se caiga y haga el ridículo delante de todo el mundo, piensa absurdamente. Y luego; no, no, si lo hace todo el mundo. ¿Voy a ser más torpe?)

El tenedor se desliza debajo de la cola, por unos instantes el bicho se balancea...

(tranquila, tranquila)

... Baja el tenedor un poco más, nota con satisfacción que ha alcanzado la estabilidad. Ahora, con tiempo...

La langosta emprende un leve viaje y se posa suavemente en el plato. La Joven Esposa en viaje de luna de miel contiene un suspiro de alivio y devuelve los cubiertos a la fuente. Al levantar la vista observa la mirada del camarero, que sonríe con leve complicidad como felicitándola, luego mira de frente a la Señora de Botes 234. Ésta ha vuelto a posar los ojos en su propia langosta, un poco defraudada. El Marido en Luna de Miel también la mira, hostilmente. No le ha gustado nada el examen anterior; ahora se sirve él con cierta brusquedad mientras su pie busca los de su mujer. Ésta, sin levantar los ojos del plato, coloca el suyo a lo largo del masculino. En los indignos sótanos de una mesa comedor, los dos cuerpos se transmiten un mensaje de cariño.

«Escalopes, Dinde à la fermière, Èpinards au beurre, Courgettes sautées... Pommes de terre fondantes.»

Los Cuatro Estudiantes han devorado la fuente de entremeses, la langosta. Tienen los platos más limpios de todo el comedor. Ahora esperan anhelantes a que el pavo llegue. Se sirven vino, beben, se dan palmadas

en la espalda, felices de estar juntos, de comer mucho, de beber bien; vuelven a concentrarse en la tajada.

«Côte de boeuf saignant, Yorkshire pudding.» (Para mí, espinacas cocidas, gracias.)

En la atmósfera gaya del comedor parece que se haya roto una copa. La Muchacha Joven se ha levantado y atraviesa por entre las mesas. Tiene la cabeza erguida; sólo si se cruzaran con ella verían sus ojos llenos de lágrimas.

El Padre se muerde el bigote y concentra su atención en el plato. La Madre mira angustiada a su alrededor para saber si alguien se ha dado cuenta, duda un momento entre salir tras la hija y acaba inmóvil. El tenedor se mueve alrededor del manjar tocándolo delicadamente sin clavarse en él.

El Playboy ha rechazado con un gesto la langosta, el pavo. Acepta la chuleta de buey y la «Salade du Chef». El Playboy produce asombro en los camareros por lo poco que come. El Playboy es como un atleta preparándose para una competición en la que, como en las deportivas, hay también marcas, triunfos, derrotas de rivales, felicitaciones e incluso besos de mujeres bellas. La diferencia —se ríe de su propia comparación— es que el beso no se recibe al final de la carrera, sino antes y durante. Pero los parecidos siguen siendo muchos. No hay que comer demasiado —el cuerpo tiene que estar flexible y musculoso para gustar—, ni beber demasiado —la mente tiene que estar alerta para la acción a tiempo. La grasa entorpece la actividad física en todos los sentidos.

El Playboy se ha dado cuenta de la marcha de la joven y por un instante ha sentido el impulso del perdiguero de saltar tras una presa. Una mujer preocupada es automáticamente una mujer fácil. Luego se ha contenido. La acción hubiera sido demasiado clara. La muchacha está bien, ¿quién lo duda?, pero...

La Ampulosa come con dengues, levanta el dedo

meñique muy rígido al coger la copa, se ríe a carcajadas de lo que está contando el Señor Canoso.

—¡Pero qué gracioso es usted! ¡Qué gracioso!

El Señor Canoso está en la gloria.

—Y usted, ¡qué preciosa!

«Gateau Equatorial — Cassata — Friandises du patissier.»

—Para mí, fruta, gracias — dice el Deportista.

Las Tricoteuses empiezan a estar en su elemento. La comida las deja un poco escépticas — mucho nombre francés para nada —, pero al llegar al postre experimentan un deseo casi sexual. Los ojos acarician las suaves formas sobre la bandeja, las papilas linguales se estremecen recordando el sabor.

—De estás, una más... y dos de ésas...»

Cuando tienen el plato colmado, miran a la fuente con recelo de haber escogido mal. El bocado entra en la boca y los ojos se entornan de placer. Puente Sol-5 se echa a reír de pronto y acerca la boca a la oreja de Botes-6; ésta se pone el dedo en los labios para contener el trozo que acaba de englutir.

—¿Qué te ha dicho, qué te ha dicho?

Botes-6 junta su boca al cabello de Puente Sol-4. Ésta prorrumpe en una alegre carcajada.

—Pues mira, tiene razón. Es igual. Y además, sin peligro de descendencia.

Ríen sonoramente las tres. El Profesor que comparte su mesa finge no oírlas. Le parece una descortesía decirse secretos y para vengarse abre el libro que tiene siempre junto al plato.

Es el único comensal que lleva un tomo al comedor.

* * *

Muy tiesa, enfundada en su vestido negro, la Campesina come vorazmente. Aunque finge leer cuidadosamente el menú antes, no tiene la menor idea de lo que

le van a traer pero eso no importa nada a su robusto apetito. Bebe sólo agua (es gratuita) pero devora todo lo que le sirvan. Apenas habla con sus vecinos de mesa, entre otras cosas porque apenas se comprenden. Los vecinos de mesa de la Campesina son japoneses. Los japoneses están en la mesa de la Campesina o la Campesina en la de los japoneses. Da lo mismo. El Maître decidió situarlos juntos sin consultar a ninguno de ellos porque a su entender se trata de un caso común de marginados en la sociedad del barco. Los orientales están fuera de ella por la geografía y las costumbres. La Campesina, por la economía y los modales. Para el Maître es importante que las diferentes mesas tengan a su alrededor gente con parecida educación y sistema de vida; los que sobran, por decirlo así, pueden sentarse juntos. Y así la lejanía de unos —horizontal— queda al lado de la lejanía de la otra —vertical—, dejando a los demás comensales en su ambiente.

A la Campesina le gustaron desde el primer día cuando se acercaron entre reverencias y sonrisas porque no sufre complejo de ningún género en su presencia. La Japonesa no va vestida mejor que ella, sino de otra manera, el Japonés no emplea más acertadamente los cubiertos. Además los dos sonríen siempre y eso es de agradecer aunque la Campesina intuya que no se trata de que se sientan felices en su compañía. La Campesina piensa que sonreirían igual —más quizá no, pero igual— si en lugar de estar con ella comiesen por ejemplo con la Señora de la Esmeralda. Los Japoneses sonríen por la mañana, por la tarde, por la noche. El Profesor dice que incluso al dormir muestran sus grandes dientes y sólo dejan de sonreír cuando se concentran en la máquina fotográfica que llevan consigo todo el día y aun durante la noche (nadie sabe para qué puesto que ni siquiera lleva el «flash»).

Cuando no sonríen ni sacan fotografías, los Japo-

neses tienen de pronto una expresión cruel y el Imperio del Sol Naciente, con sus crisantemos, sus geishas y la ceremonia del té dejan paso en la imaginación a la sorpresa de Pearl Harbour y a la decapitación de aviadores prisioneros. Pero es sólo un segundo. Los Japoneses han sonreído incluso al contarle a la Campesina, medio de palabra, medio por gestos, que había muerto alguien de a bordo mostrándole el sitio donde se sentaba.

La Campesina se ha quedado asombrada ante la noticia y su primera reacción ha sido...

—¿Le devolverán a la viuda el precio del pasaje?

* * *

El Bebedor hace tintinear el hielo dentro de su vaso de whisky mientras mira hacia el mar oscuro, en el Puente Lido. El Bebedor es siempre el último en llegar a la cena porque le parece mucho más importante terminar sin prisas su aperitivo que enfrentarse con varios platos que no le apetecen nada. Para el Bebedor, la comida es un pesado rito que hay que cumplir por la fuerza de la costumbre entre el whisky y el coñac, una obligación desagradable que sólo salva un buen vino de vez en cuando. Pero los vinos a bordo tienen la desagradable manía de marearse como si fueran personas.

Acostumbrado a la soledad de esa hora, le asombra la presencia de alguien muy cerca acodado a la borda. Vaya, vaya, vaya... alguien que tampoco tiene hambre. ¿Y sed? La Muchacha Joven le mira fijamente. En la soledad que ha buscado, es la primera voz humana que escucha. Tras la violencia que resonaba en la del padre, le resulta suave, dulce, tierna.

—Hola.

—¡Por todos los diablos! — El Bebedor habla siempre como el personaje de una novela de Kipling—.

¡Por todos los diablos! ¡Pero si es la Doncella de a bordo! ¡Nuestra Juana de Arco!

La Muchacha sonríe. La cara surcada de arrugas está muy cerca de ella, la sonrisa amarillenta pegada a su cara, los ojillos vivos intentando adivinar el secreto de su presencia en el puente a aquella hora desusada. La Joven le mira hondamente y respira fuerte como quien va a arrojarse al mar. Le agarra de ambos brazos nerviosamente.

—Llévame a tu camarote.

* * *

«Demi-tasse».

El Canoso se ha puesto de pie, golpea con la cucharilla en el vaso. Las conversaciones amainan, las cabezas se vuelven.

—Me atrevo a levantarme, señoras y señores, para improvisar unas palabras en honor de nuestro Comandante. En nombre de todos los pasajeros quiero darle las gracias por esta estupenda comida y por lo bien que nos está llevando a puerto. Pero ahora que veo a todos los oficiales en su mesa, se me ocurre una pregunta...

El Profesor ha levantado la cabeza de su libro. «No es posible... no se atreverá a decirlo...»

—La pregunta es: ¿quién cuida de la tienda, o en este caso, quién está guiando el barco?

«Lo ha dicho, murmura el Profesor abrumado, lo ha dicho.»

Varias risas corteses. El Canoso levanta su copa en dirección al homenajeado, luego la mueve circularmente hacia los pasajeros y se sienta. Grandes aplausos. El Comandante se levanta...

—Estará en el camarote, no te preocupes. ¿Dónde va a estar?

—Está loca, totalmente loca... ¿qué vamos a hacer con ella? La culpa es tuya; o mejor, de los dos. Si no la hubiéramos mimado tanto...

El Playboy mira fijamente a la Viuda Alegre. La Viuda Alegre nota su mirada, levanta los ojos, se la aguanta. Playboy mueve levemente la cabeza hacia una de las puertas. La Viuda Alegre contesta apuntando con el mentón al Comandante. «Cuando termine.»

... y es un honor para mí tanto como para la oficialidad del buque —que no se preocupe mi buen amigo, el timón está en manos firmes (risas)—, un honor repito, conducir al término de su viaje, al hogar o a nuevos horizontes a donde le lleve su espíritu, a un grupo tan encantador como el que esta vez se ha reunido a bordo. Gracias por estar con nosotros.

Aplausos prolongados. La Ampulosa se inclina hacia el Canoso mostrando de paso el redondo seno.

—Es usted un orador, un orador maravilloso...

Y se aleja contoneándose entre las mesas. El Playboy la desea con el bajo vientre, la desprecia con la mente. «¡Pero qué antigua es! ¡Qué antigua!». Las Tricouteuses la siguen con la mirada- ametralladora siluetándola en sus evoluciones.

—Fijaos como camina...

—De vergüenza, vamos...

—Será la entretenida de alguien, ¿no creéis?

—De alguien que se la ha quitado de encima regalándole este viaje.

* * *

En la Suite Alpha la Muchacha Joven está mirando el techo. Las luces del puente marcan en la semioscuridad unas franjas que oscilan con el movimiento del buque. La Muchacha Joven siente unas manos nervudas acariciarle el pecho, el vientre, entrevé una cabeza de pelo ralo con una calva incipiente moviéndose por encima de su piel. La Muchacha Joven se muerde los labios de dolor y de rabia y esboza una sonrisa cruel. Está vengándose de sus padres.

Diez de la noche, jueves

El cine está lleno. Arriba, en la tribuna que corresponde a primera clase, los smokings, los trajes largos, las cabezas cuidadas pregonando horas de peluquería. Abajo, las chaquetas burdas, las mangas arremangadas, los niños correteando entre las filas. Arriba hay menos niños porque han quedado en casa con familiares o servicio. Los de abajo no tienen servicio, y los familiares están trabajando.

La luz se apaga en la sala y se enciende en las mentes. La película es de amor. Cuando en la pantalla una pareja se mira a los ojos, en cada espectador hay un reflejo de esta mirada; cuando en la pantalla se oye una frase, su eco llega a cada uno de los presentes como si se arrojase una piedra al agua y los círculos alcanzasen a todo el borde del estanque. La magia de los siglos oscuros ha sido sustituida, reemplazada, por la oscura cámara. No ha habido brujo en la historia capaz de mantener en trance hora y media a decenas de hombres y mujeres sentados, inmóviles, sumergidos en el mundo que el creador de la imagen ha querido darles.

La Ampulosa es romántica, la Ampulosa tiene la lágrima fácil y la enjuga sin remilgos y sin cuidarse del maquillaje. La Ampulosa adora el cine y sabe todo lo que al cine se refiere, especialmente si se trata de sus figuras. Divorcios, matrimonios, coqueteos, viajes de los artistas... Pero esa familiaridad no perturba en nada la entrega total a la historia que le están contan-

do. En este momento, por ejemplo, Elizabeth Taylor no es la conocida protagonista de amores y peleas, la dueña de diamantes fabulosos y de barcos de ensueño. Ahora es solamente Jane amando a Robert.

«Por favor, dime que no te irás de mi lado... por favor, necesito oírlo.»

El Gigoló contempla la escena con ojo profesional, como un cocinero que, ante un plato exquisito, subordinara el placer de su degustación al interés por la forma de elaborarlo. Por ejemplo, admira la forma con que Richard Burton entrelaza sus dedos tras la nuca de ella, levantando levemente el pelo... «Buena táctica —piensa—, eficaz y romántica al mismo tiempo».

La Pelirroja tiene los ojos entornados. Está reviviendo una escena de hace muchos años, en el campus de la universidad, junto al roble gigante donde él la besaba. ¡Qué increíble fuerza la del primer novio! ¡Qué ansia sentía de que los labios se fundieran una y otra vez!

«Tengo que irme, ahora.»

Tenía que irse; siempre era ella la que tenía que irse primero. Era época de disciplina, las muchachas regresaban pronto al dormitorio residencial, estaba mal visto llegar la última... qué pronto pasaban aquellos minutos últimos. Otras parejas bromeaban, ya de vuelta: «¡Vamos, no querais agotar todo el amor del campus!»

El Pelirrojo mudó de postura y la tocó levemente en el brazo. La Pelirroja volvió al cine, volvió al barco, volvió a su marido. ¿Dónde estaría John en aquellos momentos?

Las Tricoteuses se sientan en la última fila porque así «podían hablar sin molestar a nadie». Su precaución era inútil porque hablaban muy alto.

—Está muy mayor para estos papeles, ¿no creéis?

—El que está muy bien todavía, es él.

—Yo creo que incluso mejora con la edad. ¿Os

acordáis de «Rumbos peligrosos»? Me gusta más ahora.

El Profesor quisiera hacer psssst, pero no se atreve. El Profesor se indigna consigo mismo por no atreverse. ¿Que no sería de buena educación? ¿Aun siendo ellas las primeras que muestran su falta de respeto hacia los demás? Tampoco, evidentemente.

«Por favor dime que no te irás de mi lado...»

La Extraña Pareja está sentada en la primera fila. A ambos lados han quedado butacas vacías durante un buen rato... Luego, de improviso, tres personas se han sentado casi violentamente. Eran las que habían llegado a la conclusión de que esa actitud colectiva era demasiado clara, casi ofensiva. Sonríen afectuosamente a la Extraña Pareja, una forma de cortesía que ellos creen muy propia y que sólo indica el esfuerzo de hacer olvidar lo anterior. La Extraña Pareja no reacciona excesivamente porque está acostumbrada a esos problemas. Al Rubio le gusta la gente y le duele un poco. Al Moreno le duele que le duela al Rubio. Él no necesita de nadie más.

«Tengo que irme, ahora.»

¿Oirá algún día algo parecido? El Moreno se angustia ante la idea, reza por lo bajo. «¡Dios mío, que no ocurra jamás!». El Rubio se inclina hacia él. ¿Habrá adivinado? No. El Rubio sólo quiere comentar algo de la película.

—Ese corte de pelo es divino, ¿no te parece?

L.L.L. se ha deslizado a su sitio de siempre, al final de la segunda fila, cerca de la puerta. No demasiado lejos de la gente para no despertar sospechas. Tampoco muy pegado, para que no surjan conversaciones comprometedoras.

«Por favor, dime que no te irás de mi lado...»

A L.L.L. le gustaría comentar la película, pero no se atreve. Detrás de él está otro pasajero a quien también le gustaría. Hace seis días que apenas habla con

nadie. Cuando estaba encendida la luz, se han mirado con esa media sonrisa con que se saluda la gente que no ha sido presentada pero que vive en un ambiente en que puede ocurrir en cualquier momento.

Pero L.L.L. no se decide a hacerlo.

Y el Polizón tampoco.

«Tengo que irme, ahora.»

Siempre Encorbatado mira sin interés. Las películas de amor le dejan totalmente sin cuidado. Y como son la mayoría...

En este momento al Profesor se le ocurre que la inmensa mayoría de las películas tratan del Amor (desde las románticas a las pornográficas) o del Odio (desde las de vaqueros a las policíacas). La observación no está mal, piensa. Podría escribirse un ensayo...

Siempre Encorbatado siente ahora la mano de su esposa deslizarse en la suya. A ella sí le gusta la película, está claro. Reacciona exactamente como espera que lo haga el director de la película. Es una romántica, piensa. Pero los dedos de la mujer empiezan a hacer un cosquilleo en su palma... Una romántica sexualizada, corrige.

«Por favor, dime que no te irás de mi lado...»

El Canoso oye sin escuchar, mira sin ver. El Canoso está más pendiente del público que de la película. Situado junto a la entrada, ha advertido ya a tres señoras que tuvieran cuidado con el escalón poco iluminado y se ha apresurado a levantar la falda de un abrigo para que otra se sentase mejor. El Canoso disfruta de las películas buenas pero sólo por reflejo de lo que disfruta el público. Al Canoso le gusta acompañar al cine a las señoras sin pareja, pero en esta ocasión no ha tenido suerte. La Señora del Perro se lo agradeció pero le dijo que estaba cansada y que se iba a dormir.

No era cierto. La Señora del Perro ha dicho que no porque sabe que aceptar la compañía del Canoso es

aceptar también el pase a la reserva en este viaje. Sería un refrendo de la edad que tiene y que se niega a admitir, sería una renuncia total a la compañía posible de hombres más jóvenes, más apetecibles. La Señora del Perro se ha quedado sin ver una película que le interesaba.

La Pelirroja se pone una mano enjoyada sobre la boca, musita:

—Si tienes sueño, vámonos...

El Pelirrojo se incorpora, protesta, contrae el ceño, mira fijo a la pantalla.

«Por favor, dime que no te irás»...

La Hermana Mayor se está viendo por dentro, odiándose por dentro. También ella lo dijo... ¿Hasta qué punto puede una persona olvidarse de sí misma? Y todo por un hombre, ese ser vanidoso, ridículo, petulante que la historia ha ido convirtiendo en rey de la creación, en la mayor estafa que vieron los siglos. Alto, gigantesco, petulante... Ella, humilde, implorando...

«Tengo que irme, ahora...»

Lo dijo casi con las mismas palabras. Y en ese mismo momento lo recordaba con precisión dañina, ella había empezado a endurecerse, a contemplarse, esclava estúpida pidiendo una limosna de cariño al dios blanco, al «Bwana». Y se había puesto de pie, muy alta, muy alta. Y en los ojos de él había visto el asombro que despertaba su cambio de actitud, su violento, revolucionario, cambio de actitud. Para siempre. Era la última vez que pedía, la última vez que suplicaba. Desde entonces fueron siempre ellos los pedigüeños, casi siempre inútilmente; a veces, pocas, aceptados como compañeros amables de unas horas. La cabeza armónica de facciones, muy alta, con una seguridad económica fuerte, la Hermana Mayor camina por la vida sin doblegarse ante nadie.

Y sola.

La Hermana Mayor mira hacia atrás. El marinero no está, como de costumbre, junto a la puerta de entrada. Se ven algunos uniformes destacando por su blancura en la semioscuridad de la última fila, pero los oficiales no se rebajan a ejercer funciones de policía como la de advertirle que está prohibido fumar. La Hermana Mayor coge con rapidez de avezada el pitillo del paquete sin sacarlo del bolso, el encendedor está ya en la otra mano.

Click.

Apenas una llamita medio oculta por el hueco de los dedos y el punto rojizo baja a esconderse entre las dos filas. La Hermana Menor le aprieta el brazo en un ademán de cariñosa reprensión. Ella guiña un ojo, sonríe como pidiéndole complicidad.

La Hermana Menor vuelve a mirar la pantalla, y la Mayor a mirarla a ella. La protagonista de su vida. Viven juntas, viajan juntas, duermen juntas. Y sigue sin conocerla. Intuye, sí, que como ella está sola, pero que ha llegado a su soledad por caminos totalmente distintos. Ella se había enfrentado con el hombre, luchado con él, acabado con él... Su hermana, en cambio, parecía haberlo dejado al margen del camino de su vida como algo agradable pero sin consistencia, algo etéreo, vago, que puede distraer durante un rato pero en lo que no puede fundamentarse nada, porque en realidad no existe. Tras su crisis, la Hermana Mayor había preparado sus defensas para proteger a su hermana de los ataques que a su sensibilidad lanzaría seguramente el Monstruo masculino. Había sido una precaución inútil. Cuando la Hermana Menor volvía de una cita con un muchacho, y ella la esperaba dispuesta a enfriar con su consejo y advertencia la embriaguez que unas caricias tenían que haber provocado, la Hermana Menor sonreía angélica, indiferente. Parecía regresar de una vuelta por las nubes... ¿Quién

puede angustiarse, combatir contra el efecto que pueda causar una nube en la vida de una muchacha?

Ahora la ve presa de las escenas de la película. Y piensa que eso, el cine, la novela, la poesía representan para su hermana la realidad. La vida diaria no pasa de ser una ficción.

Parece feliz. ¿Lo es? La Hermana Mayor se indigna por no ser capaz de medir la dicha de la persona que más quiere en el mundo. Luego se burla de sus dudas. ¿Acaso lo sabe de ella misma?

* * *

El Playboy tiene cogida la mano de la Viuda Alegre. La sujeta muy baja para que no se den cuenta los de las butacas vecinas, y mantiene el torso púdicamente separado del de ella. La sala del cine está más iluminada que la de la conferencia porque la pantalla refleja su luz sobre las filas, pero a él le basta el contacto que mantine para que la complicidad siga. La película de amor sirve de celestina. Cada frase dicha por Richard Burton la «repite» él con un apretón de mayor o menor fuerza.

«Si supieras cuánto te quiero...»

La mano se contrae sobre la otra largamente, como dictada por la emoción del actor.

«Ya no podré vivir nunca sin ti, ¿comprendes?»

Apretones de mano seguidos y rápidos como un «stacatto» de emociones. La Viuda Alegre acepta encantada la simbiosis entre lo que le llega por los ojos y lo que entra por los dedos. Es bonito ser al mismo tiempo pretendida por Richard Burton y por el guapo pasajero que ha tenido la suerte de encontrar. Quizá aquél sea más atractivo, más sexy. Éste, en cambio, está más cerca.

* * *

El marinero se inclina desde el pasillo.

—Por favor, señorita, le ruego apague el cigarrillo. Está prohibido fumar en la sala.

—¡Oh! —dice la Hermana Mayor—. No lo sabía, lo siento.

La Hermana Menor le da un codazo de reproche mientras se tapa la boca con la mano. A la Mayor la encanta haberla hecho reír.

Once y media de la noche, jueves

Le miran todos con la misma atención, pero las Tricoteuses lo hacen más descaradamente. Si el Gigoló no recibió al principio del viaje el sobrenombre que le correspondía fue porque su físico no era el esperado en su profesión. El Gigoló no era moreno, de ojos negros, delgado, tipo «latín lover». El Gigoló es rubio, alto, de espaldas anchas. Parece un Vikingo, dijeron los Pelirrojos, y así fue bautizado. Atraía la atención gustosa de todas las mujeres, la forzada de todos los hombres. El Deportista le admiró profesionalmente. ¡Qué dorsales! ¡Qué bíceps! Le veía como a un hermano mayor en el difícil y sacrificado camino de la Perfección Física, y desde el primer momento planeó ser su amigo y compañero. Se entrenarían juntos, intercambiarían ideas para encontrar el mejor método, seguiría sus consejos punto por punto. Pero para su decepción no le vio nunca en el gimnasio y mucho menos en el puente a la hora madrugadora en que él hacía sus ejercicios. Aparecía, sí, en la piscina pero con la misma dejadez de los fláccidos y los gordos, tumbado al sol sin utilizar lo más mínimo su afortunada anatomía.

Sólo de vez en cuando, muy de vez en cuando, se estiraba como un felino, se ponía de pie y se lanzaba al agua. En diez o doce poderosas brazadas cruzaba toda la piscina, parecía que volaba sobre las aguas; al llegar al final, apoyaba ambas manos en el borde y con un gesto de mínimo esfuerzo aparente se elevaba

grácilmente hasta quedar de pie en las losas. La primera vez que lo hizo, la sorpresa y la admiración produjeron la ovación del público. Él revolvió el rostro, asombrado —¿era para él?—, y sonrió entre triunfal y aniñado mientras recrudecían los aplausos. (Unas palmadas que duraron unos segundos más que las demás produjeron una crisis de veinticuatro horas en la Extraña Pareja.)

El título del Vikingo, sin embargo, no sobrevivió a la primera noche de gala. Cuando salió de su rincón cruzando la sala en diagonal, el atlético cuerpo bien enfundado en su traje de etiqueta, hubo en el ambiente un rumor de expectación. La Ampulosa ahuecó el escote y le sonrió abiertamente, las Hermanas quedaron expectantes, la Muchacha Joven levantó los ojos con esperanza, la Pelirroja compuso nerviosamente su cabello... El Vikingo siguió adelante y se inclinó ante la Señora de la Esmeralda.

—¿Le apetece bailar?

Hubo un fru fru de sedas al levantarse la invitada, un fru fru de comentarios en todas las mesas. «¿Has visto? ¿Habéis visto? ¿Os habéis dado cuenta?» Y el sello de la disconformidad social con una frase que creen definitiva: «¡Pero si podría ser su madre!»

Podría serlo, pero evidentemente ella no tenía ninguna intención de ocupar esa plaza. Mejilla contra mejilla, la Señora de la Esmeralda estaba viviendo el momento más feliz del viaje. Y por encima de esa dicha, los ojos de las demás mujeres llenos de envidia. Sólo envidia, estaba segura.

«Parecía que sabía que la iba a sacar hoy... Se ha puesto sus mejores alhajas. La sortija es impresionante... Yo la tengo en la mesa de al lado, y te juro que es la piedra más grande que he visto en mi vida... ¡Si le cuesta levantar el tenedor cuando la lleva puesta! ¡Qué exagerada eres! De verdad tiene joyas preciosas...

¿Por qué crees que la ha invitado a bailar? Ah, pero entonces, es... ¡Hija, no seas ingenua!»

Han pasado tres días. La relación continúa tórrida. La gente ha dejado de escandalizarse aunque siga observando atentamente sus pasos y tratando de informarse de más detalles sobre la pareja. Ya saben que él es submarinista de profesión, que ha realizado algunas películas para la televisión en su ambiente, que ella es viuda y dueña de una importante empresa de material eléctrico, que tiene tres hijas ya casadas...

—Qué dirán cuando se enteren...

—Depende de cómo sea el testamento del marido. Si se lo ha dejado todo a ella, aunque sea en usufructo, aguantarán lo que sea para no perderlo.

—Tú no dejarás que nadie nos separe, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza, sin palabras. El fuerte cuerpo está contra el suyo, arrebatándola. Nunca sintió nada parecido con su marido, el único hombre que la estrechó de cerca; era un hombre metódico y tranquilo, tenía algo de vientre... hacía el amor todos los sábados hacia la medianoche «en seguida después de comer es malo». Esos músculos de ahora que le llegan a través de la ropa de ambos le producen estremecimientos... No para de imaginar lo que será tenerlos directamente sobre su piel...

No puede hacer más que imaginarlo. Hasta ahora toda la pasión que el Gigoló demuestra en el baile, la presión de la cintura cuando los paseos nocturnos, se convierte en una amable y fría despedida al llegar de madrugada a su camarote. El beso es en la mano y, como mucho, en la mejilla. Un suave pero firme «hasta mañana, mi vida» y unos pasos que se alejan por el pasillo, mientras ella se queda frente al espejo, encendida de deseo y triste. Luego, poco a poco, el amor le dicta lo que quiere oír: «Es un caballero, todo un caballero».

Naturalmente, el Gigoló es lo contrario. Si no se

queda con ella en el camarote es porque está usando una técnica que emplearon durante siglos las doncellas que sabían poner la cabeza por encima del corazón o del sexo. Se trata simplemente de guardar la mejor carta, la más deseada, hasta conseguir a cambio algo concreto y sólido, mucho más importante que las bellas palabras de amor. El matrimonio, por ejemplo.

El Gigoló, a pesar de su aire aniñado, no es un novicio en su trabajo. El Gigoló lleva muchos años por el mundo y ha descubierto que la llamada aventura de viaje que se describe siempre como especialidad de los hombres, puede ser también privilegio femenino. La mujer, cuando pone en tierra los pies al desembarcar, lo hace tanto física como simbólicamente, enfrentándose con la realidad y a menudo dejándose dominar por ella. Hay pocos, poquísimos casos de viudas o divorciadas ricas y totalmente independientes. La mayoría tienen hijos, hijas, yernos, nueras, hermanos y hermanas que, a la vista del guapo mozarrón que baja por la pasarela acompañándola, encuentran toda la astucia imaginable para impedir un enlace que va a perjudicar sus bolsillos. Empieza el cerco de advertencias, de consejos, recriminaciones, recuerdos sentimentales... «qué diría el pobre de tu marido...» oscuras profecías «imagínate dentro de unos años esa diferencia de años que os lleváis...» «no seas loca», la gota de agua va transformándose en lluvia tenaz. Al final, ella acaba despidiéndose de él en una carta en la que menciona los felices momentos que pasaron juntos y acompañada de una ridícula pitillera de oro con iniciales, menguado premio a semanas de gastos y esfuerzos.

No. Demasiado fácil. Esta vez la obra se representará con otro argumento. Los «felices momentos» no lo serán del todo hasta que ella firme un compromiso de boda o dé otra muestra positiva de cariño; una casa a su nombre, por ejemplo. Mientras tanto la tác-

tica seguirá siendo la misma. Pasión en público —con lo que además la compromete—, frialdad en privado. Los besos lo bastante cálidos para que ella quiera algo más y su curiosidad vaya subiendo al compás del deseo, hasta que sea capaz de todo para satisfacerla. Entonces sí, entonces cumplirá. Sin demasiado entusiasmo, pero cumplirá. Y a los cuatro, seis meses, con unas propiedades aseguradas, dará ya igual lo que resulte de la unión...

Mientras tanto siguen bailando, mejilla contra mejilla, ella llena de vanidad y de entusiasmo. Él, llevándola por la pista con suavidad, con maestría de avezado.

El Playboy observa fascinado, como un atleta «amateur» contemplando las proezas de un profesional.

«¡Y encima, cobra!», piensa admirado.

* * *

Entran hieráticos, solemnes... Es un matrimonio alto, esbelto, los dos con el cabello gris. La hija, muy joven, es también alta y bella; va impecablemente vestida aunque un poco aparatosa —cara, demasiado cara, ha dicho la Señora de la Esmeralda, a esa edad hay que vestir más sencillo aunque se trate de cosas buenas—. Ocupan una de las mejores suites, se sientan en la mejor mesa, tienen reservada siempre otra en el salón, bien colocada para ver el espectáculo pero un poco retirada. No hablan con nadie, no son amigos de nadie. De vez en cuando se sienta con ellos un hombre de aspecto macizo y poco agradable. Se acomoda siempre junto al padre, y hablan en voz baja.

Ese nuevo elemento es el que ha dado al grupo el aspecto intranquilizador. Nadie sabe cuál es su camarote, nadie lo ha visto fuera del salón. Si está en clase Turista, es raro que le permitan entrar con tanta libertad.

El Playboy no lo notó siquiera al mirar hacia su mesa. El desconocido es una sombra y el Playboy no ve nunca sombras cuando la Mujer está proyectando esa luz que tanto le atrae. El Playboy vio sólo a la hija, hermosa, altiva. Se levantó, imantado por su aspecto, cruzó el salón para invitarla a bailar...

Pero a medida que se acercaba notaba una sensación nueva. Los ojos de los tres — azules los de la madre, grises los del padre y los del amigo — le miraban fijos, pero no con la curiosidad normal de una familia que ve a alguien acercándose para bailar con una muchacha. Eran los ojos de quien vigila, de quien observa la llegada de un posible adversario, de un posible enemigo. Al Playboy le pareció que todo el salón había quedado en silencio, incluso la música sonaba más baja. Tragó saliva, se inclinó ante los padres, luego ante ella.

La muchacha lanzó una ojeada rápida al padre, éste dudó unos segundos y bajó apenas los párpados asintiendo. La muchacha se levantó acercándose a él. Era casi igual de alta, la boca tentadoramente vecina a la suya.

Empezaron a bailar. Su actitud era la normal en su edad, bailaba muy junto, apoya su mejilla, decía lo que se dice... y sin embargo al Playboy le parecía que algo raro estaba ocurriendo. Por encima de su hombro seguía viendo la expresión dura, tenaz de la familia. Ni siquiera en la madre aparecía la típica llamita de orgullo ante el aspecto de la muchacha exhibiendo un cuerpo armonioso en una ropa impecable... «Teniendo éxito»...

Playboy decidió adelantar la etapa segunda, la que sigue a los bailes. Le retuvo la mano al terminar una pieza.

—¿Salimos a tomar el aire a cubierta?

La muchacha denegó con la cabeza, pero se acercó de nuevo, más que antes, al reanudarse el baile. Siguie-

ron juntos hasta terminar la música y empezar el espectáculo. Volvió a invitarla después, estuvieron juntos de nuevo, cuerpo contra cuerpo, al compás de la orquesta. Ella parecía a gusto. Rozó varias veces la oreja con sus labios; en una ocasión, con el pretexto de preguntarle, como un secreto, su nombre. Ella se lo dijo y luego se separó un poco para mirarle a los ojos; parecía asombrada de su falta de reacción.

Playboy se impacientaba. Los tres del fondo seguían mirando fijos. Al Playboy le parecía que estaban allí mismo, bailando con ellos, en la más ridícula estampa de ballet moderno. Dijo una verdad que muchas veces había usado como pretexto: Hacía mucho calor en la sala, se ahogaba. Si intentaba de nuevo... quizá antes se había precipitado.

—¿Por qué no vamos a dar una vuelta? Hay luna llena.

No la había, pero daba igual. No recordaba jamás que la persona a quien sacara a un puente o a un jardín con ese pretexto, le hubiera echado nunca en cara su error planetario. En este caso no pudo comprobarse. Ella le volvió a decir que no y en sus ojos brilló un curioso asombro. Como si se extrañara de su audacia. Y no era por gazmoñería, estaba seguro. Un cuerpo no miente cuando se acerca a otro...

La vio luego varias veces en la piscina, siempre acompañada, siempre arropada por el grupo. Contestaban correctamente a su saludo, pero la única que sonreía era ella y jamás le invitaron a sentarse. Playboy permanecía unos minutos de pie, hablando de la temperatura del agua o del aire, sintiéndose objeto de las miradas de todos; incómodísimo. La vio también en el cine, naturalmente sentada entre el padre y la madre. La única oportunidad de hablar con ella a solas era el baile.

—¿No eres lo bastante mayor para salir sola?

Otra vez la asombrada mirada, una mirada que

mostraba más pasmo por la pregunta que por su propia situación.

Al cuarto día, el Canoso le llevó aparte; tenía que decirle algo muy serio y muy importante. El Canoso estaba en sus glorias dando esos informes que tenían que conseguirle el agradecimiento del Playboy, el ser más popular de a bordo. Era a propósito de esa chica que sacaba a bailar... Él, naturalmente, siendo hombre de mundo había oído hablar de la Mafia, ¿no? Sí, ¿y qué tenía que ver? Un momento, no se precipite, ¿qué nombre le había dado la muchacha?... Exactamente, ése era. ¿No le sonaba? ¿No recordaba los reportajes, incluso los libros donde aparecía ese nombre, una de las Familias famosas? Ahora podía explicarse la vigilancia continua de los padres, su aislamiento, la presencia del otro. ¿Quién era el otro? El típico guardaespaldas, ¿no lo parecía? Todo quedaba claro, la falta de hospitalidad, de sentido del humor, la desconfianza... ¿Cómo sabía que al Playboy no le enviaba alguien con malas intenciones?

El Playboy no había ido nunca con malas intenciones o al menos nunca las consideró así. Quedó aterrado, y aquella noche durmió poco, contra su costumbre. (El Playboy dormía todo lo que le pedía el cuerpo, porque como él decía, «¿quién soy yo para luchar contra la naturaleza?») En su atormentada vela volvió a ver películas de Elliot Ness y «El Padrino», volvió a leer todas las páginas que había hojeado sobre el mundo cruel y misterioso de los bajos fondos norteamericanos. Empezó a verse como parte integrante de aquellos relatos, protagonista incluso de las sangrientas narraciones. Se imaginaba caminando por el puente en la oscuridad, «notaba» el golpe súbito en la nuca, la caída en el mar como un saco... o la entrada silenciosa del «otro» en el camarote —no importa que la puerta esté cerrada, saben cómo abrirla—, y

de pronto una almohada que le oprime la boca y la nariz, unos pulmones que se quedan sin aire...

¡Dios! Se despertó con un sudor frío en todo el cuerpo. Playboy no es ningún héroe. Admira el tipo de Don Juan y se esfuerza en imitarle, pero sólo en su actividad amorosa, no en la duelística. Las únicas luchas cuerpo a cuerpo que gustan al Playboy son las que tienen contrincantes femeninos. Y además hay que cuidar el físico, ¿qué haría sin su físico? ¡Oh, el trágico final del personaje de «Dulce pájaro de juventud»!

No volvió a acercarse a la muchacha, y mucho menos a invitarla a bailar. Curiosamente ella no pareció resentirse por su abrupto cambio de actitud. Cuando la encontraba por los pasillos, ella le sonreía con el mismo afecto, incluso con más énfasis en el saludo, como si hubiera comprendido perfectamente la razón.

Nadie volvió a sacarla a bailar, pero tampoco eso influyó para nada en la expresión de la chica, en su forma de actuar. Seguía entrando en el salón todas las noches, siempre acompañada de su escolta, se sentaba, observaba atentamente a los que seguían el compás, sin sombra de envidia, sin sombra de crítica. Parecía que había aceptado sin protesta su papel de Princesa a la que se viste de oro y brillantes a cambio de estar sujeta para siempre a la vigilancia del dragón de las siete cabezas.

Tres, en su caso...

* * *

Los Recién Casados caminan por entre las mesas levemente azorados. Los Recién Casados luchan entre las ganas de gritar al mundo su felicidad y la vergüenza de expresar sus sentimientos. Los Recién Casados son jóvenes, y como jóvenes, generosos. Como un millonario que tuviera el pudor de esconder su riqueza

ante gente privada de medios de vida, a los Recién Casados les parece de mal gusto exhibir su dicha ante quienes no tienen la suerte de poseerla. (Según su baremo, todo el barco.) Por otro lado les cuesta esconderla...

Y así van por el mundo alternando miradas y caricias con falsas expresiones de indiferencia cuando creen que les observan demasiado. En el momento del baile, sin embargo, sólo priva el primer sentimiento, el más fuerte. Al estar enfrentados el uno con el otro, se engañan adrede con la idea de que no les ve nadie. Los cuerpos unidos, los ojos no dejan a los ojos, las manos de estrechar las manos, los brazos de ceñirse... La música cambia de ritmo, y ellos mantienen el suyo; el suave «blues» pasa al desenfrenado «rock», el tango cede el lugar a la «bossa nova», pero ellos siguen el mismo compás, unos pasos en una dirección — breves — y otros en la contraria — también breves. A veces el maestro da la señal que lanza a los pasajeros a la conga. Por unos momentos los Recién Casados quedan entonces incongruentes en el centro de una bulliciosa espiral que agrupa a todos los demás bailarines, hasta que alguien protesta. Entre gritos y risas el abrazo es deshecho casi a la fuerza y ellos incorporados a la serpiente, las manos apoyadas en las caderas de quien les precede.

La conga — del jabuco
ya viene — caminando...

Pero basta que termine el baile para que, como imantados, corran al encuentro uno de otro, cuerpo con cuerpo, cara con cara, y sigan despacio a solas con su destino, impermeables a los comentarios y a las miradas ajenas.

Miradas para todos los gustos. Para Siempre Encorbatado es una vergüenza que se exhiban así los

sentimientos amorosos. Que él no está ¡cuidado! en contra del amor y del afecto claramente manifestado, pero que hay un sitio para cada cosa. En este caso, el lugar adecuado es naturalmente la intimidad del camarote.

La Chica Joven siente al verlos una mezcla de ironía y envidia.

Le parecen un poco ridículos, ñoños, demodés. No se ve a sí misma capaz de dar un espectáculo parecido; eso es para otras generaciones. El amor de hoy — se dice — no se basa en romanticismos ni claros de luna. El amor de los chicos modernos, de su edad, se fundamenta en la comprensión entre dos inteligencias y también, ¿por qué no?, entre dos cuerpos, pero lo más importante no es la atracción intelectual ni la sexual. Lo más importante es que los dos estén de acuerdo en la concepción básica de la vida, de acuerdo en luchar contra las injusticias sociales, contra la discriminación racial, contra la guerra, contra el envenenamiento del planeta por empresas egoístas y poderosas, ávidas sólo de enriquecerse sin pensar en los demás...

La ecología y los países del Tercer Mundo, en cambio, están muy lejos de la Pelirroja cuando mira a los Recién Casados. En su imaginación está quitando mentalmente algo que pesa en su vida matrimonial. Quita años, quita arrugas, quita peso... y se encuentra de pronto con una pareja muy parecida a la que ocupa en estos momentos el centro de la pista, una pareja con las mismas ilusiones y el mismo apasionamiento, una pareja que todavía no ha oído un ronquido, un «déjame en paz», un «¿por qué no me dejas leer el periódico?», un «¿no tienes todo lo que te hace falta?», un «ya ha pasado la hora de los romanticismos para nosotros».

—¿Qué piensas? — pregunta el Pelirrojo—. Se te ha puesto una cara feliz...

—Nada, tonterías mías. Son simpáticos, ¿verdad?

El marido los mira lejanamente. A él no le dicen nada. Los contempla como un espectáculo con el que no se siente identificado en absoluto. En él no se ve a sí mismo, en ella no reconoce a su mujer cuando era joven. Los ve lejanos, como seres de otro planeta que, además, no tiene ningún interés en visitar.

Para el Playboy, la pareja tiene sólo un inconveniente: que quien abraza a la mujer es otro. No es que la muchacha sea demasiado de su agrado; tiene un perfil agudo, los ojos de pájaro asustado y el cuerpo no parece demasiado atractivo a través del vestido, pero eso importa poco. En principio quien llame la atención con una muchacha tiene que ser siempre él.

—Buenas noches, señoras y señores... ¿Están ustedes bien? Me alegro de verles tan numerosos en la gran fiesta de gala del Comandante. ¿Le damos un aplauso a nuestro Comandante? Bravo, muy bien, muchas gracias.

El Hombre Orquesta está al micrófono con su sonrisa más brillante, más de teclado, la sonrisa del champán que se ha servido gratuitamente, una sonrisa especial para acompañar la camisa blanca de los hombres, las joyas de las mujeres.

—Hoy vamos a hacer unos juegos nuevos, unos juegos que todavía no conocen ustedes, unos juegos, como todos los de aquí, que sólo pretenden divertirnos un poco y que ustedes se conozcan mejor. Vamos a ver, maestro, un toque de atención... Bien, gracias. Ahora, por favor, necesito tres señoras y tres caballeros...

El Hombre Orquesta mira alrededor, a las mesas que el foco ha dejado en la semipenumbra, una mirada que quiere ser dubitativa pero que resulta una farsa. El Hombre Orquesta sabe perfectamente quien va a salir a la pista. Los Gordos, la Ampulosa y el Canoso serán los primeros voluntarios. A los demás tendrá

que ir a buscarlos personalmente tras llamarlos reiteradamente por el micrófono; en algunos casos, por auténtica modestia, en otros para hacerse de rogar. Sabe también que no debe invitar en ningún caso a los Recién Casados. A él no le gustan nada los juegos en que ella tenga que estar en contacto excesivo con un pasajero. (El Recién Casado llama contacto excesivo al que supera el estrecharse las manos.)

—Uno, dos, tres... ya tenemos a todas las señoras...

No falla nunca, las mujeres se animan siempre. Acostumbradas a que las miren desde niñas, se sienten como en su casa bajo la luz de los focos. Los hombres son más reacios...

Menos en el caso de los Estudiantes, claro. Pero el Hombre Orquesta sólo recurre a ellos en última instancia y cuando de verdad es imposible el juego sin su presencia. Los Estudiantes son más rápidos, más listos que los demás. Sólo con su presencia en la pista parecen arrojar su juventud a la cara de todos. El Hombre Orquesta sabe que un viaje por mar es una aventura para la gente madura, que ellos y ellas se sienten relajados, alegres, olvidando oficina y familia. La música está preparada para que vuelvan a los viejos tiempos, para que puedan deslizarse con los bailes de antaño sintiéndose volver a los veinticinco, a los treinta años.

Al ser casi todos los pasajeros de primera clase de edad parecida, se encuentran así en un falso mundo anacrónico pero que se les antoja veraz. Pero cuando los Estudiantes irrumpen en la pista se revela de pronto la falsedad de la situación. Las ágiles evoluciones de los muchachos destacan la lentitud de los mayores; sus caras tersas, las arrugas ajenas... como si alguien diera de pronto un puñetazo a un mundo de cristal.

Por eso el Hombre Orquesta procura no poner a

sus pasajeros ante el espectáculo de sí mismos, y no invita casi nunca a los Estudiantes. Al contrario, en varias ocasiones y en tono confidencial, como quien se juega el cargo, les ha aconsejado que vayan a bailar a Clase Turista, donde encontrarán gente de su edad. Y los Estudiantes en general le hacen caso. Volverán a Primera cuando el juego que se ofrezca sea más atractivo para su juvenil apetito: la hora del «buffet» nocturno.

Doce de la noche, jueves

—Lo que la gente tiene, es mucha hipocresía...

Era uno de esos razonamientos que todo el mundo sabe pero que, en general, nadie dice. Por eso los situados en la mesa de la Hermana Mayor la miraron expectantes.

—Me refiero a la cuestión de los negros. ¿Quién se atreve a decir que es racista, que los negros son inferiores?

El silencio era casi opresivo. El Marqués lo interrumpió con una frase suave, dicha lentamente.

—¿Se atreve usted?

Hasta las cucharillas dejaron de chocar en los bordes de los platos, los vasos de tintinear; la voz de la Hermana Mayor sonó rotunda.

—Yo, sí.

«¡No! ¡Bueno! Es mucho decir... exageración... la gente nace igual... son seres humanos.» Los comentarios se acumulaban. Todos habían lanzado su mirada a la espalda, como si detrás de cada uno hubiera un negro gigantesco armado con una maza. Lo que en realidad temían era algo menos tangible pero más violento y feroz, llamado Opinión Pública. Y la opinión pública del tiempo considera como atentado a las normas de cultura y educación liberal el sostener que un negro pueda ser inferior a un blanco. El Marqués insinuó:

—¿No cree usted que la inferioridad del negro se

debe a su educación, que ha sido mucho más descuidada que la del blanco?

El Profesor le miró con curiosidad. La pregunta había sido en tono deliberadamente blando, suave, sin ninguna animosidad, casi como una retahila de lugares comunes. La impresión que tuvo el Profesor era que el Marqués estaba totalmente de acuerdo con la Hermana Mayor y que no se atrevía a decirlo; él, desde su título, no podía destacar más su calidad de perteneciente a una minoría blanca, rica, noble, que durante siglos había dominado a la mayoría de razas, negros, pobres, plebeyos. Pero ahora escuchaba con evidente placer la catarata de palabras que acababa de provocar.

—El arranque de la sociedad ha sido la misma para todos. Como gustaría de oír nuestro amigo —el Deportista se sintió halagado ante la alusión, nunca le hacían caso—, tras el disparo de salida las razas empezaron juntas. La Blanca llegó antes al poder, la negra fue vencida y esclavizada.

—Aquello fue horrible. — La Señora del Perro alzó los ojos al cielo. El libro que había leído con mayor interés en toda su vida — también era uno de los pocos que entendiera — se llamaba «La cabaña del Tío Tom».

—Hubiera sido igual de horrible de haber llegado la raza negra a la posesión de las armas de fuego y a la organización militar, antes que los blancos. Pero yo, personalmente, no tengo ninguna sensación de remordimiento por lo que ocurrió hace siglos y no pienso pagar los pecados de mis padres inclinándome ante un hombre porque tenga la piel más oscura que la mía.

Su hermana la escuchaba con los ojos bajos. Era la única entre los asistentes que sabía distinguir en la áspera expresión el sujeto principal del anatema. El Hombre Negro era el objeto, pero había en ella más

odio al Hombre que al Negro; al elegir para su diatriba al Hombre de color, su hermana había escogido una caricatura para poder aventar impunemente su odio al retrato.

Los demás estaban un poco nerviosos; esa declaración en voz alta les parecía extremada, exagerada, casi, casi obscena. Tan obscena como los pensamientos eróticos que todos tenían y que también se guardaban de decir en público.

El camarero llegó a recoger el servicio, y todos se callaron; como si su llegada acentuase su confusa sensación de culpabilidad hacia todos los que están en la parte baja del mundo, desde el discriminado por raza al discriminado por pobreza.

Al verles parecía que el camarero iba a salir de aquel lujoso salón para ir a la bodega a enardecer a los fogoneros y maquinistas; negros, amarillos, desastrados, sucios, pobres, incultos, aparecerían luego en la puerta blandiendo cuchillos o, más simbólico todavía, hoces y martillos. Cuando el camarero se retiró, el Marqués se volvió obsequioso al Profesor.

—Ilústrenos. ¿Qué opina de lo que dice aquí nuestra amiga?

El Profesor junta las manos; adora ser llamado a la tribuna pública por difícil que sea el tema. Muchos años de oficio convierten en más familiar el estrado que el salón, y se siente más cómodo de pie tras el atril que en la mejor butaca. Sobre todo cuando, como en este caso, está seguro de que la atención será total. En tema tan delicado, los presentes no quieren otra cosa que descargar en alguien la responsabilidad de pensar y hablar por ellos.

—En realidad — empieza, la postura de la humanidad en los últimos tiempos ha dado un giro de noventa grados en relación con las razas de color. Lo más revelador, para mí, en este sentido, fue lo ocurrido en la selva venezolana hace ya algunos años; quizá algu-

no de ustedes recuerde la muerte de unos misioneros por parte de unos indios a los que habían ido a convertir. —Mira alrededor; el Marqués y el Señor Cojo son los únicos que asienten—. Pues bien, esa agresión («¿por qué no habrá dicho crimen?», se pregunta el Marqués) fue totalmente ignorada por el occidente. Lo que hubiera representado sólo unos años antes la llegada de una expedición de castigo con aviones lanzando «napalm» sobre los desvergonzados que se atrevían a desafiar a la raza de los señores, quedó en una simple lamentación. Por vez primera los blancos se preguntaron qué derecho tenían a entrar en territorios y en conciencias ajenas.

Se detiene para beber un sorbo de agua. Le parece estar en su cátedra.

—Y lo mismo ha pasado con los negros y los amarillos. Los blancos han tenido de pronto un gran remordimiento —ya sé que usted no lo sentía, amiga mía—, pero en general así ha sido y efectivamente, como muy bien ha hecho usted notar, el péndulo ha ido ahora al otro extremo; de asegurar que los negros no servían para nada, se llega a elegirlos con prioridad sobre los blancos, en el cine, en el Banco, en la univerdad. Desde no invitarles, a que sean el huésped más preciado por la dueña de casa.

—Nuestra amiga sostiene que son inferiores —apunta el Marqués, y el Profesor detiene un momento el hilo de su pensamiento para concluir que la aristocracia puede estar unida a cierta mala intención.

—La inferioridad de los negros, la llamada inferioridad de los negros... Como ustedes saben, la discusión lleva largo tiempo entre dos escuelas. La que sostiene que el hombre nace, y la que sostiene que se hace. La primera, que cada vez defienden menos, esto es verdad, atribuye la poca capacidad intelectual o científica mostrada hasta ahora por los negros a su

conformación cerebral. La segunda sostiene que todos los niños nacen iguales y que el desarrollo de sus capacidades está en razón directa con el ambiente en que crecen, ambiente que va desde el espacio físico que tienen — estudia mejor un niño en un cuarto solo para él que si lo comparte con sus hermanos — al espacio moral e intelectual, buenas escuelas, buenos libros; circunstancias éstas a las que está generalmente unida una situación económica deficiente. En el caso de los negros...

—¿Por qué?

—Ah, eso yo... se debe a circunstancias históricas... la esclavitud.

—Pero en África, su África, no había esclavitud. Eran ellos los señores.

La Hermana Mayor mientras habla acciona con el cigarrillo, que parece apuntar al corazón de sus oponentes.

—Dicen que las circunstancias metereológicas... el calor tremendo de esas zonas no permite el florecer de una cultura.

—¿Cómo explica entonces el Egipto de los faraones?

—Señorita, me estoy esforzando en explicar el estado en que se encuentra la situación en este momento.

Todos están un poco incómodos. El Deportista invita a la Hermana Menor a bailar; la conversación se trunca, se disgrega en varias pequeñas. La Señora de la Esmeralda se inclina hacia la Hermana Mayor.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted. Los encuentro horribles; a mí me dan miedo.

—¿Y por qué no lo ha dicho antes?

Sin querer casi le ha echado el humo en la cara. Lo airea con la mano en un gesto rápido para hacerse perdonar.

—No es nada. Es que como ustedes saben tanto...

no me atrevo... Por cierto, usted tendrá estudios universitarios, ¿no?

—Licenciada en Antropología.

—¿En qué?

—An-tro-po-lo-gía.

—Ah, ¡qué interesante!

El Señor Cojo se vuelve hacia el Marqués.

—¿Ha comprendido usted de qué lado está el Profesor?

—No creo que haya pretendido que lo comprendamos.

El Señor Cojo reflexiona.

—Me gustaría saber la opinión de esta gente sobre los judíos, otro tema apasionante.

—Nadie se atreve a abrir esa clase de discusión — dice el Marqués.

—¿Por qué?

—Porque al judío no se le conoce de lejos, como al negro.

Una de la madrugada, viernes

Los reglamentos internacionales exigen que en la proa de los barcos no haya la menor luz, para que sea siempre visible la que procede del mar, la luz que puede significar la salvación del buque cuando indica un escollo, la salvación del hombre cuando revela la barca perdida del náufrago. Desde su puente de mando el oficial de guardia tiene que estar frente a una inmensa pantalla oscura en la que pueda destacar, nítida, la señal de vida.

Por ello esa parte del barco es la única que mantiene intacta la visión que fue familiar a los tripulantes de las naves fenicias, de las carabelas, de los galeones... una proa hendiendo el mar y la noche cuajada de estrellas envolviendo al espectador. Si éste miraba hacia atrás le herían las luces del palo mayor con su radar girando a la búsqueda del peligro invisible; más allá, las que iluminaban los puentes; y luego, las que festoneaban la piscina. La línea mágica corría verticalmente al terminarse el puente de mando. Desde allá hasta la proa era todavía la navegación pura, la simbiosis del casco y el mar. Desde allá hacia popa era la navegación-comercio, el turista, la mercancía.

A la Hermana Menor le encantaba subir a gozar de la parte que había permanecido virgen. Se escapaba del salón — tranquilizando con un guiño la mirada ansiosa de la Mayor — y subía, a veces difícilmente por el vestido largo, la escalerilla. Se apoyaba en la

barandilla y permanecía largo rato respirando el olor salobre y bañando sus ojos, turbios de humo y de luces, en la oscuridad. A veces el viento la empujaba fuertemente hacia atrás, y ella se mantenía agarrada, feliz, como una niña que sabe que el gigante que levantaba sus cabellos y su falda no abusaría jamás de su superioridad física para hacerle daño.

De tiempo en tiempo pasaban sombras, otros pasajeros que como ella buscaban la soledad y que, conscientes de esa hermandad sentimental, no intentaban siquiera saludarla. También había gente que buscaba esa soledad en compañía. Al reflejo leve de las estrellas podía ver dos seres unidos formando un cuerpo, confundiéndose contra el fondo blanquecino del mástil. Silenciosos.

Cuando se arranca al encanto, sigue a lo largo del Puente de Botes sin dejar de mirar al mar, recorriendo con los dedos, como en una escala musical, toda la borda. El agua que viene oscura de la proa va cobrando vida a medida que pasa ante los iluminados ojos de buey y se va convirtiendo en blanca espuma abriéndose en un encaje cada vez menos tupido. La Hermana Menor la sigue; si no hay nadie, corre un poco para conseguir la ilusión óptica de que el barco está en suspenso.

Al terminar el puente baja la escalerilla, cruza la piscina de Turista y queda acodada en la popa para contemplar la apoteosis de esa representación de agua y luz. La tímida espuma que hasta ahora ha seguido dócilmente la línea de flotación, paralela a la nave, estallaba de pronto al compás de las hélices, en una sinfonía de blancos grisáceos girando en torbellino que formaban primero un haz y luego un árbol que abriera sus ramas hasta perderse en el horizonte a ambos lados. Con las manos haciendo anteojo, la Hermana Menor intentaba proteger esa última visión de la fuerte intensidad de las bombillas de popa (una

feria, se quejaba), luego suspiraba y reemprendía el camino —escalerilla, puente de primera, ascensor, pequeña parada en el lavabo para ordenarse el pelo— hasta el salón.

Desde la puerta veía inmediatamente la mirada preocupada de su Hermana Mayor transformándose de alegría; el cigarrillo siempre en los labios, lanzaba dos o tres chorritos de humo que era como un saludo que sólo ellas conocían. Cuando se sentaba a su lado le hacía pagar su tardanza con un leve sarcasmo.

—¿Has dejado un poco de paisaje para los demás?

—He dejado lo único que no he podido robar... No sabes lo que te pierdes.

—Una noche de éstas te acompaño.

Sabe que la Hermana Mayor no lo hará jamás. Y se lo agradece.

Dos de la madrugada, viernes

Medio barco está haciendo el amor.

Hace el amor el matrimonio maduro con el mismo repetido gesto de hace años, cuando empezaron. Son sobrios, poco imaginativos... tienen por el sexo lo que los teólogos morales llaman una atracción sana. Han oído hablar de posturas distintas, de placeres prohibidos, pero no han querido profundizar nunca el tema. A ellos les basta el placer que consiguieron en los primeros días del matrimonio y no aspiran a más. Utilizan la postura clásica, la postura misionera...

(... Así la llamaron en la Polinesia cuando los indígenas vieron indignarse a los primeros pastores protestantes que allí llegaron. Así no se hacía... así lo hacían sólo los animales... los hombres y las mujeres son seres humanos y se miran en el amor... Los indígenas, impresionados, cambiaron de postura y bautizaron la nueva con el nombre lógico.)

... como un émbolo que funciona pausadamente, sin velocidades excesivas ni detenciones masoquistas. Normal. Sólo en el último momento se activa un poco el ritmo. El matrimonio pelirrojo termina. No hay más que un respirar más fuerte, no hay gritos, ni siquiera suspiros vehementes... Los vecinos jamás han aplicado la oreja a la pared medianera para refocilarse ante los sonidos reveladores... El matrimonio pelirrojo sabe mantener en todo momento una gran dignidad.

Él goza siempre, claro. Ella, la mitad de las veces,

pero no se ha quejado nunca. Aún sin querer ha oído a veces confidencias de otras esposas que no alcanzan ni siquiera ese confortable cincuenta por ciento. Esta vez suspira un poco más fuerte que de costumbre porque se ha quedado a las puertas... pero se conforma. Habrá otras oportunidades en el viaje. Su marido está mostrándose más activo que de costumbre, como ella imaginaba, porque con la oficina ha abandonado en tierra firme la preocupación que le ahogaba el apetito venéreo al llegar la noche. Aquí sólo come, bebe, baila y hace el amor.

Medio barco está haciendo el amor...

Cada uno a su manera; el Playboy, como un virtuoso. Lo que en el marido pelirrojo es rutina, en el Playboy es exhibición, interpretación, sabiduría y magia. El Playboy pone en el acto todos sus sentidos corporales y aún los mentales; la memoria, la observación, la imaginación; se mueve pero sin atropellarse, con una perfecta claridad de mente, sabiendo perfectamente a dónde se dirige cada una de sus caricias. Su actividad multiplica sus posibilidades corporales; La Viuda Alegre juraría que el Playboy tiene diez manos, diez mil dedos ágiles, suaves, perturbadores, dos, tres bocas. La Viuda Alegre empieza a agitarse, la Viuda Alegre empieza a sentir que le sube un ronroneo desde el estómago que va creciendo, creciendo, creciendo...

El Playboy se detiene un momento y susurra:

—Por favor, mi vida, te van a oír...

* * *

La Señora del Perro está leyendo una novela de Jacqueline Susan. La Señora del Perro levanta a veces la vista del libro para fijarla en el techo por donde le llegan, muy filtrados, los ruidos de la orquesta. La Señora del Perro iría con gusto a bailar pero no ha en-

contrado a nadie que la invitara. La Señora del Perro echa de menos a su Kiké apoyada en su regazo dándole al menos el calor si no el perfume de un hombre. Vuelve a ver la entrepierna del camarero joven. ¿Cómo ha dicho que se llama? Si ahora entrase aquí, de pronto, fingiendo que le ha llamado... la Señora del Perro tiene un estremecimiento de anticipación entre el miedo y el deseo. La Señora del Perro coloca su mano en el bajo vientre y la retira luego con un gesto de irritación contra sí misma. Vuelve a abrir el libro.

Jacqueline Susan no consigue distraer la imaginación de la Señora del Perro.

* * *

La Extraña Pareja está en su camarote, cada uno en su litera, cada uno con una revista en la mano. La del rubio es «Vogue», la del Moreno «Time».

(«¿Cómo puedes leer esa bazofia?» «¿No te aburren esos semanarios pedantes?»).

La Extraña Pareja está en silencio porque ha habido una pequeña discusión entre ellos una hora antes. Ambos están pendientes del gesto del otro.

Si al menos me mirara —piensa el rubio—, pero con su orgullo...

Si al menos dijera algo —piensa el moreno—, pero es tan testarudo...

(Las Extrañas Parejas sufren lo mismo que las Parejas Normales.)

* * *

El camarero de la Señora del Perro está pensando si le conviene arriesgarse. La mirada de la Señora del Perro era muy clara, su sonrisa también. Si entrara... Buenas noches... señora... ¿ha llamado? O sencillamente cerrar la puerta con un dedo en los labios y acercarse a la cama con gesto seguro y los brazos ha-

cia adelante. No hay duda que le acogería con una sonrisa de bienvenida.

El camarero se revuelve en su litera y mira al compañero que ronca. Ése sólo piensa en comer y dormir. Nunca llegará a nada. Él, en cambio... La Señora del Perro debe de tener mucho dinero... si se encaprichara de él... ¿por qué no?, ha oído de varios compañeros suyos que resolvieron su futuro con una rica pasajera. En la vida lo que hace falta es audacia.

El Camarero se sienta en la cama decidido a todo. Permanece así unos minutos, la vista fija en el suelo y luego, lentamente, vuelve a acostarse. Y si ella, por el contrario, gritara, llamara al timbre...

Suspira y apaga la luz. Esperará que le dé una señal más clara.

* * *

Medio barco hace el amor.
Otro medio barco ya ha hecho el amor.
Otro medio barco no hará nunca el amor.
Hay muchos barcos en un barco.

* * *

En el Vestíbulo 53 hay amor físico, pero no intención compartida. La imaginación del Siempre Encorbatado va de la mujer yacente bajo él a un paraíso imaginario en que estuviera solo bajo una palmera, con sólo el mar y la arena a su alrededor.

No es que Siempre Encorbatado no guste de su mujer. Le atraen su formas rotundas, su boca antigua con dibujo de corazón; tampoco le han apetecido jamás otras carnes femeninas. Lo que le ocurre a Siempre Encorbatado es que se siente un poco mayor para para tal capacidad erótica. Después del acto siente una cierta languidez, y ha empezado a experimentar con angustia que se le iba la cabeza y olvidaba números de teléfono antes muy presentes en su memoria. In-

tentó transmitir su procupación, y la confesión fue recibida con murmullos de paloma en celo — es lo que ella parecía siempre...

—No me diga mi vidita que está cansado de su amorcillo... que ya no le gusta...

Siempre Encorbatado no quiere defraudar esa ilusión ni confesar su derrota física.

—... bueno, déjame al menos estar junto a ti, mientras concilias el sueño. No me sentirás siquiera.

Siempre Encorbatado querría decir que no, que ya sabe cómo terminan estas cosas, pero no lo hace por debilidad de carácter y por debilidad de la carne. Luego sucede lo que sucede. La pierna que avanza, la mano que se pierde...

En casa, con su rutina diaria, Siempre Encorbatado logra rehuir el compromiso. «Buenas noches, mi vida, mañana tengo que levantarme temprano, tengo una cita importante», un beso somero y media vuelta al lado contrario. Pero aquí, en el barco, ¿cómo puede inventarse una cita a las nueve de la mañana? Tenía que haberse negado a tomarlo. El barco es erótico en todo. En el descanso obligado, en la vista del mar, en el baile, en la oscuridad cómplice del cine, en la estrechez del camarote que obliga al encuentro constante de los cuerpos... El avión, en cambio, es mucho más aséptico...

—¡Ay, mi vida! Me haces siempre tan feliz...

Él también lo es, ¡qué duda cabe!, pero su preocupación le acosa y se autosugestiona. ¿Ve como antes? ¿No tenía una respiración más reposada después? Siempre Encorbatado casi se traiciona con un suspiro pero llega a tiempo de convertirlo en un jadeo amoroso.

—Y tú a mí, mi cielo, y tú a mí...

Acaricia lo más dulcemente que puede los carrillos redondeados de su esposa mientras se tiende a su lado, mirando el techo. Ella apoya la cabeza en su hombro,

cansada y satisfecha. Y él piensa de pronto en la doctora Aslan, de Rumania.

* * *

En cada uno de los camarotes el tema del amor se debate entre dos personas. En el C-212 sin embargo, los interesados son cinco. No se trata de una orgía. Los camarotes de los barcos son muy pequeños para el amor en cónclave. No. En el C-212 ocurre algo que interesa a los dos envueltos en amoroso abrazo y a tres personas más que están charlando en el salón ahora semioscuro. Lo que ocurre es que ese camarote va ocupado por los cuatro estudiantes que decidieron tomar el único local de primera con cuatro literas, en vez de ir en segunda, dos a dos. La idea era buena porque la diferencia de precio era mínima y pagaban con sólo una incomodidad pasajera —la de la noche— la mayor comodidad durante el día. Pero al surgir la aventura...

Esperar en un salón cuando quiere uno acostarse, es molesto. Esperar en un salón cuando se sabe que en el propio espacio vital se agitan los cuerpos de dos amantes, es más desagradable. Los tres compañeros intentan hablar de otras cosas, de los recuerdos de tierra, de sus esperanzas profesionales para el mañana, pero en el fondo todos están pendientes de lo mismo. Del afortunado colega que está gozando mientras ellos se quedan a la intemperie. No importa que la calefacción del salón sea buena. La intemperie sigue existiendo porque es una intemperie moral, una intemperie sexual. Ellos son tres, el otro es uno, y sin embargo, curiosamente, los que se encuentran solos son ellos. La conversación, tras cada silencio, vuelve testaruda al mismo tema.

—Desde luego... también se pasa el tiempo el chico...

—Él pasándolo bien, y a nosotros que nos parta un rayo...

—No, yo me preocuparía más de los que se quedan fuera de casa; porque en el fondo nos deja fuera de casa...

—Tú harías lo mismo que él. Sacarle el máximo posible. A lo mejor no se le presenta otra ocasión.

—¿Por qué no se le va a presentar?

El dudoso, en realidad, quería confirmar en su propio interés de que no ocurriera. No era justo que el menos guapo, el menos simpático del grupo obtuviera ese éxito.

—No, si puede ocurrirle, pero es difícil. El marido, a lo mejor, se entera.

—Yo creo que no le importa. ¿Qué crees tú que piensa que hace su mujer a esta hora, fuera del camarote?

—Habrá dicho que iba a tomar el aire a cubierta.

—Ya. Y él se lo ha creído.

Silencio. En la semioscuridad brillan las puntas de los cigarrillos. Y las imaginaciones de los reunidos.

—La rubia está rica, hay que reconocerlo.

Un suspiro. Luego alguien en voz baja:

—Muy rica.

* * *

Los Recién Casados han encontrado una caricia nueva. Ella pone su palma sobre la boca de él, él su palma en la de ella. Acercan las cabezas, dorso contra dorso, y milagrosamente los besos parecen atravesar ambas manos para llegar a su destino, en los labios del otro.

Al principio se asombran, como niños, de que pueda el calor de las bocas comunicarse a través de los tejidos... Luego, como adultos, empiezan a suprimir los intermediarios; primero cae una mano y luego la otra...

Dos y media de la madrugada, viernes

—Otro día de aburrimiento.

La Hermana Mayor se está mirando al espejo mientras termina de darse una crema, el cigarrillo prendido de la comisura. La luna refleja, devuelve los grandes ojos, las facciones correctas un tanto forzadas. La expresión tiene un punto de dramático; es la expresión que tienen las mujeres bellas cuando la vida no les ha dado lo que esperaban merecer.

—No estás de acuerdo, ¿verdad?

A través del espejo observa a su hermana leyendo, reclinada en su cama.

—Claro, cómo vas a estar de acuerdo. En ese caso tendrías que confesar que te equivocaste. La tonta fui yo de dejarme convencer...

La Hermana Menor cierra el libro y la mira. Tiene sólo unos años menos pero el rostro es más alargado, la tez más pálida. Tiene complexión de rubia aunque el cabello sea tan negro como el de su hermana. Lo que la diferencia esencialmente es la mirada, una mirada limpia, ingenua, un poco asustada. Como si se acercara apenas a los problemas que su hermana pasó ya, los problemas que la marcaron.

—¿Cuántas veces me lo vas a echar en cara? Te contestaré con el título de una canción: «No te he prometido un jardín de rosas».

Y vuelve a la lectura. La Hermana Mayor duda entre irritarse o no. Escoge un camino intermedio. El irónico.

—Muy oportuno. Ni siquiera ha sido de cardos, hija. Vaya gente la de tus barcos...

Da vuelta al taburete, se enfrenta con ella.

—¿Sabes cuál es el promedio de edad de los pasajeros?

Su hermana niega con la cabeza sin levantarla del libro.

—Sesenta y seis, hija, sesenta y seis. Me lo ha dicho el Comisario.

—¿Y cómo lo saben?

—Porque tienen los pasaportes de todos. Y además no digas que te extraña. No tienes más que echar una ojeada a la pista a la hora del baile.

—Te quedan los estudiantes.

—¡Por favor! No soy lo bastante vieja...

—El Gigoló...

—Ni lo bastante rica.

—El Playboy...

—No tiene hora libre...

Se ríen ambas.

—A pesar de todo, a mí me gusta este barco...

La otra vuelve a mirarse al espejo. Ha descubierto una espinilla y se la toca con mimo.

—Ya, a ti, mientras tengas una novela, esto —mira alrededor frunciendo los labios— te parece un palacio. Y como además te gusta pasear a la luz de la luna...

—Efectivamente. —Deja el libro y se pone en jarras parodiando una agresiva verdulera—. Me encanta pasear por el puente a la luz de la luna, me entusiasma hablar con viejecitos y que me cuenten su interesante vida. ¿Pasa algo?

—¡Payasa!

Cae sobre ella, luchan cómicamente sobre el estrecho recinto, «no, por favor, ¡cosquillas, no!, me pongo nerviosa; lo que quieras, ¡pero cosquillas, no! ¡no!», terminan en el suelo, riendo.

En el camarote de al lado, la Extraña Pareja ha dejado de leer para mirar hacia el tabique. El Rubio con una sonrisa, el Moreno con el entrecejo fruncido.)

La Hermana Mayor se levanta, se arregla un poco la cara de los desperfectos, recupera el cigarrillo...

—Siempre serás una loca. Anda, vamos a dormir. Tenemos que estar preparadas para el día de mañana, otra jornada de excitante actividad, de romance y de misterio.

—Y me llamas loca a mí...

* * *

El Irritado se revuelve en la litera, comprueba que toca con los pies en el fondo, golpea para hacerse daño; no mucho daño, el suficiente para poder enfadarse con más razón. Rezonga.

«Esos decoradores podrían imaginar que no todos somos enanos. ¿Qué tendrá esto? Un metro setenta, un metro setenta y cinco? No se lo que les costaría dar unos centímetros más... A no ser que con estas rebajas sumadas a lo largo del pasillo consigan meter un camarote más... mezquinos...»

* * *

Otro pasajero, en cambio, está encontrando el espacio en que se mueve bastante amplio para su estatura. Naturalmente no se puede estirar las piernas demasiado, pero basta con encogerse un poco y pasar los pies por entre dos bancos cada vez que se quiera cambiar de postura. Tampoco es tan complicado... Además si se contrae uno, hace más calorcito. Las noches son frescas...

(En esos casos los demás pasajeros arreglan por sí mismos la temperatura dando la vuelta al botón de aire acondicionado que está en el techo del camarote.

Este particular pasajero, para ello, tendría que levantarse de forma gigantesca, alcanzar el cielo y tirar de una estrella. El Polizón se conforma con acurrucarse en el fondo del bote y se siente feliz. Cada noche es más agradable, cada noche resulta más dichosa. Porque cada noche que gana es un salto hacia adelante, hacia el final del viaje, hacia la libertad.)

* * *

L.L.L. se ha deslizado por un pasillo poco vigilado que descubrió el primer día, junto a las cocinas, entra en su camarote tras golpear ligeramente la puerta. Su compañero está despierto.

—No le he visto en todo el día. ¿No fue al cine?

—No. He estado paseando por ahí fuera.

—Pues era una buena película.

L.L.L. piensa que efectivamente era una buena película. Pero se niega a comentarla con el otro. Piensa estúpida, absurdamente, que no han visto la misma película.

* * *

El Mareado mira fija, intensamente un punto de referencia. El Mareado deja la luz encendida siempre para poder ver en cualquier momento esa llave en la cerradura, ese disco de metal que cuelga de ella y que le da una información preciosa para su bienestar. Sí, sí... es cierto, es cierto, el barco se está moviendo menos... se está moviendo menos...

Tres de la madrugada, viernes

Los insomnes se agitan en sus literas. Los insomnes son los grandes protagonistas de la noche. Los insomnes son los únicos que la viven; y que la mueren.

Los insomnes tienen los ojos fijos en el techo del camarote, otros los pasean por las páginas de un libro a la luz de la lámpara de cabecera. La única diferencia entre los primeros y los segundos, es que se cansan más las pupilas de éstos. La lucha contra el insomnio es una lucha que se pierde siempre. La lectura no es una victoria, sino un intento de esconder la derrota; al poco rato las letras se confunden llamando mentirosamente al descanso; apenas se ha apagado la luz surge de improviso la Vela amenazante, tensa, dura y difícil.

Los Insomnes no leen en los libros, los insomnes leen en el día que ha transcurrido y aparecen ante ellos todos los pesares que han tenido. Los Insomnes son Insomnes muchas veces porque no han podido digerir, vencer, conquistar esos pesares. La película surge nítida con los detalles de sus fracasos, de sus angustias.

«Macbeth no podrá dormir porque ha matado al sueño.»

El Señor Cojo se levanta de vez en cuando, se pasea por el estrecho espacio del camarote, vuelve a acostarse. De pronto levanta el auricular y marca un número... al otro lado del tabique oye el timbre sonan-

do, luego una voz que el súbito despertar ha hecho más fuerte, más brusca.

—¡Sí! ¿Quién es! ¿Qué quiere?

El Señor Cojo permanece unos segundos a la escucha, cuelga luego suavemente.

—¡Eh! ¿Quién es? ¿Qué quiere a esta hora?

El auricular vecino cae bruscamente sobre el teléfono. Se oye ahora la indignada reacción de quien se ha despertado.

«¡Ya es la segunda vez! Me quejaré al Comisario, tiene que haber un sistema para evitar esa canallada! ¿Quién será el hijo de puta que se divierte con esas bromas de mal gusto?»

El Señor Cojo no sonríe como haría cualquier colega en las Bromas de Mal Gusto. El Señor Cojo permanece quieto en su rincón intentando justificar su actitud. Cuando a él le despertaron los vecinos tampoco le gustó, y no le quedaba siquiera el recurso de protestar; imaginaba la cara del Comisario si le decía:

«Los vecinos de mi camarote arman mucho ruido a las dos de la madrugada... haciendo el amor.»

¿Qué pensaría el Comisario? Que tenía envidia. Y eso era ridículo. ¿Por qué iba a tener envidia? Sencillamente quería defender su tranquilidad, su reposo. Le despertaban con aquellos grititos ridículos, con suspiros imbéciles; ¿no tenía derecho a vengarse? Por eso llamaba por teléfono, cuando el silencio le hablaba a gritos de un cansancio feliz, de una pareja durmiéndose con el cuerpo harto de placer... ¡Así, así sabrían lo que significaba que le despertasen a uno del mejor sueño! A ver si aprendían...

El Señor Cojo se revuelve en la cama. No encuentra la postura física para dormirse. Ni la moral.

* * *

«Me ha sentado mal algo.»

El estómago tiene como un nudo, como si efectivamente algo se hubiera atrevesado en él. El Calvo Bajito come mucho pero en este caso sabe que no se trata de ningún alimento. Lo que el Calvo Bajito tiene atravesado en el estómago es una actitud.

«Y yo tenía que haberle dicho...» Ha sucedido a la hora del almuerzo; uno de los estudiantes le ha empujado al trasladar su plato; ha sido un empujón fuerte, de atleta, el Calvo Bajito casi ha sido desplazado de su camino. El Estudiante, acostumbrado al choque con sus compañeros de cuarto, al deporte, a las bromas físicas, no se ha dado cuenta del incidente. Cuando el Calvo Bajito se ha repuesto está ya lejos sentado a la mesa con sus compañeros. El Calvo Bajito no ha dicho nada; ahora es cuando se lo está diciendo:

«¿No puede usted mirar a dónde va?»

O quizá con mayor veneno:

«Parece que no está usted acostumbrado a la vida de sociedad.»

... O bien:

«¿Dónde ha aprendido usted educación?»

Sí, tenía que haberle dicho esto, tenía que haberle llamado la atención públicamente puesto que público había sido el gesto. Sentado en otra mesa había meditado sobre el camino a tomar. Se levantaría, cruzaría... pero, de pronto, todo se había llenado de gente yendo de lado a lado con sus platos colmados... ¿cómo podía cruzar por entre ellos, llegar hacia el estudiante, insultarle...? A medida que transcurrían los minutos se hacía más lejano el incidente y más difícil la reacción. ¿Cómo iba a decir ahora «lo que ha hecho usted antes es una ordinariez, lo que ha hecho usted hace un rato... lo que ha hecho usted hace media hora...»?

El Calvo Bajito ha dejado la sala de almuerzo más irritado consigo mismo que con el estudiante, y esa irritación le ha perseguido por la tarde, en el té, en el

restaurante, en el baile. Ha espiado los movimientos del grupo durante la jornada viendo alejarse cada vez más la posibilidad de la reacción natural... cada vez se hacía más difícil resucitar el viejo problema... pero podía crearse otro. Sí, eso haría... pasaría junto al ofensor y le empujaría violentamente.

Luego seguiría su camino sin una palabra de excusa, a ver si era el otro el que se atrevía a quejarse; entonces le oiría, vaya si le oiría... Pero no ha encontrado una sola ocasión de acercarse a ellos. Están siempre moviéndose, agitándose... Sólo en el baile ha podido maniobrar a su pareja lo suficientemente cerca para lanzar una pierna que hiciese tropezar al Estudiante... Pero éste ha reído como si la esperase...

Surge la voz serena de la madurez... Son jóvenes, qué quieres que sepan de la vida... Si no se ha dado cuenta, evidentemente es que no pensaba herirte... Además, nadie más que tú sabe lo ocurrido. ¿Nadie? El Calvo Bajito recuerda morbosamente a los que estaban en sus cercanías cuando el empujón... los Pelirrojos... el Playboy. ¿Ha sonreído el Playboy? ¿Se ha reído de él?

Le gustaría creerlo para alimentar más su resentimiento, pero la verdad es que no lo sabe. El Playboy sonríe siempre con aire estúpido, vanidoso, imbécil.

«Vamos, es ridículo que por una chiquillada así pierda el sueño. A dormir.» El Calvo Bajito cierra los ojos con fuerza pero en el fondo de sus párpados en vez de la oscura nada del sueño, ve de nuevo, nítida, la escena en que perdía el equilibrio mientras el otro, ese imbécil, ese grosero, ese... seguía su camino gritándole a sus compañeros...

* * *

Hay otros insomnes a bordo. Son tres, dispuestos en dos bandos.

En uno está el tribunal, en el otro la acusada. Ésta

se ha desnudado rápidamente y metido en la cama como si con ello quisiera protegerse, escapar del castigo, como hacen los lobos presentando el vientre inerme a sus rivales, que cesan en el ataque. Pero en este caso no le sirve de nada. La luz que ella apagara está encendida, rabiosamente encendida; la puerta que cerrara está abierta de par en par; y los padres, vestidos, abrumadoramente vestidos de etiqueta, formalistas, rígidos, están en el umbral disparando sin cesar las preguntas.

—¿Dónde has estado? Dinos, ¿dónde has estado?

—Nos hemos vuelto locos, te hemos buscado por todo el barco.

—Temíamos que te hubiera ocurrido una desgracia.

—Hemos estado a punto de llamar al Comandante para que diera la alarma. ¡Qué escándalo!...

—¿Dónde has estado?

—¿Dónde has estado?

—¿DÓNDE HAS ESTADO?

—Míranos, no te escondas... Es inútil tener vergüenza ahora.

—Antes, debías haberla tenido.

—Por Dios, todavía no sabemos... lo que has hecho.

—Pero ¿no lo ves? ¿No ves cómo no se atreve a levantar la cabeza? ¿Cómo puedes seguir siendo tan ingenua?

—¿Dónde has estado?

—¿Dónde has estado?

* * *

En el barco hay insomnes fijos, insomnes oficiales; los hombres que hacen de la noche día y del día noche, los que llegan a los camarotes cuando están tibios todavía del compañero que se levanta temprano

e intentan dormir a pesar del ruido exterior. Despiertos ahora viven y trabajan en un silencio etéreo, delicado, transparente, en el que cada rumor suena como una explosión.

Tac, tac, tactac, tactactac.

El Oficial Radio escucha, traduce, escribe a máquina.

«Impresionados tremenda noticia te mandamos un beso muy fuerte. Juan.»

Vuelve a leerlo, mete el texto en un sobre, escribe a mano encima: «Puente C-223». Llama al marinero.

—Llévelo.

El marinero vacila.

—¿Llamo a la puerta?

El oficial Radio mueve la cabeza.

—No. Mételo por la ranura.

—¿No es urgente?

El Oficial Radio se recuesta en el sillón y estira las piernas.

—Ya no.

Cuatro de la madrugada, viernes

Una procesión cruza los pasillos, sube las escaleras, sale al puente. Delante va un marinero..., cuando llega a una esquina mira alrededor y luego señala a la comitiva que prosiga su camino. Cuando menos gente los vea pasar, mejor. El pasajero es un hombre, en principio, nervioso en un ambiente que no le es familiar. No hace falta preocuparle más con la presencia de un cadáver.

Silenciosamente el grupo se coloca junto a la borda, muy cerca del Puente de Mando. Allí hay todavía luz, pero sofocada. El Comisario dice unas palabras al Capellán, que asiente y reza bisbiseando apenas. Ha sido una cortesía por parte del Comandante que sabe que dentro del barco es el Sumo Sacerdote y el Sumo Juez, capaz de casar y de castigar. Al terminar el pastor, abre un libro mientras un marinero le ilumina con una linterna. Otros dos han colocado el cuerpo envuelto en la sábana, firmemente sujeto con cuerdas, sobre una tabla apoyada en la borda. No hay luna. El barco avanza suavemente, baten las olas a ambos lados y la espuma todavía oscura en la proa, va aclarándose a medida que se desplaza junto a los portalones iluminados.

«Estamos aquí para sepultar a un hombre...»

El Tercer Oficial atiende con todos sus sentidos; es la primera ceremonia fúnebre en alta mar de su vida. El Tercer Oficial tiene ambiciones literarias y le gustaría poder contar algún día la escena en algún libro. Si no es así, siempre le quedará el recurso de

escribir una carta a los suyos. Se hace la composición de lugar... El Comandante leyendo, la luz pálida abriéndole camino hasta el libro, los marineros la cabeza erguida, los ojos fijos en su jefe a la espera de una orden.

«Vuelva la tierra a la tierra, las cenizas a ser cenizas.»

El Tercer Oficial sale de su respeto para encontrar incongruente la frase. No. En este caso no hay cenizas, en este caso no habrá tierra que se vuelva tierra. El Libro Santo no previó la posibilidad de la muerte en el mar...

El Comandante ha cerrado el libro y ahora entorna un momento los ojos.

Le cuesta dar la orden definitiva sobre un ser humano. Carraspea.

—Arrójenlo.

Los marineros apoyan las manos en la tabla levantándola, sus manos sujetan la cuerda en que está envuelto el cuerpo. La tabla va inclinándose, se vislumbran los pies debajo de la envoltura apuntando hacia las profundidades. El bisbiseo del sacerdote aumenta de tono, como si quisiera acompañar el cadáver en su último viaje.

—Ya.

Uno de los marineros ha soltado la cuerda una décima de segundo antes que el otro, el cuerpo se desplaza de medio lado y da una voltereta antes de desplomarse. En la noche suena un golpe sordo.

(En el Puente C el Recién Casado, que estaba apoyado en el ojo de buey, mira inútilmente por él. Luego se vuelve a la Recién Casada, que se arregla el encaje de su camisa de Luna de miel, sentada en la litera.

—Han tirado un bulto al mar.

La Recién Casada le dice que es un tontín. La Recién Casada le dice siempre eso desde que emprendie-

ron el viaje porque la Recién Casada interpreta cualquier cosa que le diga Él, como una alusión al Amor y al Sexo. La Recién Casada es joven y es la primera vez que se casa.)

* * *

En el Puente C-223 la Señora ha oído también el golpe que estaba esperando y ha sentido su viudez como una cornada que le entrara en el pecho.

* * *

La música sigue tocando porque un grupo de australianos ha decidido que la noche era joven y que tenía que celebrarse... Han tardado un poco en decidir lo que había que celebrar, y tras buscar afanosamente cumpleaños o fiestas patrias que coincidieran, uno ha sugerido que se conmemorase el sexto día que llevaban a bordo. Su propuesta ha sido acogida con aclamaciones y el más sereno de todos ha cruzado la pista para entregar al jefe de orquesta un montón de dólares arrugados y una consigna: que no decaiga. Su vuelta sonriente al grupo ha sido acogida con entusiasmo y vítores. Parecía Talleyrand regresando de la más difícil de las misiones diplomáticas...

Los Ingleses de la Suite Gamma les miran con la mezcla de afecto y reprobación con que los padres contemplan a los hijos revoltosos...

—Son como niños —dice el Inglés—. Gastan con la misma inconsciencia que los niños, gritan como los niños... ¿Bailamos, querida?

El Inglés dice siempre «querida», como en las películas. La Inglesa contesta con el gesto, poniéndose de pie y arqueando el brazo izquierdo para encajar en su hueco la cabeza del Inglés.

Y ambos bailan silenciosos, ceremoniosos, sin volverse a mirar al grupo de australianos, que siguen riéndose a carcajadas. No quieren admitir que están bailando a sus expensas...

Cinco de la madrugada, viernes

El Gigoló está apoyado en la borda. No ha salido de su camarote para que el aire le despeje la cabeza, sino para ponerla en orden. El Gigoló necesita unos minutos de reposo y reflexión, igual que el Ejecutivo de empresa después de poner las bases de un negocio intresante. Lo malo de esa comparación, piensa, es que yo no puedo consultar, como es típico en esos casos, con asociados, con amigos, incluso en último término con la esposa, que proporciona eso que se llama sentido común. «Te conviene» o «no creo que te convenga». En su caso... la verdad, suspira, es que es una profesión aislada. ¿Cómo se pide el parecer del conocido? ¿Qué me aconsejas? Se me ha presentado esta oportunidad, y yo... En esa clase de valores no hay Bolsa que suba y baje, no hay tendencias compradoras y vendedoras... Aunque mirándolo bien tampoco está tan al margen de la vida mercantil mundial. Cuando hay una crisis fuerte y se inicia la psicosis del miedo de los banqueros, los ejecutivos niegan a sus mujeres el abrigo de piel, el coche, el viaje y naturalmente también restringen sus gastos de bolsillo... que pueden ser los de él. Un día de éstos —sonríe— la Hacienda le va a clasificar entre los signos externos de riqueza. «Usted, señor Tal, si no nos equivocamos, tiene una casa, dos automóviles de lujo, además del utilitario; cuatro criados fijos, aparte de la asistenta; su esposa tiene, veamos, joyas compradas en Cartier y valoradas en... además de las pieles, que cuestan...

gasta en peluquería, más o menos... tiene un amigo al que le tiene puesto piso y coche...»

Sí, llegará ese día. Mientras tanto, la suya es una profesión liberal y sobre todo libre. Unos meses en tal sitio, otros en otro, hoteles, muchos hoteles. Ahora tiene que planear bien el asunto.

En los días que sigan mantendrá la misma táctica. Cariño, afecto, hablar del futuro, procurar elevar la anécdota del encuentro a una situación duradera, permanente, seria. Al no aprovechar la tácita invitación de entrar en el camarote de ella, deja bien claro que no busca la aventura esporádica, sino la relación completa... Hay que seguir así...

Un bulto se ha colocado a dos metros. El Gigoló no necesita ver en la semioscuridad la forma redondeada de la cadera para saber que es una mujer. El Gigoló es un perro setter de lo femenino, lo huele a distancia, aunque ella no use ningún perfume. Muchos años de oficio han convertido al Gigoló en parasicólogo. Cualquier mujer, a una distancia de decenas de metros, emite sin quererlo ondas que encuentran en él un receptor siempre pronto.

En esta ocasión, contra su costumbre, al Gigoló no se le despierta el interés profesional, sino el masculino. Su jornada de trabajo ha terminado con la despedida de la Señora de la Esmeralda. Ahora está libre...

—¡Hola!

La Señora del Perro se vuelve con una exclamación de sorpresa.

—¡Oh, hola! —sonríe turbadamente—. Yo...

Excusas que nadie ha pedido, turbación clara. El Gigoló ve el camino claro y limpio.

—No podías dormir y has salido a tomar el aire...

El tuteo no la extraña. Todo le parece estar flotando.

—Sí... —dice en voz baja como una confesión de amor.

El Gigoló la mira fijo, el Gigoló acerca su cuerpo al de ella apoyándose en la borda, brazo contra brazo, pierna contra pierna; ella no se mueve. El Gigoló siente revivir el deseo que sintió al bailar muy juntos con la Señora de la Esmeralda, un deseo que un oficio de muchos años había dominado, disciplinado, encauzado para lo que le convenía. En este caso deja que le invada sin trabas.

—Vamos —dice simplemente.

La coge del brazo, y ella le sigue turbada, la cara enrojecida de ansias y miedo. Van muy pegados por el puente, por los pasillos. «Tiene que ser el camarote de ella, claro. La Señora de la Esmeralda tiene demasiada clase para presentarse de madrugada, pero es mejor no correr riesgos.»

La llave intenta torpemente entrar una y otra vez en la cerradura. El Gigoló se la quita, hace un breve movimiento, empuja, abre...

En el momento de cerrar la puerta por dentro siente un reparo... Está olvidando sus principios... Mira hacia ella sentada ya en la cama, inmóvil, los ojos bajos, la respiración alta, las mejillas arreboladas.

«Pobre —piensa—, es como una obra de beneficencia.»

Y cierra fuerte, secamente; la profesión queda fuera.

* * *

Se ha incorporado, tensa, enterándose más con el alma que con los oídos. Enciende la luz.

—¿Qué te ocurre? Por favor, dime, ¿qué te ocurre?

Salta de la litera, va a la otra, envuelve en sus brazos el cuerpo que parece más pequeño agitado por el llanto.

—Por favor, dime, ¿qué te pasa?

La Hermana Menor sólo contesta con el mismo largo sollozo, suave pero intenso. El cariño de la Hermana Mayor ha desarrollado con los años sabidurías de pediatra. De la misma forma que el médico sabe por la intensidad y altura del tono del llanto infantil si se trata de un dolor físico, ella se da cuenta ahora que a su hermana no le aqueja ninguna enfermedad. Simplemente llora.

—Déjame sitio; o mejor, ven a mi cama.

Parece que llevándosela de allí la transporta a un mejor refugio, abandonando el lugar donde se sintió desdichada. Ella se apoya en su hombro, menuda, hecha más vulnerable por el camisón transparente, el cabello en desorden.

—Ven... ven... pobrecita, ven.

Se reclina en su cama apoyada en la almohada, un poco de costado para dejarle sitio en el estrecho espacio. La Hermana Menor está ahora con la cabeza apoyada en su cuello, la mejilla a la altura de su boca. A la Hermana Mayor se le derrama la ternura como el agua de un jarro demasiado lleno bajo la lluvia.

—Pobrecita, mi niña pequeña, ¿quién la ha hecho sufrir?

¿Quién la ha hecho sufrir? La Hermana Mayor pregunta por preguntar. Sabe que no sabrá nunca qué es lo que angustia a la muchacha; no es la primera vez que la alegría tranquila, la casi bovina buena disposición ha dejado paso a una crisis parecida, casi siempre nocturna, con intermitente sollozo de animal herido. Sabe también que le pasará como le ha pasado otras veces; que se dormirá y que al día siguiente seguirá su vida calma y suavemente. Esa seguridad del futuro no la tranquiliza, por el contrario, le revuelve en el interior una protesta feroz contra quien la hace sufrir. Una protesta inútil. Teme vagamente que el culpable sea algo tan vago e indeterminado como la

Vida, así, con mayúscula. ¿Cómo puede ella abofetear a «eso» para vengarla?

—Tranquila, corazón, tranquila; duerme ahora...

Los labios van besando la mejilla empapada de llanto. Recogen las lágrimas en los extremos de los ojos, las beben antes de llegar a la boca... a veces llegan hasta la misma comisura. Curioso, piensa de pronto... una hermana puede besar a otra hermana, a una amiga, hasta aquí... sólo hasta aquí; más allá, no. ¿Por qué? Todo es hermana, todo es amiga... pero la sociedad ha decidido que el beso sea casto, aceptable sólo hasta esa comisura, ese borde donde la piel cambia de aspecto y la superficie tersa se agrieta levísimamente en pequeños alvéolos. Estamos ya en los labios... Ahí ya no se puede, es terreno vedado. Vedado para ella, claro, no para un novio, un amante...

—¿Hay alguien que te ha hecho daño, amorcito?

La Hermana Menor niega con la cabeza. Es lo máximo que le dirá nunca. La Hermana Mayor lo sabe. Por un lado se alegra, el enemigo no existe; por el otro, se entristece. Contra el enemigo se puede luchar, contra la humanidad es mucho más difícil.

Vuelve a besarla en los ojos, vuelven sus labios a bajar por la mejilla, los párpados aletean. Poco a poco las lágrimas dejan de salir y no hay que secarlas ya.

—Me haces cosquillas con las pestañas —murmura. Y sonríe, ¡oh, Dios!, por primera vez sonríe. La Hermana Mayor siente una gran alegría invadirle el cuerpo. Los ojos se cierran, la respiración se serena.

A la Hermana Mayor se le despierta un intenso dolor en el brazo izquierdo, el que está debajo de la adorada cabeza. Contrae los músculos para aliviarlo y no puede. Cierra determinadamente los dientes. No retira el brazo, no la despertará aunque se muera. La Hermana Mayor está ofreciendo su angustia como el sacrificio a un dios.

Seis de la mañana, viernes

El hombre se ha despertado bruscamente. Levanta la cabeza y mira fijamente al bulto de la otra cama. Está perfectamente inmóvil... y sin embargo tiene la extraña sensación de que hace unos minutos no estaba allí. No recuerda haber oído nada, no recuerda haber visto nada... Cuando se durmió, su mujer estaba allí; al despertarse, sigue en el mismo lugar. Y sin embargo, sin embargo...

El Irritado va adormeciéndose poco a poco. En la cama frontera la esposa contiene la respiración mientras aprieta nerviosamente la sábana contra el cuerpo. Espera... Sólo al oír el primer ronquido, única señal cierta de que su marido haya abandonado su vigilancia, podrá quitarse con mucho cuidado la ropa con que se ha acostado, la blusa, el pantalón, los zapatos que llevaba puestos al entrar sigilosamente en el camarote, las prendas con las que se ha precipitado entre sábanas al notar desde el umbral los movimientos reveladores de que su marido iba a despertarse.

* * *

El vigilante nocturno los miró con suspicacia, avisó al Jefe de Guardia. Éste acudió, echó una ojeada, tranquilizó al Vigilante. Eran los estudiantes del Puente C; debían de haberse quedado dormidos después de tomar unas copas. Podía dejarles hasta que llegaran los de la limpieza, y entonces despertarles sin vio-

lencia y aconsejarles amablemente que se fueran a su camarote a seguir su sueño. No iban a dejar de arreglar el local sólo porque aquellos locos prefirieran un sofá a su litera.

El salón vuelve a quedar en silencio. Los Estudiantes semejan peleles descoyuntados; sólo un pelele o un muerto podría resistir el extraño escorzo, esa cabeza derribada sobre el respaldo, con el cuello tenso como si fuera a romperse, ese tronco doblado con la frente apoyada en el borde de una butaca, esa pierna en alto mientras el resto de la persona yace en la alfombra...

Alguien llega, sacude, da unas palmaditas en las caras...

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Ante ellos, un poco avergonzado, el compañero de camarote.

—Cuando queráis... ya podéis volver...

—¿Eh? ¡Ah! ¿Qué dices...? ¿Qué...? Bueno, hombre...

Se van despertando poco a poco rezongando, murmurando, bostezando, desperezándose... De pronto uno señala con un dedo que le tiembla de excitación a las ventanas. Por el borde de la cortina se filtra una luz lechosa.

—¡Es de día!

—Sí —dice humildemente el compañero que acaba de llegar—, ahora amanece muy temprano.

—¡Muy temprano!

Tres mangas se estiran al mismo tiempo, tres pares de ojos luchan con el sueño y la penumbra para descifrar una esfera de reloj. Y casi al mismo tiempo, tres gritos.

—¡Las seis! ¡Son las seis de la mañana!

—¿Ya?

Lo ha dicho con un hilo de voz que intenta fingir sorpresa.

—¡Bueno! —Uno de los Estudiantes se ha puesto de pie, sacude nerviosamente la ropa arrugada, tiene chispas en los ojos, se nota que preferiría dar a sus manotazos otro destino—. Es el colmo. ¡Las seis! ¡Las seis!

Los otros dos se levantan lentamente. Están de acuerdo con el iracundo compañero y les gustaría desahogarse contra el egoísta como se merece. Pero el sueño les tiene todavía medio inconscientes, la postura les ha dejado las articulaciones como cerrojos llenos de herrumbre. En cuanto gesticulan les duelen todos los músculos.

—Déjalo ya... vamos a aprovechar las pocas horas que nos quedan, mejor dicho que nos ha dejado este desgraciado...

—Perdonad, yo...

—Y encima se ríe...

—No me he reído. Y si os puede servir de consuelo... yo tampoco he dormido demasiado.

Los tres se miran, contrastando las reacciones, comprobando que todos han oído esa muestra de increíble desfachatez, fruncen los labios, cierran los puños, se acercan a él. Pero el provocador les mira, de pronto, con un aire tan humilde, que la ira se torna en carcajada, la agresión en amistosa riña... Le cogen entre los tres, le tiran sobre el sofá, «cínico, sinvergüenza»... le pegan, le soban, están extrañamente excitados... parece que al tocarle quisieran contagiarse un poco, aprovechar algo del contacto sexual que ha tenido el afortunado.

En la puerta, dos marineros con el aspirador y el plumero miran asombrados la escena. Los estudiantes se dan cuenta, se arreglan la ropa, se alisan el pelo.

—Vamos a dormir. Ya le ajustaremos la cuenta a éste más tarde.

Salen riendo, empujándose. Y, de pronto, de la Veranda, surge como una exhalación el Calvo Bajito; va

despeinado, está ojeroso, se cubre apenas con un pantalón y una chaqueta desabrochada mostrando el vientre pálido por la camisa abierta. Se lanza sobre el último Estudiante y le abofetea.

—¡Toma, grosero! ¡Mal educado! ¡Impertinente!

El grupo queda inmóvil, estupefacto. El agredido, la mano en la cara, mira asombrado al agresor.

—¿Y encima me miras? ¡Encima te atreves a mirarme? ¿Me desafías?

Los Estudiantes siguen sin reaccionar contemplando a su compañero, que retrocede ante los golpes. Los marineros sueltan los útiles de limpieza, se precipitan, separan, cubren con sus cuerpos al muchacho, sujetan al Calvo Bajito.

—Vamos, vamos, señor, ¿qué le ocurre? ¡Cálmese!

Se lo llevan hacia la puerta casi en volandas. Por encima de sus cabezas asoma el rostro enrojecido de cólera, la boca contorsionada lanzando insultos... poco a poco se aleja el rumor por el pasillo.

Los amigos le miran expectantes. La víctima abre los brazos con un gesto de desconcierto.

—Está loco... os lo juro... no sé quién es... no le conozco más que de vista... no le he hecho nada... tiene que estar loco...

Siete de la mañana, viernes

—Dejadme. ¡Lo mato! ¡Lo mato!

El Estudiante se debate entre los compañeros que le sujetan, el Estudiante mira fijamente a la puerta cerrada como si en ella viera reflejado al enemigo.

—¡Que me dejéis! ¡Quiero hablar con él! ¡Quiero verle cara a cara!

Los compañeros se multiplican en abrazos que son al mismo tiempo cariñosos y preventivos. Por un lado se esfuerzan en demostrar que ellos son sus amigos, que le quieren bien y que cualquier cosa que hagan es porque le conviene. Por otra parte, son un firme dogal que le impide precipitarse por los pasillos en busca de un fantasma.

—Pero, ¿quién era?, ¿qué narices quería?

El Estudiante estaba todavía medio dormido y ha acogido la bofetada con asombro y desorientado. Viniendo de la nada, no estaba seguro de cuál había sido su conducta inmediatamente anterior. Pero mientras volvía a su camarote arropado por sus compañeros, se iba haciendo la luz en su confusa memoria. Él estaba «despierto». Él no recordaba haber visto a aquel caballero más que de lejos, y sin embargo le había pegado... El desconcierto había ido dando paso poco a poco a una oscura sensación de cólera ante la injusticia... El resultado era la lucha que estaba llevando a cabo contra sus amigos, que de pronto no parecían serlo.

—¡Pero dejadme ir! ¡A vosotros qué os importa! A quien ha pegado, es a mí.

Multiplicaban los otros sus advertencias... «era un loco», «él mismo lo había dicho», «qué se hace con un loco, encerrarlo».

—Pero antes le doy yo.

... claro, claro, todos estaban seguros de que era capaz de hacerlo y con razón, pero, ¿valía la pena? No valía la pena. Él era muy hombre para tomarse la venganza de aquel pobre desgraciado. Además, quizás estaba borracho.

—¡Pues si no sabe beber, que no beba!

Efectivamente, eso era lo lógico, lo natural; pero quién sabe, a lo mejor bebía para olvidar un amor desgraciado. A uno se le ocurrió la idea feliz.

—¡A lo mejor era el marido, y se ha confundido!

Estallaron en una carcajada los tres. El iracundo los miró intentando mantener el ceño, pero poco a poco se le fue abriendo la contraída mandíbula y a iluminársele las pupilas; hubo como un puchero reprimido...

—¡Mira cómo se ríe!

La carcajada brotó fresca, violenta, juvenil. Los cuatro se retorcían, se agarraban los costados, se derrumbaban sobre las camas...

Sonaron unos golpes en el tabique y luego una voz.

—Pero, ¿es que no se puede dormir ni de noche ni de día?

Las manos en la boca, las carcajadas en vez de estallar borboteaban; hipaban del esfuerzo. Uno dejó de reírse súbitamente; era el Estudiante que había tenido allí su noche de amor...

... acababa de descubrir que a través del tabique se oía todo.

* * *

Confusión, vicio, restos de pasiones humanas... Arriba, en el último puente, hay un ser que está por encima de todas estas miserias sexuales y violentas,

que corre, mejor, vuela por encima de las maderas húmedas. Un, dos, tres, cuatro, un dos tres cuatro, un dos tres cuatro, inspiración, ex-pi-ra-ción. Sol para mí, el aire para mí, el mar para mí; un, dos, tres, cuatro. Nunca ha habido un hombre que se sintiese más superior a otros hombres, que el Deportista a estas horas de la mañana corriendo con calzón corto por el Puente Lido.

Tampoco habrá habido nunca un grupo de hombres inferiores a los que les importe menos serlo.

* * *

La puerta se abre suavemente. Con gracia y cuidado lo hace el Gigoló. Son muchos años de cerrar, abrir y cerrar puertas en pasillos de hoteles, en balnearios, en trenes... Una inclinación de cabeza le basta para averiguar si el pasillo está libre. Luego de un rápido beso —la demora en ese saludo último puede dar tiempo a que el pasillo libre deje de serlo— y se desliza fuera. Una vez entornada la puerta caminará tranquilo. Puede venir de cualquier sitio, ir a cualquier lado; la imaginación de quien le encuentre puede dispararse cuanto quiera, pero no dará fácilmente con el blanco. De todas maneras le alegra llegar a su camarote sin tropiezos. No le interesa nada que llegue a oídos de Ella que se pasea a esas horas de la noche. Un caballero es un caballero siempre que después de besar la mano de su novia se vaya a su casa; si va a la de otra, ya no es tan caballero.

La Señora del Perro se ha quedado apoyada —la cabeza despeinada— en la jamba de la puerta. Tiene el cuerpo dulcemente descansado, pero la mente sigue asombrosamente inquieta, todavía tambaleante de la aventura. En su cabeza se agita confusamente todo lo ocurrido. Cuando él le ha dicho que se iba, cuando ella se ha puesto una bata para acompañarle a la puer-

ta, cuando iba a solicitar de su hombría de bien que esperaba... ha sido él, ÉL, quien ha dicho:

—Por favor, vida mía, ha sido maravilloso. ¿Sabes? Es la primera vez que me ocurre. Por favor, que sea nuestro secreto. Que no lo sepa nadie...

* * *

Las Tricoteuses duermen profundamente. Las Tricoteuses están cada una en su camarote, pero duermen paralelamente «juntas» podría decirse. En las tres hay el mismo sueño pesado, apretado, intenso. En ninguna de las tres hay remordimientos por lo que no hicieron ni por lo que hicieron, no hay planes para el porvenir ni recuerdos excesivos del pasado. El pasado no es para recordarlo demasiado, el futuro no tiene un excesivo interés. Las Tricoteuses duermen profundamente. Mañana reemprenderán su vida como partiendo de cero.

* * *

La Ampulosa duerme también, con la boca abierta, abierta de brazos, abierta de piernas... La Ampulosa se derrama sobre la estrecha cama, y por el lado abierto penden una mano y un pie. Para la Ampulosa sí ha existido algo en el pasado inmediato que podría desvelarla, pero lo que dejaría huellas en otro, resbala por su cerebro simple y se pierde en la noche. Hace apenas una hora el hombre se ha ido y ella le ha visto levantarse y vestirse con una media sonrisa mientras se frotaba los ojos. Apenas ha oído cerrar la puerta ha caído en el más profundo de los sueños. El recuerdo fue como el mismo choque sexual, intenso y breve; no sabe ni cómo se llama. Lo encontró al salir del salón en la veranda, charlaron, la acompañó a su camarote. En la puerta mantuvo unos minutos la conversación. Luego nerviosamente:

—¿Puedo entrar?

Ella le miró dudando, pero su duda no estaba entre el bien y el mal —la duda de la Ampulosa nunca va por el camino de la ética— sino entre el sueño y el deseo sexual. La decidió la súplica en los ojos del muchacho.

«¡Pobre! ¡Parece tener tantas ganas!»

Le hizo entrar; se desnudó, la desnudó. Hicieron el amor, él enloquecido, furioso, como quien tiene hambre atrasada. Ella plácida, contenta, entre gorgoritos y diciéndole cuchicheos al oído para hacerle cosquillas. Se habían adormecido un largo rato; luego ella le había oído levantarse e intentar vestirse a tientas para no despertarla.

—Hombre, enciende la luz. Te vas a tropezar.

Le miró maternalmente mientras luchaba torpemente con zapatos, pantalones... corbata. Luego le hizo adiós con la mano.

Y se volvió a dormir, sin nostalgia, sin remordimiento. La Ampulosa lo hace como quien lava.

* * *

El Polizón se detiene, mira a los lados, arriba, salta la borda y se desliza por debajo de la lona. Hoy encuentra su «apartement» del bote 4 más confortable que nunca. Está orgulloso de sí mismo. Esta vez se ha aprovechado del Establishment mucho más de lo que imaginaba en sus sueños más optimistas. Esta vez, además, ha invadido otra propiedad de «los de arriba». Una mujer elegante, bella, que además debe de ser rica para viajar en un camarote parecido. El Polizón saca un calendario en el que marca los días que van pasando, los días que quedan para la libertad. En lugar de una cruz en el día Viernes, dibuja un corazón pequeñito. Luego le da vergüenza y lo tacha. Nada. Sólo un día más. Sólo un día menos para la llegada.

Ocho de la mañana, viernes

El Primer Oficial llama al Jefe de Servicios Eléctricos.

—Hoy es la práctica de abandono del buque. El Comandante que llevamos no acostumbra a hacer bajar las lanchas hasta el portalón y da por terminada la maniobra tras la colocación de los pasajeros, pero tengo entendido que, en alguna ocasión, ha llegado a hacer embarcar y a comprobar todos los servicios. ¿Están revisados los servicios de emisoras del cuatro, seis, ocho y doce?

—Estaba en ello, señor, pero sólo hemos tenido tiempo de ver los del ocho y el doce. Pensaba mandar ver los otros dos mañana por la mañana...

—Vamos a no arriesgarnos a que el viejo decida echar una ojeada a la hora de la práctica. Que se recargue la batería de los dos que faltan. Son el seis y el...

—El cuatro, señor.

—Y el cuatro.

Nueve de la mañana, viernes

La capilla está en la semioscuridad. Poca gente. Hay una cinta magnetofónica sonando (Bach interpretado por Casals). El Profesor está en la última fila. A su lado se desliza, entre los dos bancos, el Marqués.

—Veo que también es usted amigo de la música de Bach.

—O de Dios.

—Casi lo mismo, ¿no le parece?

El sacerdote es joven de años... y de profesión. «Ejerce» de joven. Por ello le encanta el nuevo rito católico que le permite estar frente a los fieles durante la celebración. Él dice que realmente concelebra con ellos. Le ha visto entrar y le dedica un medio saludo mientras lee el Evangelio.

«No sé, no sé... piensa el Marqués. Quizá me haya cogido ya muy viejo, pero yo no veo las ventajas religiosas de ese sistema nuevo. ¿Coloca a los asistentes más cerca del Sacrificio? Yo creo que sólo les coloca más cerca del cura, al que ahora ven la cara. Y con eso, ¿qué? Lo que observan muchas veces es sólo a un hombre como los demás o peor parecido que los demás. Puede ser gordo, de aspecto desagradable. Antes, cada uno podía imaginarlo con cara de ángel... Cuando se inclinaba ante el altar, por encima de sus espaldas la mirada subía hasta el Sagrario hacia Dios... Ahora... y encima saluda. Sólo le falta hacernos un guiño de complicidad... como diciendo: no os impre-

sionéis demasiado... todo es una broma. Os lo digo yo, que soy el primer bromista...»

El Capellán pronuncia las palabras de la consagración clara, distintamente. No se pierde una sílaba...

«Como esta otra innovación; olvidemos el latín, hablemos en la lengua de los fieles. Para que comprendamos mejor... ¿Comprender? Acaba de decir en este momento que Jesucristo está bajando real y verdaderamente a la Hostia consagrada. ¿De verdad cree este hombre que lo comprendo mejor porque lo haya dicho en mi idioma? Al revés. La frustración me resulta más grave porque entiendo pero sin captar lo que significa... Como si me deletrean muy lentamente eso de la resurrección de la carne... No sé, no sé... Prefiero que me lo digan en latín, esa lengua muerta, lejana, misteriosa.»

Mira al Profesor, que está pendiente de la ceremonia.

«Éste, en cambio, conoce bien el latín, probablemente. Tengo que preguntarle si tenía el mismo problema que yo en la misa antigua.»

En la primera fila, separadas por unos metros, están la Señora de la Esmeralda y la Ampulosa. La Señora de la Esmeralda reza para que «aquello» siga y llegue a un hermoso final, para que aquel hombre sea el cierre de una etapa dolorosa de soledad y el principio de una era colmada, perfecta... donde ella, ¿cómo decía su sobrina?, se encuentre a sí misma, se... se realice. Reza también para que no sea verdad lo que ha oído vagamente, los retazos de conversación apuntando al Vikingo. Envidia, pura envidia, se dice apretando los ojos como negándose a ver unos documentos esclarecedores puestos allí frente a ella. Es un hombre que ha podido tener mala suerte en la vida, pero es honrado, trabajador. Ahí están las fotos de las películas en que ha intervenido... Este viaje se lo ha pagado precisamente con lo que le pagaron por una de

ellas. ¡Y qué trabajo el suyo! Un trabajo viril, arriesgado, una labor en que constantemente amenaza el tiburón, el mal de profundidad. Le ha contado alguna de las aventuras pasadas y la ha estremecido. Cuando se casen (porque se van a casar, ¿verdad, Dios mío?, si fuera un aventurero no mencionaría el matrimonio, está claro) cuando se casen, él dejará esa locura... por mucho que le guste, por mucho que sea su vida. Recuerda el enfado de él cuando se lo insinuó. «¿Qué esperas de mí? ¿Que sea un parásito viviendo de tu dinero?» Pero ella encontrará la fórmula, algo que no hiera su orgullo y al mismo tiempo le mantenga a salvo de peligros mortales. Se le había ocurrido que el puesto de Jefe de Personal le iría bien. Sabe mandar... Se lo insinuó por teléfono a su hermano al darle la importante noticia —no podía esperar a llegar a puerto—, y casi tuvo que apartar el auricular ante la violenta reacción... Se disculpó luego, rápidamente. La Señora de la Esmeralda no se enfada por ello. Comprende que su familia esté un poco asombrada e, incluso, por qué no, escandalizada... Como no le conocen... «Una decisión así no se toma tras unos días de viaje», le había dicho su hermano. Pobre... no sabe lo que pueden significar unos días de viaje, el mundo que cabe en unos días de viaje... la felicidad que nace y crece en unos días de viaje...

Suena la campanilla. El sacerdote pasa al centro del altar y la Señora de la Esmeralda se sobresalta. Estaba distraída. En misa no hay que distraerse, hay que estar en ella, con todos los sentidos... Mira fijamente las manos del oficiante partiendo la Hostia y siente una gran alegría al pensar que no tiene que arrepentirse ante Él de nada malo, nada impuro. Ella es buena... Puede querer a un hombre con toda su alma sin llegar a pecar. Se embriaga con la idea de su virtud, orgullosa de sí misma. Llega un momento en que cree firmemente que la noche anterior ha puesto

en la puerta al Vikingo a pesar de su insistencia en entrar en su camarote.

La Ampulosa no tiene problemas de esta índole. La Ampulosa va a Misa porque la Ampulosa va a todo lo que «pongan» en el barco. Le gusta la música, el incienso, el lento y solemne ritual; ahora se inclina, ahora se arrodilla, ahora se levanta. En los Oficios incluso se sientan de vez en cuando y llevan ropas preciosas, doradas, brillantes. Le gusta el Espectáculo que se ofrece a su vista, a su oído, a su olfato. Y no lo relaciona para nada con su vida particular. No cree que exista ninguna contradicción entre acostarse con un hombre y acudir luego a la Iglesia.

«Es posible que yo sea viejo y reaccione como un viejo —está pensando el Marqués—, pero me esfuerzo en ver la parte práctica de esas reformas tan cacareadas. La ceremonia, decían, aleja a la masa del auténtico espíritu en las funciones religiosas. ¡Pero si la ceremonia es consustancial con la religión, con cualquier clase de religión! No hay un solo culto en el mundo, desde Nueva Guinea a la Macumba brasileña, pasando por los templos budistas y los ortodoxos rusos, en donde no exista una solemnidad, un protocolo, unas muestras exteriores, música, adornos que lleven a las masas la idea de que se está haciendo algo distinto de la vida normal, algo distinto porque se intenta hablar nada menos que con Dios. En una iglesia llena, los fieles no pueden ver todos al sacerdote, pero a través de los signos exteriores de los cánticos, del humo, se comunican con él, comulgan con él.»

En el segundo banco de la derecha están los Pelirrojos. En el último de la izquierda, a la altura del Marqués y del Profesor, se ha colocado la Campesina, pegada al pasillo. Le parece tan natural ocupar el último lugar en todo el barco, que no ha vacilado en seguir su costumbre en la Casa de Dios. Mira con los ojos muy abiertos al sacerdote por cuya figura siente

un inmenso respeto —ha intentado varias veces besarle la mano contra su enérgica repulsa—, va diciendo en voz baja las oraciones que le enseñó su madre casi al mismo tiempo que empezaba a hablar, oraciones que no tienen nada que ver con la liturgia, oraciones monótonas que de pronto levantan el ritmo al final... A la Campesina le gustaría encargar una misa por el alma de su marido y la de su hijo, pero no se atreve a informarse siquiera. Debe de costar mucho dinero... En el barco todo es muy caro.

El capellán dice ahora: «Daos la señal de la paz». La Señora de la Esmeralda se vuelve, ve a la Ampulosa, alarga el brazo para darle la mano, casi tiene que ponerse de pie. El Marqués cree que ha forzado el gesto de hermandad «precisamente» porque se trataba de la Ampulosa. Esta idea no se le pasa por las mientes a quien lo ha recibido. A la Ampulosa, esa costumbre de darse la mano le parece graciosa, divertida, un atractivo más de la misa.

Los Pelirrojos miran a los lados. Al notar que están solos en el banco se dan la mano, luego se encuentran ridículos, sonríen, se besan en la mejilla. El Marqués y el Profesor se la estrechan un poco ceremoniosamente. La Campesina da la vuelta al banco por detrás se les acerca, les saluda, se vuelve a su sitio rápidamente.

«Idos en paz.»

Al Marqués sigue sin gustarle la nueva fórmula. En latín esa frase tenía resonancia... «Ite, misa est». Dicho así y con esa media sonrisa, parece que en lugar de enviar a la gente a reflexionar sobre lo que han visto y oído, les mande a un «picnic». Y además no se puede mirar así a la Ampulosa cuando se es ministro del Señor.

Una vez había discutido el tema con un sobrino «progre».

—Por Dios, tío, son hombres como tú y como yo...

—Si fueran como tú y como yo no serían capaces de hacer bajar a Dios a su altar. Si fueran como tú y como yo no serían capaces de absolverme de mis pecados —había contestado indignado.

La gente, la poca gente, empieza a salir. El oficiante se quita allí mismo la estola —menos mal que al menos besa la cruz— y empieza a charlar con los Pelirrojos que se le han acercado. La Señora de la Esmeralda sale presurosa, inclina levemente la cabeza al corresponder al saludo del Marqués y el Profesor, y se encuentra en el vestíbulo mirando a ambos lados. Alguien la coje del brazo. Reconocería la presión de esas manos entre un millón de personas; reconocería en la más densa de las oscuridades esa voz cálida.

—¿Has estado rezando por mí?

—Por nosotros, mi amor.

* * *

Desde la Biblioteca, el Señor Cojo ve pasar charlando al Marqués y al Profesor. No les dice nada. Le gusta dejar como un espacio respetuoso a quienes acaban de rezar, antes de incorporarse a su vida diaria. Le parece importante la gente capaz de creer...

De niño, el Señor Cojo era muy religioso. De adolescente lo siguió siendo hasta el día que en la playa, pasaron frente a él unos jóvenes, chicos y chicas, corriendo, empujándose. Los vio empequeñecerse en la lejanía entre risas. Se quedó solo en la inmensa arena. Miró largamente a sus piernas y luego, largamente, al cielo. La pregunta no tuvo contestación.

... Aquel día rompió con Él.

Miércoles, nueve de la mañana

El Programa del Día, depositado en los camarotes el martes por la noche, daba la noticia:

«El barco espera atracar a las siete y media de la mañana. El equipaje de los señores pasajeros que desembarquen deberá estar en el pasillo a la puerta de sus respectivos camarotes a las seis en punto.»

El Señor Irritado se lo había deletreado a su esposa. Las seis, ¿has oído? ¡Las seis!

—Sé leer— le había respondido ella, y esa verdad tan paladina había molestado muchísimo al marido.

—¡Ya sé que sabes leer! Pero a veces parece que se te olvida. Acuérdate del viaje anterior. Nuestras maletas no estuvieron fuera hasta las ocho.

—Y vinieron a buscarlas a las nueve, ¿no? De forma que nos sobró una hora!

—¡Nos sobró una hora! ¡Nos sobró una hora! —. El Señor Irritado parece buscar en el techo y las paredes del camarote testigos de semejante incongruencia—. ¿Y cómo sabes que esta vez va a ocurrir lo mismo, cómo sabes que no vendrán a las ocho y un minuto y luego tendremos que ocuparnos personalmente, *personalmente?*

(El Señor Irritado se está viendo en esos momentos acezando por los pasillos del barco, encorvado bajo el peso del equipaje. El hecho de que esa posibilidad sea más bien lejana y fantasiosa no le impide recrearse en ella. El Señor Irritado, contra la mayoría de los seres humanos, se recrea en las visiones

desagradables porque ellas le permiten encolerizarse más.)

—... Y yo no estoy dispuesto, ¿comprendes? ¿De qué te ríes ahora?

La Esposa del Irritado le mira de hito en hito.

—De nada; estaba pensando en tu carga.

El Señor Irritado vacila, se pone colorado de rabia, se marcha dando un portazo. La Esposa del Irritado coloca una maleta sobre la cama y empieza calmamente a llenarla; de vez en cuando otro estremecimiento de risa la sacude.

Los rumores de los pasillos han empezado hoy mucho más pronto, el pasajero está ya nervioso y se ha levantado mucho antes entre preguntas: «¿Hemos llegado? ¿Estamos llegando?» Los camareros —órdenes del sindicato— se han presentado en sus puestos a la hora de siempre. Es como si se alejaran de golpe de una asociación viajera, como si reivindicaran una permanencia contra el paso apresurado de los demás.

* * *

El Canoso se desplaza anhelante por el pasillo. Éste es un momento muy importante en el viaje. Tiene que hablar con todos los pasajeros, —«sus amigos» les llama el pobre— para despedirse y, lo que es más importante, entregarles su tarjeta.

—Ésta es su casa para lo que gusten mandar. Si pasan por mi ciudad me llaman, y si no estoy —esperen, les escribo otro número— pueden llamarme a ese club donde paso las veladas. No dejen de hacerlo. Me encantará volver a verle y recordar de nuevo este viaje. ¿Me lo promete? Gracias, muchas gracias. Perdone, allí veo a mi amigo...

Sale corriendo por el pasillo. El Señor Cojo entra de nuevo en su camarote; no hay, no habrá nueva

reunión, no hay nunca una nueva reunión. No tenemos nada que ver unos con otros; estamos aquí juntos por una asombrosa coincidencia, elegidos aquí y allá por unos dedos gigantescos —Dios o el Destino—.

Nuestro origen es diferente, nuestro destino también, creemos en cosas distintas, soñamos en cosas diversas, perseguimos incluso logros contradictorios. La única cosa en común es que todos pertenecemos al «sistema», todos tenemos el dinero suficiente para viajar en primera, en un barco de lujo. Y aún así... Unos heredaron ese dinero, otros lo ganaron con facilidad, otros con sudor y lágrimas, otros, ¿por qué no?, lo robaron.

Cada uno tiene su casa y su mundo, al que volvemos ahora. Cuando nos encontremos de nuevo no sabremos qué decirnos.

Rompe la tarjeta en mil pedazos y la tira a la papelera.

«Atención, atención. Se ruega a los señores pasajeros que desembarcan que se presenten en el salón de primera para las formalidades de policía e inmigración.»

Los camareros y las camareras forman dos alas para despedir a los pasajeros. El suspenso de tantos días se ha terminado, corroborando algunas suposiciones y destruyendo otras. La Señora de la Esmeralda ha dado la propina real que se esperaba, pero en cambio la Señora del Perro ha duplicado lo imaginado. El camarero y camarera que se inclinan no sabrán nunca que la Señora del Perro está pagando generosamente una complicidad que no ha existido nunca, pero que la Señora del Perro siente. La sombra de aquello tenía que haberse quedado en algún sitio, en el baño, en la sábana, en la alfombra, en algún rincón. Está segura. Por eso ha dado sus billetes con la cabeza vuelta hacia el otro lado.

El Canoso, más que dinero, reparte afectuosos apretones de mano, incluso, a veces, abrazos. Como es mayor se cree que lo oportuno —lo que agradecen más— es pellizcar las mejillas de la camarera, esa muestra de afecto de los ancianos de antes. Lo mismo hacen los Estudiantes, pero en ese caso corrigiendo la puntería.

El Gigoló da poco ahora, porque lo ha hecho durante la travesía de forma precisa y concreta a medida que era servido. Más que regalar, parece ir pagando una nómina.

Los Recién Casados han pasado toda la noche discutiendo lo que tenían que dar. En un momento determinado han colocado los billetes previstos en un montoncito para ver cuánto parecía... luego ella ha quitado un par de billetes, él ha querido que los repusiese. Por fin ha vuelto uno solo. Al llegar el difícil momento, ella se ha escondido en el baño y él ha tomado un aire de hombre de mundo para decir:

—¡Ah! Ahí encima de la mesa hay algo para ustedes...

Y ha entonado una canción con voz desafinada, una canción que ha interrumpido sólo para un «de nada» precipitado. Según él, esa actitud muestra la costumbre que tiene de dar propinas.

El Irritado ha llamado al camarero protestando que no se merecía nada porque ha funcionado todo muy mal, y ha acabado dando más que la mayoría.

El Playboy da bastante pero de forma un tanto hiriente, a lo falso gran señor, como concediendo títulos. A los camareros no les gusta nada su estilo.

«Los señores pasajeros que hayan pasado ya por la policía e inmigración puede descender a tierra cuando lo deseen.»

La noticia pone en acción el movimiento de voces y gestos. La gente se llama, se busca, camina rápidamente por los pasillos, por los puentes... Espera, que

no me he despedido de... Tampoco yo... Desde la borda algunos han reconocido a quienes les iban a esperar. Los gritos se cruzan como serpentinas y como las serpentinas se quedan a medio colgar; no saben si les han comprendido o no.

—¿Qué has dicho?

—Que no te preocupes, que está bien.

—¿Que está bien quién?

—¿Quién vas a ser? El gato. Has estado todo el tiempo pensando en él y ahora preguntas quién.

—¡Es verdad, pobre! Pero no tenía ninguna duda... de que lo iba cuidar.

El Gigoló se ha colocado junto a la Señora de la Esmeralda. Y mira.

Mira fijamente, duramente, con todos los sentidos despiertos, con el alma en tensión. Ante él, intentando llegar a un diálogo casi imposible, están los seres humanos con los que tendrá que enfrentarse. Su primera impresión no es buena. Hay un hermano mayor, circunspecto, que apenas saluda con el brazo, otro más joven, que parece simpático.

—Es mi favorito —le ha dicho ella.

...Ese será fácil. Luego está la hermana. Tiene la misma belleza y distinción que la Señora de la Esmeralda tendrá cuando pasen diez años; pero lo que en su amiga es gentil, en ella es áspero. Los tres le han detectado ya, el Gigoló está seguro; ha notado el comentario que han hecho en voz baja. La voz no era para ellos, claro, están separados todavía por veinte metros. La voz baja era para los que le rodeaban. Esa voz baja le ha producido un cierto recelo... Nadie comenta en voz baja una buena noticia... Y es sólo el primer asalto, quedan luego tres hijas. ¿Por qué no habrán venido? Otra mala señal...

El Playboy está gritando a sus amigos desde lo alto del Puente de Lido. Los más elegantes —comprueba con orgullo—, lo mejor de la masa que ha

ido a esperar al barco. Le hablan por señas, le citan para aquella tarde, aquella noche. Comerá (llevan la mano a la boca) con Fulana, allí presente y cenarán luego («luego» se hace dando vueltas extendido el dedo hacia adelante, es lenguaje internacional) con la otra pareja. Playboy se siente feliz de tener tantos amigos que le cuidan, que le miman, que no le dejarán nunca solo.

Por la pasarela desciende el primer pasajero. Ha pedido un favor y se lo han concedido. En la mano, libre de esposas, lleva una pequeña maleta en la que van los útiles —camisas limpias, material de afeitar— que tenían que haberle permitido ganar su partida. No, no va esposado, pero nadie se engaña al verle bajar entre dos hombres, demasiado ligeros de equipaje para ser pasajeros; demasiado ceñudos para sser amigos que hubieran ido a esperarle. Un silencio cae de pronto sobre el muelle, sobre las hileras de pasajeros acodados en la borda. El Canoso se precipita acezando, busca al Comisario, se hace explicar, vuelve corriendo por los puentes. Como quiere llevar su información a todos, apenas puede dejar caer unas palabras en cada grupo mientras se desplaza velozmente.

—Es un polizón... lo encontraron hace tres días...

Cree notar en la expresión de la gente una asombrosa pregunta: ¿Cómo no lo sabía él? ¿Cómo no lo contó? Se avergüenza del fallo en su historia y empieza a cambiar inconscientemente la realidad. Si él no sabía, tampoco podía saberlo nadie, porque no había ocurrido hasta...

—...lo encontraron esta mañana al revisar los botes... acaban de cazarlo...

Desaparece entre los grupos explicando, explicando... Se le está terminando el tiempo, ahora procura

que se le oiga desde lejos para ampliar el número de sus oyentes...

Los tres hombres entran en un coche negro que estaba al pie de la escalerilla. Se pone en marcha y hay como un inmenso alivio en el público. Ya ha desaparecido la causa del malestar, el marginado de la ley. Todos los demás que quedan son normales, buenas personas, amantes de la justicia y del orden. Vuelven a sonar las palabras cruzadas que se interfieren entre el puerto y el barco. Uno oye las que se le dirigen a él y las que se envían a otros, formando una extraña charada. El viento le trae que el niño no ha podido venir porque no le han dado permiso en el colegio, seguido «en la misma onda» por la noticia de que «su mujer» ha tenido gemelos, comunicación que va dirigida al vecino de borda.

En el Vestíbulo, el Marqués se destoca para saludar a las Hermanas. El Marqués es de los pocos hombres que todavía usan sombrero y de los poquísimos que se lo quitan para saludar a las señoras. Luego se lo vuelve a colocar y sale acompañado por los gerentes de la empresa en la que trabaja. Van todos vestidos de oscuro, elegantes, sobrios, puro ejemplo del Ejecutivo.

Surgen de pronto, extrañas y dispares, unas voces infantiles, unos niños de uniforme contenidos a duras penas por una señora de edad vestida de blanco con gafas; están vitoreando el Señor Cojo, que baja con precauciones, agarrándose; al llegar al muelle redoblan los gritos, se alzan bracitos; el Señor Cojo mueve la cabeza y se dirige a la señora de blanco con gafas.

—Vamos, vamos... Le dije que no quería ceremonias de bienvenida.

—No pude evitarlo, señor director. Fue casi una revolución, todos querían venir.

Al decir «todos» hace un gesto circular por encima

de las cabecitas que empiezan a agolparse. El Señor Cojo acaricia algunas torpemente...

—Vamos... vamos, sed buenos... Tengo que ir a la aduana ahora; esperadme fuera... Sed buenos, sed buenos...

La señora de blanco reúne a los muchachitos, los pastorea hacia la salida. Da las gracias al agente por haberlos dejado entrar; un apretón de manos enérgico. El Señor Cojo se encamina a la Aduana mirando por encima del hombro hacia el barco. ¿Le habrán visto?

Esperaba que no, esperaba que no... Sobre todo deseaba que no le hubiera visto el Profesor. Era al que más temía porque era el más inteligente, primero, y también el más mordaz. Ya una vez había estado a punto de traicionarse cuanlo le sorprendió en la Biblioteca consultando los documentos y él los había escondido demasiado rápidamente. Había sido ridículo por su parte. ¿Cómo iba el Profesor a ver a unos metros de distancia de qué papeles se trataba? Aparte de que probablemente hubiera tenido la discreción bastante... pero no, quizá no... El Profesor era un investigador, y esas ratas de biblioteca desarrollan un increíble instinto para distinguir entre cien papeles manuscritos el que les dará la pista que buscan sobre la enfermedad de un rey o la corrupción de un ministro. De tanto indagar sobre el pasado, les ha quedado la costumbre de indagar también sobre el presente, especialmente el presente que uno quiere ocultar.

El Señor Cojo pasea por la Aduana buscando el lugar donde han dejado su equipaje. Ha sido una tontería de la Fräulein acudir con los chicos; claro que si, como dice, estuvieron a punto de hacer una rebelión para que les dejara venir a recibirle... Sonríe bajando la cabeza, dando unos golpecitos con la contera del bastón en el suelo. Son unos diablillos.

—¿Cuál es su equipaje, señor?

Vuelve en sí, fruce el ceño, mira fijo al aduanero; no está dispuesto a permitir que le avasallen, que desconfíen de él. ¿Quién es ese funcionario para presumir, sin más, que está ante un contrabandista?

Fuera, los niños se agitan; de vez en cuando uno de ellos se aproxima a la puerta de la Aduana y vuelve a comunicar a los demás —naturalmente a voz en grito— que todavía no ha salido el Director.

El Director, el Administrador, el Propietario del Hogar Infantil para niños abandonados, ya oficialmente reconocido por el Estado como entidad benéfica y social —esos eran los papeles que desaparecieron en la cartera—, el hombre que ha dedicado toda su fortuna del pasado y toda su actividad del presente a su obra, todos estos personajes están incorporados en uno solo... llamado el Señor Cojo.

* * *

Bajan los Recién Casados. Ella extrañamente arrebolada ante los ojos de la familia, especialmente ante las miradas de sus hermanas menores, unas miradas que oscilan entre ella y las paredes del barco como para enterarse de todo lo ocurrido allí.

La Extraña Pareja desciende rápidamente; saludan con la mano a un viejo pulcro colocado en el balcón superior. El Moreno pregunta con un gesto. «Todo en orden, señor, tal como ustedes lo dejaron.»

Se ve apiñado el pasaje junto al portalón abierto al muelle, a la luz, al edificio frontero, al gentío. El Canoso sigue repartiendo tarjetas y abrazos, pasando de grupo en grupo. Ahora evita a uno.

—Perdón.

Los tres Mafiosos se preparan a descender a tierra. Altos, bien vestidos, serios, la muchacha ve de lejos al Playboy y le lanza una sonrisa que el Playboy con-

testa entre contento y pesaroso. Se arrepiente ahora de no haber intentado. Con el puerto lleno de policías se siente más protegido, abrazado por la civilización, y le parecen absurdos los temores que le inhibieron. Hubiera sido bonito contar a sus amigos... En su «álbum de la vanidad» faltan fotos de sus contactos con ese mundo poderoso y lleno de misterio, ese mundo que alterna petulancia y exhibición —Las Vegas, Acapulco— con el tiro en la nuca y la desaparición en la noche... Bueno ...quizá haya sido mejor dejar las cosas como estaban.

Playboy se despide más larga y cariñosamente de la Viuda Alegre. Tiene ya su teléfono en la ciudad. Ambos están contentos uno del otro. Se gustan en la intimidad, se gustan para el exterior, para la calle, para la sociedad. Se consideran —no se plantean abiertamente esas cosas, nacen naturalmente en la imaginación— dignos de afrontar juntos la sociedad, el restaurante, los amigos comunes. Ambos han fijado en un rincón de la memoria un nombre y un rostro. Definitivamente volverán a verse.

(El Señor Cojo no había pensado en esa posibilidad. El Señor Cojo es difícil que pueda imaginarla desde su orilla.)

Los Mafiosos bajan por la pasarela; ellos vestidos muy de oscuros; ellas, elegantes y discretas, mirando al frente. Bajan con los mismos amigos que tenían cuando subieron. Ninguno.

El Profesor los ve desde lo alto y luego observa los coches al otro lado de la verja del puerto. Allí tiene que estar un coche grandes, negro, con un chófer uniformado esperando, según los cánones. Allí está, efectivamente. El Profesor se está congratulando de su agudeza cuando ve aparecer por la puerta de salida de la aduana al Marqués con el grupo de señores que le han ido a recibir. El chófer se enrigidece, abre la puerta y el Marqués sube con tres de ellos. El Pro-

fesor se turba. Ha confundido el «status» de los mafiosos con el de los ejecutivos. ¿Confusión «freudiana»? Habría que meditarlo. El Profesor saca tanto partido intelectual de sus aciertos como de sus errores. Es su forma de endulzar los fallos que comete.

En la Aduana las voces parecen más altas porque resuenan en las altas bóvedas. Los pasajeros se agolpan frente a las mesas, dos o tres por metro lineal; los aduaneros están al otro lado, uno o dos por cada diez metros. Los pasajeros van variopintos de vestuario, los aduaneros iguales. Los pasajeros están viviendo un momento emocional de su vida y por eso están nerviosos. Los aduaneros están en la rutina diaria y por eso están tranquilos. La prisa de los viajeros se muestra en algún que otro índice levantado que quiere ser autoritario para llamar la atención, en una que otra sonrisa humillante de una señora para que la vean antes. Ambos gestos tienen el mismo éxito. Los aduaneros van lenta, despaciosamente, observando, mirando; su estilo es heterodoxo, mucha gente diría que caprichoso. Hay quien lleva un bulto y lo ve abrirse y destripar, otro lleva diez y pasa sin tener que abrir ninguno.

—No es por nada —confía la Señora de los Tres Perros a la Hermana Mayor, que le ha tocado a su vera—, pero yo creo que debería haber una aduana especial para primera clase.

La Hermana Mayor asiente echando una bocanada de humo. La Menor observa divertida las evoluciones de los niños. Con la fusión de las dos corrientes sociales del barco los chiquillos parecen haberse multiplicado por cien. Son felices de haber llegado a tierra, felices ante la confusión, ante los equilibrios con que los mozos amontonan las maletas; se asombran de la facilidad con que evitan a las otras carretillas al encaminarse hacia la salida.

El ambiente se hace más ruidoso cuando al grito

del niño y las llamadas a los mozos de equipajes se une el concierto de ladridos. Tensa la correa patinando sobre el suelo, los animales intentan desesperadamente emprender la carrera de la que han sido privados durante tanto tiempo. La Señora de los Tres Perros se ve envuelta, casi cae, por las correas tirando por tres lados distntos en busca de la libertad. La dueña sonríe encantada de verles tan alegres, tan vivaces. Temía que la larga reclusión los perjudicase. Son tan sensibles...

Kiké haría lo mismo, encantada, pero su dueña no se lo permite; su cuerpecito hace espasmódicos intentos de librarse del abrazo maternal para unirse al gozoso carrousel, pero es inútil. El cariño de la Señora del Perro es esta vez demasiado absorbente; necesita más que nunca ese calorcillo junto a su busto; en realidad es ella la que se siente protegida por el animal.

* * *

La proporción aduanero-viajero cambia sensiblemente cuando se trata de las Tricoteuses. Entonces hace falta que el Estado refuerce sus efectivos. Son tres, cuatro a veces con el apoyo de un jefe, los que tienen que enfrentarse con las pasajeras. Las Tricoteuses se excitan, manotean, discuten... Los productos que la investigación de las maletas ha puesto de manifiesto resulta en sus palabras de ínfima calidad, de mínimo precio, muchas veces ni siquiera han pagado nada por ellos porque se trata de un regalo. ¿Es que no se va a poder traer de los viajes ni un pequeño «souvenir» sin que el Estado imponga una tasa exorbitante? Quien las oyera hablando en voz alta, protestando, insinuando conexiones familiares y amistosas con altas jerarquías del gobierno, pensaría que están arrepentidas de sus compras ante el drama

de declararlas. Pero en el fondo están encantadas. En el fondo se trata de otra faceta de su diversión compradora. Aquí también se trata de rebajar para obtener más beneficio, no tanto por el dinero que van a ahorrarse, como por el placer de engañar. Lo que les gusta a las Tricoteuses, en fin, no es tanto la mercancía como el chalaneo.

* * *

—¿No tiene usted más equipaje?

—No señor.

El aduanero mira suspicaz a la Campesina, vuelve a abrir la maleta que ya había cerrado, hurga, cierra pone la marca en tiza. Ahora observa la silueta de la mujer que tiene enfrente, intentando detectar algún bulto sospechoso bajo la falda, algún bulto que explicara la razón de un viaje tan largo. No lo ve, imagina que se trata de la pariente de algún marinero que guarda a bordo el resto del equipaje. Hace un gesto indicando que es libre de irse.

El mozo se acerca. Alarga la mano hacia la maleta.

¿Necesita un taxi, señora?

Ella agarra firmemente el asa y contesta a la doble oferta decididamente:

—No, gracias.

Y sale hacia la puerta muy segura de sí misma. Ya está en su casa, en su ambiente dentro de sus posibilidades. Tomará un autobús y volverá a ser la de siempre. El sueño (la pesadilla) ha terminado.

* * *

En la puerta de salida la Ampulosa duda mirando alrededor; el mozo de equipajes con la carretilla permanece a su lado.

—Espere un instante, por favor. Iban a venir a buscarme...

Pensaba decir «vienen a buscarme», pero ahora... Alguien se acerca, le da la vuelta como examinándola, reconociéndola... Luego se coloca frente a ella. Es un hombre maduro, alto, con los ojos verdes, el cabello gris —en los sitios que favorece, piensa la Ampulosa rápidamente— y negro arriba.

—¿Lilián?

—¿Arturo?

Ríen los dos en la comprobación, se dan la mano cordialmente mirándose de arriba abajo.

—Bienvenida, Lilián. Mozo, espéreme un minuto aquí mismo. Voy por el coche.

Pasa un rato. A la Ampulosa ya le parece mejor el día, más brillante el sol, más simpática la gente que pasa. Su buena disposición se refuerza cuando el «Mercedes» deportivo, de color azulado, se detiene a su altura y el hombre salta ágilmente para abrir el maletero.

—Yo creo que cabrá todo aquí... siendo mujer, no has traído mucho... Quizá esa bolsa pueda ir detrás del asiento.

El maletero se inclina con la generosa propina en la mano. El coche se pone en marcha silenciosamente.

—Me escribió Franz una carta muy simpática cuando mi problema familiar —le echa una ojeada para ver si está al corriente—. Bueno, no importa, es vulgar como todos los problemas domésticos... La separación de mi mujer. Me dijo que te viniera a esperar, que me traías algo que me haría olvidar mis problemas... —Aprovecha un semáforo en rojo para volverse a ella—. Estoy lleno de curiosidad... ¿Qué es? ¿Un libro? ¿Un pasaje para unas islas paradisíacas? ¿Un perro?

La Ampulosa se asombra, se desconcierta, algo está fallando...

—No... no me ha dado nada, te lo aseguro, no me ha dado nada. Me llevó al barco, nos despedimos; no, no me ha dado nada para ti. Lo siento.

Arturo la mira asombrado. Luego su mirada resbala por el cuello de la muchacha, se detiene en el alto seno, un poco agitado ahora por la turbación, pasa por los muslos resaltando bajo la falda, llega a las rodillas mostrándose ampliamente. Estalla de pronto en una carcajada.

—¡Ese Franz! ¡Ese Franz!

Se apoya en el volante, sacudido por la risa. Ella le mira asombrada, comprende al fin, estalla a su vez en risas. Ríen ambos sin parar, desaforadamente...

—¡Ese Franz! ¡Ese Franz!

Detrás se ha iniciado un clamor de bocinas. El semáforo está en verde.

* * *

—¿Van a tardar todavía mucho?

La frase ha sido cortante; el gesto, imperioso. El aduanero mira al Padre de la Chica Joven. En la escuela de aduanas se lo han enseñado, la práctica se lo ha confirmado: los impacientes tienen siempre algo que ocultar. Señala las maletas colocadas encima de la tarima.

—Abra ésta. Y ésta.

—Pero es absurdo, no llevamos nada.

—Haga el favor.

La llave da vuelta, la tapa se abre; el aduanero se inclina, levanta, sopesa... El Padre se contrae más; la Chica Joven está mirando al otro lado de la verja a una cara enmarcada de blanco. Por fin ha podido venir la abuela. Tiene unas ganas inmensas de abrazarla, de apoyar la cara en su regazo como cuando era niña. Nota en la expresión distante el mismo deseo, como si la hubiera comprendido a distancia.

—Y esta otra.

—¿También ésta?

—También.

La ropa se arroja, el libro queda a un lado para permitir el paso a los ágiles dedos. Búsqueda inútil.

—Puede cerrar.

Las manos del Padre se mueven nerviosamente por encima de los equipajes. La Madre le ayuda, más serena. El aduanero les ve marcharse un poco decepcionado. Y sin embargo...

(Los síntomas estaban allí, pero el agente los ha leído mal. El Padre tenía efectivamente algo que ocultar, pero no era nada que pague impuesto; los Estados todavía —todavía— no cobran nada por importar angustias...)

El Moreno de la Extraña Pareja se tropieza con alguien. Se disculpa.

—Usted perdone.

—¿Sólo eso? ¡Hombre, qué formalista!

Al compás de sus dientes amarillentos vuelve la personalidad de tantos días de barco. El Bebedor es ahora un señor vestido impecablemente de hombre de negocios. En la mano, en lugar del vaso, hay una cartera de «attaché». El equívoco produce risas en los tres. El Bebedor señala a otros hombres vestidos como él, con idéntica cartera en la mano, al otro lado de la verja.

—Ahí están mis tiranos —suspira—. Tengo que irme. Encantado de haberos conocido. Que lo paséis bien.

Mientras se aleja hacia la puerta piensa si habrá empleado la frase justa. ¿Se dice a las Parejas Extrañas «que lo pasen bien»?

* * *

Pasa otro «desconocido»; en este caso no ha enseriado su aspecto. Por el contrario, lo ha alegrado. Cara sonrosada, sonrisa abierta, optimismo. En tierra firme resultaría difícil reconocer al Mareado.

* * *

La riada de pasajeros bajando se convierte en una corriente pequeña; poco a poco la pasarela va quedando vacía. Entonces es cuando bajan dos muchachos jóvenes sosteniendo, protegiendo, mimando a una mujer enlutada. Hace pocas semanas que estuvieron en ese mismo barco, al otro lado del océano. Era, ahora se dan cuenta, para despedir a alguien. De verdad.

Es una excepción. Para la inmensa mayoría de los pasajeros que vuelven, todo está como lo dejaron. En el tiempo de la vela el viajero podía encontrar la alegría en el nuevo hijo, el tormento en un hogar abandonado por la esposa que se cansó de esperar. Hoy, la telegrafía va preparando al ánimo de quien se acerca. Sí, en general, todo está igual para los pasajeros que llegan a tierra. Afortunadamente.

O desdichadamente.

El Profesor baja el último, lentamente. Se ha quedado solo.

Hace mucho que está solo.

FIN

DATE DUE

GAYLORD PRINTED IN U.S.A.